JUAN USLAR PIETRI

MIRANDA Y LA SONRISA DE LA GUILLOTINA

EDITORIAL
ATENEO
DE CARACAS

COLECCION HISTORIA

JUAN USLAR PIETRI

MIRANDA
Y LA SONRISA DE LA GUILLOTINA

EDITORIAL
ATENEO
DE CARACAS

© 1979 by JUAN USLAR PIETRI

EDITORIAL ATENEO DE CARACAS
Apartado 662, Caracas, Venezuela.
Telfs.: 571.13.54 - 571.05.21 - 571.12.21
Diseño portada: Jorge Pizzani
Impresión: Editorial Arte, Caracas 1979
Depósito Legal 79-1255

I

Guillotin,
Médecin,
Politique,
Imagine un beau matin
Que pondre est inhumain
et peu patriotique.
Aussitôt
Il lui faut
Un supplice
Qui, sans corde ni poteau,
Supprime du bourreau
L'office.

Actes des Apôtres (Anonyme)

Los viajeros subían lentamente al velero, envueltos en la humedad gris de la mañana inglesa, de cielo de ópalo. "Esperaba que el tiempo fuese mejor —se dijo Francisco de Miranda—, no pareciera que estuviéramos casi para finalizar marzo". Le molestaba que los dos muchachos que le cargaban los baúles de viejo cuero subían con descuido la pasarela que conducía al buque, riendo y conversando. Pero nada dijo, pensó más bien en contemplar una bella señorita de cabellos rubios que, junto a la que parecía ser su madre, hacía señas de adiós desde la cubierta. "Era mejor así. En Inglaterra los gentlemen no expresan su impaciencia, no es de buen gusto". Detrás de él, uno de los escasos pasajeros aseguró a un compañero: "Ahora, con las cosas que suceden en Francia, más son los que vienen que los que van; yo voy allá por absoluta necesidad; el populacho es el que gobierna y las leyes se han vuelto impotentes ante una monarquía tambaleante. Francia es el lugar ideal para los aventureros políticos que sueñan con pescar en río revuelto, no para negociantes serios". Miranda sonrió para sus adentros, mientras comenzaba a caminar por la cubierta. "En cierta forma este hombre tiene razón y sus palabras se me podrían aplicar".

El navío olía a maderas mojadas y a pintura salada. La reserva de pescado seco dejaba sentir su presencia, subiendo por la escotilla de la cocina.

Cuando subió de nuevo a la cubierta, ya el buque había dejado la costa. ¡Qué de veces, en su movida vida, se había visto en un barco, en busca de una quimera! Miraba el mar violeta de movimientos majestuosos. "Aquellos mares tropicales, de azul limpio". Recordó el largo viaje desde su Venezuela nativa a España, luego al Norte de Africa, como oficial español, luego a la guarnición en Cuba. Sus dos viajes a Estados Unidos, con el batallón expedicionario español, cuando la Independencia norteamericana y luego, después de su ruptura con España, en busca de ayuda para independizar a su patria. ¡Cuántas esperanzas desvanecidas! Sus inútiles entrevistas con Washington, Jefferson y Hamilton, exponiéndoles la causa de la independencia de Venezuela y del resto de la América Española. Nada. Luego Inglaterra. Luego toda Europa, en busca de ayuda para sus proyectos. Sólo Catalina de Rusia le había comprendido y otorgado un pasaporte diplomático, con el nombre eslavo de Meiroff, para que los agentes españoles no le hicieran encarcelar por las cortes europeas. Pero de independencia de América, nada. Barcos y viajes. Nada. Ahora, en Londres, Pitt había tratado de sacarle todos los informes posibles sobre la Tierra Firme para beneficio de Inglaterra. Sólo le quedaba una oportunidad en la democrática Francia, donde los girondinos, patriotas sinceros, ocupaban varios ministerios, colaborando con Luis XVI. Era quizás su última oportunidad. En su primer viaje a Francia, cuando la reunión de los Estados Generales, ya comenzaba a sentirse que una nueva era de libertad se cernía sobre el mundo y que luego se consumaría con la toma de la Bastilla.

El venezolano respiró a todo pulmón. Era un hombre alto, de unos cuarenta y dos años, nariz aguileña, rasgos finos, ojos ligeramente grises, cabellos empolvados de blanco. Parecía que con aquella inhalación de aire húmedo deseaba recargar sus esperanzas. Al meter las manos en la casaca, acarició el pasaporte ruso ."Soy un apátrida, pues no soy ruso, ni español, ni francés. Soy venezolano, me llamo Francisco de Miranda, pero Venezuela todavía no existe, es simplemente una colonia española". Miró a la joven que había montado, con su madre; estaba vomitando desesperadamente, reclinada en la barandilla de popa. Miranda sonrió. "¡Qué lástima que en esta travesía tan fastidiosa haya pocas damas! Sin mujeres el mundo sería imposible. Si pudiera hacer un lema, sería: Libertad y mujeres".

En el amanecer de nácar todavía brillaban algunas luces en las casas de los pescadores. La costa de Francia lucía fría y arenosa, con algunas blancas gaviotas volando nerviosamente. Miranda se encontraba al lado de los comerciantes. Uno le decía al otro: "Francia está perdida, se encamina directamente hacia el abismo. Los partidos y todos los enemigos de la monarquía y del orden llevarán a ese país a la guerra civil y, no lo dude, querido amigo, será una guerra civil mucho peor que la nuestra en tiempos de Cromwell. Esta gente es muy apasionada y violenta. Dios quiera que termine de arreglar un asunto en Amiens, para no tener que regresar más nunca. No es la época para los hombres honrados". Miranda pensó que en este mundo

lo que es bueno para unos es desastroso para otros: "Los hombres honrados no me han querido ayudar, pues quizás lo hagan esta vez los deshonrados, como los califica este señor".

Pocos momentos después, el pequeño grupo de pasajeros desembarcaba. Mientras esperaban que los aduaneros pidieran los pasaportes y examinaran el equipaje, los comerciantes seguían hablando en voz baja: "Ya aquí reina el temor, los viajeros nos exponemos a ir directamente a la cárcel por cualquier confusión o mala voluntad de las autoridades. ¡Y qué autoridades! Casi ninguno carga uniforme". El hombre tenía razón. Sólo dos o tres de los aduaneros estaban en uniforme. Los demás vestían carmagnole, pantalones rayados de azul y rojo, sabots y gorro escarlata. Algunos fumaban pipas de madera y lucían sucios y mal afeitados. Durante unos instantes Miranda sintió preocupación por sus baúles, pues en uno de ellos llevaba su archivo y hubieran podido pensar aquellos aduaneros que era algún espión de los enemigos de la Revolución.

Pero no fue así. Pasaron a la población de Boulogne, donde, en la silla de postas, encontraron varias diligencias que partían de inmediato para París. Miranda vio dos bellas damas subiendo a una de ellas. No dudó ni un instante y montó en el carruaje, al lado de la que parecía de más edad, pero más atractiva e interesante. Era una mujer de finales de treinta años, elegantemente vestida, con un sombrero de paja de alas, ornado de plumas. Frente a ellos, otros tres pasajeros ocuparon los asientos. Minutos después tomaban el camino. "Tanto que había viajado en diligencias y ¡cuánto las odiaba! ¡Si pudiera uno extender las piernas!", pero el vecino de enfrente era muy alto y ocupaba casi todo el espacio. Al menos se conformaba con el perfume que emanaba de su bella vecina y escuchaba su conversación que versaba de modas, de política, de personas. Así Miranda se sentía entretenido. "Esta mujer es inteligente y vivaz, agradable compañía".

Por la ventanilla del coche veía pasar un paisaje que le era conocido desde su anterior viaje. Los campos sumergidos en la neblina, donde los espacios de un verde oscuro parecían de musgo del estanque. A veces, gotas de agua zigzagueaban por el cristal, realizando caprichosas confluencias.

Supo, por la conversación, que su vecina se llamaba Manon. "Pero, ¿Manon qué? Sería interesante saber algo de ella". La libertad y las mujeres. Sonrió. Con la comisura del ojo izquierdo la observaba. Tenía un bello perfil y una sonrisa encantadora. Vio, a través del delicado traje, la forma escultural de sus piernas y, aprovechando los continuos baches del camino, apoyó suavemente su rodilla en la de ella. Y esperó un rato. Nada sucedió. La apoyó con una ligera presión. Nada sucedió. Entonces, aprovechando un lapso en el diálogo de las dos mujeres, entró en conversación, presentándose y diciendo que era un extranjero de América Española. Las damas sintieron gran curiosidad por el venezolano, especialmente Manon. Le hacían toda clase de preguntas y él las complacía. Supo que su apellido era Lavasseur. Mada-

me Lavasseur, y que residía en París. Su compañera parecía no sentirse del todo bien y se quejaba del mal estado de la ruta. "Con tanta política y discursos, nadie se ocupa de reparar los caminos", dijo en tono de fastidio.

Al caer la tarde, llegaron al relevo cerca de Beauvais, pero la diligencia se dirigió a una posada adyacente. Los viajeros bajaron con presteza, espantando a los soñolientos patos que todavía se paseaban por el patio. Pasaron a la sala común, para restaurarse de las inclemencias del viaje. Miranda, acercándose a una larga mesa desocupada, invitó a sus acompañantes a unirse a él para comer. La más joven se excusó, alegando que sentía mal el estómago por los saltos del coche. Manon aceptó.

Poco a poco la sala comenzó a llenarse. En una enorme chimenea se horneaban unos pollos. Los mozos traían jarras de vino y platos con sopa. A Miranda no le gustaba el ambiente. Era difícil de conversar. Apenas oía a Manon, explicándole que su marido, buen amigo de Danton, tenía un alto cargo en el Ayuntamiento de París. Algunos comensales se sentaron cerca de ellos y, hablando ruidosamente, atacaron el pan campesino y el vino, en espera de la comida.

Miranda le dijo a Manon que trataría de buscar un lugar más apropiado para la cena, porque aquello era intolerable. Se dirigió hacia la puerta de la cocina, donde el posadero, hombre gordo y jovial, estaba hablando con un cliente que llevaba el gorro rojo de los patriotas. Pensó Miranda: "Parece que el gorro frigio está de moda en todas partes". Llamó al posadero y éste, al ver el porte elegante del viajero, acudió presuroso. "¿Tienes una habitación confortable, con antecámara, para poder cenar con comodidad dos personas?" —dijo, dándole una substancial propina. "Precisamente, monseñor, tengo en el fondo del pasadizo de arriba una amplia habitación, con ventana al patio y una preciosa antecámara, digna de un príncipe y allí puedo servirle la comida". "De acuerdo, pero desearía también vino de champaña en abundancia y lo mejor que tengas en tu cocina". Regresó a la mesa de Manon Lavasseur y le informó de sus planes. Ella aceptó de buen grado, no sin antes agregar: "Subiré al dormitorio de mi compañera para arreglarme un poco y, al estar lista la comida, me avisan".

Todos subieron al piso superior. Manon se quedó en su habitación y el posadero condujo a Miranda hasta el final del largo pasadizo.

En la antecámara ardían los fuegos de leña de la chimenea. "Le calentaré la cama, si el señor desea". "No es necesario, con el fuego acogedor que tenemos, será suficiente". El posadero, haciendo una reverencia, salió, prometiéndole que muy pronto estaría la cena. Miranda tomó la maletita con sus efectos personales, el obligado "nécessaire" de viajes y entró en el amplio dormitorio. Colocó el maletín sobre una mesa, lo abrió y se acomodó un poco la empolvada cabellera. El nudo que en forma de lazo la sujetaba estaba bien colocado. Se arregló la chorrera de encajes de Malines. "No voy a usar más chorreras, ya casi no las he visto en Francia, usaré la corbata, que

más se ajusta al carácter austero del momento en que vivimos". Regresó a la antecámara, donde había un espejo más grande, encuadrado en madera dorada. Se observó. Salvo algunas arrugas, el frac marrón lucía presentable. Los calzones estaban bien ajustados a sus rodillas. Las medias de seda bastante firmes. Tomó una toalla y, humedeciéndola en agua, quitó las manchas de tierra de sus zapatillas adornadas con hebillas de plata. "Agradable persona esta Manon, debo prestarle especial atención".

Atizó con un hierro el fuego de la chimenea y dio un vistazo a su alrededor. "Todo muy bien, muy bien". Luego se sentó en un canapé a esperar a Manon y la cena. Pensó que la primera persona que debía visitar en París era el Conde de Novikoff, encargado de negocios de Rusia, para quien traía una carta de su colega de Londres. ¡Monsieur de Meiroff! Era risible. ¿Pero dónde estaría ahora sin la protección de la buena Catalina? Recordaba que en su último viaje a Francia estuvo seguido por algunos esbirros de la policía secreta francesa, colaboradora de la voluntad del Rey de España. Sin ese precioso documento ruso ya estaría en una de esas horribles mazmorras de su antigua patria. Sabía que los embajadores españoles tenían perfecto conocimiento de todos sus planes y movimientos. ¡Un peligroso complotador! Sacó de su cartera, que tenía cerca, en el canapé, la última carta que había escrito al Primer Ministro inglés, Pitt, antes de salir para Francia. La releyó por centésima vez, especialmente aquel párrafo donde le decía sin titubeos: "No, Señor, todas las ideas encerradas en esos planes —puede usted no olvidarlo jamás—, le fueron expresamente comunicadas por la Libertad y Felicidad de los pueblos hispanoamericanos; y por la utilidad y el honor de Inglaterra como siendo objetos perfectamente compatibles. Pero si tuviera usted el proyecto de darles otro uso, persuádase de antemano que a mis compatriotas no les faltarán los medios para detener vuestras siniestras miradas; en el caso mismo que usted deseara, por accidente, ponerlas rápidamente en ejecución, pues me consta que en este momento usted emplea gente para obtener informaciones de lo que sucede en la América Española".

"Menos mal que le hablé claro al inglés, pues nosotros no vamos a cambiar el yugo español por el inglés. Si esto sucediera, estaría dispuesto a marcharme a Venezuela, exponiéndome a ser hecho prisionero, para colaborar en la defensa de mi tierra". Metió la copia de la carta en el bolsillo y se levantó del canapé con cierto aire de fastidio. Miró el reloj. Comenzaba a hacerse tarde. Regresó al dormitorio, tomó de su maletín de viaje un frasco de agua perfumada y se frotó las manos. Lo volvió a colocar cuidadosamente en el nécessaire y lo cerró. Luego se dirigió a la ventana y miró el patio interno a través de los vidrios. Un muchacho lo atravesaba, llevando en ambas manos pesados cubos de agua. Un despreocupado "sans-culotte" orinaba en un rincón. Distraídamente Miranda volvió a su mundo interior. ¿Y si en Francia fracasaba también, como en las anteriores ocasiones? No podía ser —se dijo—, "en París encontraré lo que busco y

la Libertad de mi patria me llevará hasta el infierno, si es necesario, pero la conseguiré". Unos golpes en la puerta de la entrada interrumpieron su pensamiento. Rápidamente salió del dormitorio y atravesó la antesala, no sin antes voltear una vez más hacia el espejo. Era Manon, seguida del posadero y un sirviente que traía mantel, platos, comida y vinos. El venezolano galantemente invitó a la dama a sentarse en el canapé, en espera de que estuviese lista la mesa. Una vez todo preparado, el posadero señaló un queso blanco con manchas verdes. "Este es un Roquefort verdaderamente excelente. ¡Que los señores tengan buen apetito!", dijo, haciendo una reverencia y saliendo con el ayudante.

Ya solos en la mesa, se pusieron a examinar con curiosidad la sopa del día, el pollo y las garnituras. Miranda sirvió el vino de champaña. En la habitación reinaba una atmósfera íntima y acogedora. La conversación se deslizó hacia el lado político. Indudablemente Manon, como buena parisina, era una apasionada de los sucesos públicos. Miranda la escuchaba con atención y no dejaba pasar los buenos juicios que sobre los acontecimientos y los hombres poseía. "Esta mujer es de talento. Las francesas son las únicas mujeres en el mundo que pueden dirigir la política" y pensó en Juana de Arco, Mme. de Pompadour, Mme. Dubarry y en Mme. Roland, la que, desde su salón, estaba manejando el actual gobierno girondino.

Miranda tomó el vaso de vino y lo contempló contra las luces; era de un suave amarillo, como el sol de invierno. "A vuestro talento y a vuestra incomparable belleza". Manon se sintió complacida ante la galantería del extranjero, pero no le dejó entrever y, por el contrario, siguió hablando. Afirmaba conocer a Danton, quien vivía no lejos de su casa, en un apartamento de la Cour du Commerce; era buen amigo de su marido quien, gracias a él, había podido conseguir el alto cargo que ahora ejercía en el Ayuntamiento. "Danton es un hombre de mucha influencia y todos le temen a su oratoria; en un corto discurso puede destrozar a un adversario, pero desgraciadamente le gusta demasiado la buena vida y es muy descuidado en sus planes. Cree que gracias a su elocuencia las cosas se le caerán del cielo sin esfuerzo, lo que no es cierto. Sus mismos compañeros le miran con recelo, los girondinos no lo quieren, Robespierre y los suyos tampoco, Marat le odia en el fondo de su corazón y, si bien por los momentos es el hombre más destacado del Club de los Cordeliers, estos no tienen la fuerza nacional que posee Robespierre y el Club de los Jacobinos, pues el primero es simplemente un club parisiense, en cambio el segundo está esparcido por todas las ciudades de Francia. Por otra parte, Danton se rodea mal, hombres mediocres se acobijan bajo su prestigio, para escalar posiciones y favores. Entre ellos está Fabre D'Eglantine, quien parece su ángel tutelar, poeta y autor de teatro mediocre, hombre de vida ligera; se anuncia por todas partes como su secretario particular. Fuera de esto, Danton es un hombre generoso y ama hacer favores. Cuando nos visite en París, espero poder presentárselo

y usted me dirá qué le parece. Vivimos en la Rue Serpent Nº 7, segundo piso".

Miranda la escuchaba con atención, a la vez que sus ojos la devoraban. Llenaba los vasos tan pronto se vaciaban un poco. "A las mujeres les conviene beber, se decía sonriendo para sus adentros, el vino les produce un fuego adicional". Manon, entusiasmada con sus observaciones sobre los hombres públicos del momento, bebía sin darse cuenta.

"M. Miranda, ¿cómo es Venezuela? ¿Hay muchos negros, como en Santo Domingo, donde se afirma que están degollando a los blancos? Cuénteme algo de su tierra". Mirando a su acompañante, Manon pensaba: "Es blanco y tiene bellos ojos grises, no debe ser un criollo genuino". Después de llenar una vez más las copas, Miranda repuso: "Venezuela es muy linda; tengo más de veinte años que no la veo, pero su recuerdo permanece vivo en mi memoria y hay momentos en que creo estar en mi patria". Por unos segundos sus ojos se dirigieron distraídamente hacia los cristales de la ventana, que lucían enrojecidos por el reflejo de la candela. Y continuó: "Caracas es pequeña, con casas rosadas, blancas, azules. Los techos rojos, los amarillos campanarios. Iglesias llenas de oraciones, con santos dorados y olor de incienso. En Caracas pasé mi niñez y mi juventud. Cuando el frío y la neblina bajaban de los cerros vecinos, me refugiaba en la vieja cocina de la casa, que quedaba al fondo de un patio y oía las historias de aparecidos que narraba una vieja esclava desdentada, que usaba en la cabeza un pañuelo de un verde diluido. Mientras preparaba el chocolate y el pan de maíz, contaba historias maravillosas de su juventud. En una plantación de caña, una madrugada, había visto al diablo, vestido de rojo, con cuernos y su caballo echando fuego por las narices. Decía que en Caracas aparecían también muchos fantasmas por las desoladas calles, al caer la noche. Que una mujer alta y delgada, con camisola blanca y dientes horribles se paseaba dando alaridos desconsolados, por eso llamaban a aquella aparición La Llorona. Con mis padres bajaba a veces al vecino litoral. El mar azul, los velámenes blancos de los buques, los esbeltos cocoteros verdes, con sus frutas ocre. Los cerros desnudos y rojos, la brisa. El olor de las frutas maravillosas y las flores multicolores. Imposible de olvidar. En mi época no había conflictos raciales como ahora en Santo Domingo. Además, allá la población blanca, mestiza e india es mucho mayor que la negra, que principalmente habita en la costa central de Venezuela. Dios no quiera que algún día esa tierra apacible y bendita sea víctima de la guerra entre las castas. Allá todos sentimos cierto aire de libertad y de relativo respeto. Quizás mi patria sea el lugar ideal para aplicar ciertos principios de Rousseau. ¿Te gusta Rousseau?" Manon no apercibió que Miranda ya la trataba con confianza, como si la conociera desde hacía tiempo. Ella asintió, tomando más vino. Se sentía alegre. Miranda regresó de su ensueño y la volvió a ver. Era una mujer que sabía ser provocativa. Tomó sus delicadas

manos llenas de sortijas y las besó apasionadamente. Los leños de la chimenea crepitaban intermitentemente.

Era todavía de madrugada cuando Manon Lavasseur se levantó de la cama. "Tengo que regresar a mi cuarto, creo que pronto tendremos que partir". Se vistió rápidamente. Miranda la observaba y tomó una de sus ligas: "Esta me la guardo como recuerdo inolvidable de esta noche". "Tienes una personalidad muy curiosa, Francisco". Tan pronto salió, Miranda, tomando un sobre, metió la liga rosada, escribiendo en su cobertura: "Manon Lavasseur". Abrió el cofre y lo guardó cuidadosamente. Un rato más tarde, bajó a la sala y pidió un reconfortante consomé.

Todavía en la oscuridad, la diligencia partió para París. Manon ocupó el mismo sitio al lado de Miranda, pero apenas hablaba, estaba casi dormida. Comenzó a llover. La neblina estaba espesa, pero la berlina corría a todo galope, como si los conductores quisiesen salir pronto de aquella larga y fastidiosa ruta.

Las casas ya parecían mansiones, con sus techos de pizarra azul, rodeadas de bosques con árboles negros y desnudos. "Olvidé decirle a Manon que en Venezuela no hay estaciones, sino temporadas de lluvia y sequía. A esta mujer le gustaría, seguramente, bañarse en el Mar Caribe y salir con el cuerpo lleno de sal y del sol. Sería delicioso hacer el amor con ella en una playa tropical". En el relevo, apenas sí pasearon un poco, saltando los charcos. Al fin, a la caída de la noche, hacían su entrada en París. Al despedirse, Manon le susurró: "Espero que no olvides mi dirección". "La tengo grabada en mi corazón, bella Manon" y haciendo una pausa, Miranda agregó, deslizándole en la mano un pequeño papel: "Esta es mi dirección provisional en París, en casa del comerciante Tissot, en el Palais Royal, enfrente al café de Chartres".

Miranda besó la mano de las dos damas y partió rápidamente en un coche público. Mientras se dirigía al Palais Royal, pensaba: "¿Será Rue Serpent Nº 8 o Nº 9?" Registró su bolsillo y encontró un trozo de papel donde aparecía el número 7, segundo piso, M. George Lavasseur. "¡Encantadora Manon, pronto te volveré a ver!" El coche se detuvo ante la entrada principal del Palais Royal. La multitud de paseantes y curiosos daba a aquel célebre lugar un aire de feria. Miranda se iba a apear, pero en el cochero, al ver su equipaje, le dijo: "Mejor le dejo en la entrada de la Rue Vivienne, está mucho más cerca del Café de Chartres". Era el viernes, 23 de marzo de 1792.

II

"La bougre de la famille Veto est la cause de toutes nos disgrâces".

Hébert - "Le Père Buchesne". Marzo de 1972.

Miranda se despertó un poco tarde. "Cómoda la cama de M. Tissot". Todo le parecía excelente. Buena recomendación le había dado el amigo Turnbull. Sin ese excelente inglés, que tanto le ayudaba, las cosas no serían tan fáciles. Se dirigió a un rincón en el cual, detrás de un pequeño biombo, se encontraba un espejo y una jofaina rosada, un jarrón lleno de agua y un jabón oloroso. Dos toallas colgaban de un lado. Miranda consultó el reloj. Eran pasadas las diez. "Qué inconveniente —pensó—, a estas horas debería estar ya en la embajada rusa. Pero quizás será mejor almorzar aquí, en el Palais Royal, y después dedicarme a hacer mis visitas". Miró a través del biombo, hacia las ventanas descorridas que daban a la calle y vio un pedazo de cielo gris. "Al menos no llueve".

Luego se dirigió a los baúles. Uno contenía una enorme cantidad de papeles y recuerdos, todo su archivo, memorias de viajes, cartas, anotaciones sobre un posible gobierno independiente en la América Española, prendas íntimas femeninas, cabellos, flores marchitas. Todo perfectamente clasificado, con la minuciosidad del coleccionador de mariposas. Sacó varias cartas de recomendación que traía de Londres y las deslizó en su cartera de mano, de cuero amarillo, con el monograma dorado. Luego abrió el otro cofre y sacó un traje negro. Volvió a mirarse ante el espejo. "Es mejor que pase antes por casa del peluquero". Esta cabellera empolvada de blanco no les hará buena impresión a los austeros girondinos".

Una vez fuera de la peluquería, se sintió un hombre nuevo, lleno de vida. Atravesó de un lado a otro el Palais Royal que ya comenzaba a llenarse de curiosos y paseantes y se dirigió a "Chez Février", conocido restaurador de aquel concurrido lugar. Las escaleras descendían a una especie de cava mal iluminada. Escogió una mesa de mantel rojo y colocó a un lado unos periódicos que había adquirido momentos antes. Pidió algo de comer. ¡Cómo había cambiado el Palais Royal en tres años! Ahora era un lugar de prostitutas y de garitos, con una mezcla de gente de las más variadas categorías. Tomó el "Journal de París". Una información llamó su atención sobre una ponencia del girondino Gensonne, referente a los derechos de los negros: "La Asamblea Nacional reconoce y declara que las personas de color y negras, libres, deben gozar, como los blancos, de los derechos activos del ciudadano". Pero lo que más llamó su atención en el proyecto fue la proposición de una fuerza armada para garantizar el orden en las islas de las Antillas. "Esto es interesante. Podría, si la situación es favorable a mis intenciones, ofrecer mis servicios al Gobierno francés y, desde Santo Domingo, organizar una

expedición para libertar a Tierra Firme. Si esta proposición girondina se aprueba y se lleva a cabo, el efecto que tendrá en Venezuela entre las clases no privilegiadas ocasionará un incendio. Ya me ocuparé de enviar a mis corresponsales en Trinidad y Caracas numerosas copias del decreto. Sólo con esa gente desposeída es que se puede realizar la independencia de América Española y no con la nobleza, cuyos pensamientos son únicamente su seguridad y sus posesiones".

Le trajeron de comer y abandonó la lectura. Los vecinos de la mesa de al lado conversaban animadamente, vaciando jarra tras jarra de vino rojo. "La Asamblea Nacional, dijo uno con aire doctoral, aprobará mediante un decreto la máquina del doctor Guillotin. Ya no habrá más condenados a muerte en la horca, ni cabezas rodando bajo el hacha. ¡Es un invento perfecto, extraordinario! Estipula dicho decreto que los condenados a muerte tendrán la cabeza cortada. Y nada más humanitario que el invento de ese filántropo de Guillotin. Un solo ¡zas! y la cabeza cae. No hay mano que tiemble, no hay dolor, todo rápido y mecánico". Uno de sus compañeros pidió más detalles sobre la extraña maquinaria. "Todo pasó así. Venía con un amigo por la Rue Saint André des Arcs y, pasando por frente a la casa del tribuno Billaud-Varenne, vimos a éste que venía en dirección contraria. Después de intercambiar algunas palabras, nos dijo que había estado en la Cour du Commerce. Ustedes saben, cerca del Carrefour de Buci. Y que acababa de ver el aparato del doctor Guillotin. Esto nos llenó de curiosidad y nos llegamos hasta aquel lugar. En un depósito muy espacioso se encontraba el doctor Guillotin, rodeado de operarios, carpinteros, curiosos y una delegación de la Asamblea Nacional. El doctor Guillotin, amablemente, nos mostró con orgullo su obra maestra. Esta máquina está constituida por dos altas maderas paralelas, de cerca de tres metros cada una, en la parte superior hay una madera horizontal, que sostiene una pesada cuchilla. Una vez el criminal acostado en una plancha y su cabeza firmemente sujetada a la luneta, el verdugo hala una cuerda que libera la cuchilla. Esta, impulsada por su peso, se desliza en un segundo por las ranuras de madera, cortando, ¡zas!, la cabeza del condenado, que cae en una cesta. Las maderas del aparato están pintadas de rojo vivo, para que la sangre no las ensucie fácilmente. El doctor Guillotin aprovechó la presencia de los delegados y de los curiosos, para hacer una demostración con un puerco que tenía preparado al efecto. La prueba fue todo un éxito. La cabeza saltó a la cesta como un rayo e igual sucedería con un ser humano. Los presentes rompimos en aplausos y felicitaciones para el inteligente médico. Es la forma más humanitaria y rápida de cortar una cabeza". Uno de los compañeros del admirador de M. Guillotin preguntó con sarcasmo: "¿Y ustedes están tan seguros de que el condenado nada siente? Los ayudantes del verdugo Sansón me han asegurado que cuando éste cortaba cabezas con su certera hacha, algunos de ellos, por un par de segundos, continuaban con cierta vida en la cabeza, pues cerraban y abrían los ojos y hacían contracciones con la boca. Lo que significa que no hay muerte ins-

tantánea, como si se apagara un cirio. Siempre hay una fracción de conciencia antes de la oscuridad total. Por eso soy enemigo de las condenas a muerte, sean éstas crueles o humanitarias, y pienso que tal castigo debe abolirse en una sociedad civilizada". Otro agregó: "En un principio estoy de acuerdo contigo, pero se acerca una guerra que parece inminente, los traidores conspiran contra el actual estado de cosas, los espías y extranjeros pululan por todas partes, lo mismo que los sembradores de falsos rumores. La patria está en grave peligro y ahora más que nunca debemos tener un castigo ejemplar contra todos esos traidores y la pena de muerte es la única que puede hacer reflexionar a los enemigos internos". Todos asintieron y Miranda pensó que, dadas las circunstancias, aquel hombre tenía razón.

Llamó al mozo y pagó la cuenta. Regresó a su habitación para buscar unas direcciones que había olvidado. En la puerta se encontró con M. Tissot, quien le informó que saldría para Orléans, pero que si deseaba cualquier cosa, su esposa estaría a su disposición. Luego de encontrar el papel que buscaba, volvió a salir. Deslizábase rápidamente entre la muchedumbre que ya era numerosa. Un muchacho gritaba, vendiendo el incendiario periódico de Hébert:

"¡Grande colère du Père Duchesne contre Madame Veto!"

Por curiosidad, Miranda adquirió aquel panfleto que despotricaba contra la Reina. Instantes después, se encontraba en un coche público, camino a la embajada de Rusia. La Rue Saint Honoré lucía muy animada, con sus variados comercios. Algunos diputados, trajeados austeramente, se dirigían hacia la Salle du Manège, a la Asamblea Nacional. El Restaurant Vénua, que comunicaba con la Asamblea se veía, a través de sus ventanas, colmado de clientes. Miranda hojeó el periódico de Hébert. El lenguaje desmesurado y soez de aquel papel le causó disgusto. "Con semejantes ataques, la monarquía va a perder en el pueblo lo poco de prestigio que le queda".

Un rato después, se encontraba en el despacho del encargado de negocios de Rusia, el barón de Novikoff. Miranda se enteró de que el embajador no regresaría a París, pues luego de la huida a Varennes la Corte de San Petersburgo consideraba a los reyes de Francia virtuales prisioneros en su palacio de Tuileries. El diplomático examinó la carta de recomendación que le mostró el venezolano y su pasaporte ruso. Después de unos momentos, como meditando lo que le iba a exponer, dijo: "Señor Miranda, ya estaba enterado de quién es usted y de lo que busca. Mi colega en Londres, el Conde Woronzoff, a quien usted conoce bien, me escribió recientementemente una extensa carta, donde me anunciaba su visita y me detallaba sus actividades en Londres y San Petersburgo. Desgraciadamente, la situación francesa tiene hoy alarmada a toda Europa. No está descartada una posible intervención de varias potencias, para ponerle un freno a este país y restablecer al Rey en sus plenos derechos. Este mal ejemplo, tal como la peste, podría extenderse por todo el continente, si no se toman a tiempo medidas drásticas. Y en lo que le concierne, ¿qué le sucedería si Rusia entrase en esa coalición? Oficialmente usted

es diplomático ruso y no podría quedarse en Francia ni un minuto, una vez rotas las relaciones entre ambas naciones. ¿Irse a Rusia, a ponerse a las órdenes de Su Majestad la Emperatriz? No creo que le convenga, se alejaría demasiado de sus propósitos. Los patriotas de la América Española no le perdonarían nunca estar en contra de la Revolución. Y este desenlace se le va a presentar muy pronto. En medios bien informados, se dice que la caída de la monarquía es inminente, cosa de pocos meses, quizás de días. Esa república va a necesitar la espada de franceses y extranjeros, pues la lucha será mortal. Con Francia podrá usted destacarse. Ya este país ayudó una vez a Washington, en la guerra de independencia de América del Norte. No sería imposible que también lo hiciera con la América del Sur, más aún si tiene algún compromiso de honor con usted. Mi recomendación es que ahora recobre su verdadera identidad. En París usted nada tiene que perder. La Corte de España, hace tiempo poderosísima en Francia, por el pacto de familia, no tiene ya la más pequeña influencia. Mostrarse como enemigo de la España de los Borbones más bien le hará abrir las puertas de los revolucionarios influyentes. No desheche esta oportunidad. Le repito, nada tiene que perder y siempre tendrá, en caso de irle mal, o cambiar de parecer, el apoyo de nuestro gobierno".

Miranda comprendió que aquel hombre tenía plena razón. Dejó su pasaporte y salió de la embajada rusa. Su mente bullía en pensamientos. Esa era la mejor decisión que hubiese podido tomar. Se sentía satisfecho. Se detuvo y miró su reloj. Todavía tenía tiempo más que suficiente para pasar por la Rue de Gramont, casa de los banqueros Body, Ker & Cía., a entregar la carta de crédito que su amigo y protector, Mr. Turnbull, le había proporcionado y luego, de ir al Ayuntamiento, a saludar a Pétion.

"Curiosa persona este viejo amigo Turnbull, con sus agentes comerciales en todas partes de Europa y hasta en América. Tantos años conociéndole y todavía hoy no me puedo explicar claramente su deseo de ayudarme con la generosidad con que lo hace". Así pensaba mientras se dirigía a la oficina de Pétion.

El alcalde le recibió en su magnífico despacho de la plaza de La Grève. Todo denotaba un lujo que contrastaba con su sencillez personal. "El rey Pétion, como ahora lo llaman", dijo para sus adentros Miranda. Una persona se despedía en esos momentos. "Señor Miranda, le presento a mi amigo Brissot, de quien habrá oído hablar mucho". En efecto, aquel era el célebre Brissot, alma del partido girondino. "Este hombre también me podrá ser útil", pensó Miranda.

Una vez marchado Brissot, los dos interlocutores mantuvieron una larga conversación, pues casi de inmediato hubo entre ellos una cierta comprensión y simpatía. Miranda le hizo un rápido recuento de su vida y de su lucha y le explicó los motivos de su estadía en Francia y sus esperanzas. El girondino, reservado, no le dio mucho material como para crearse esperanzas inmediatas. Pero, sí, le dijo para finalizar: "Nada le puedo prometer en concreto. La situación política

está muy confusa y el futuro inmediato muy incierto, pero usted puede serle útil a Francia en un momento determinado. Algo puede surgir. Todos los días suceden cosas interesantes. Por ejemplo, se acaba de aprobar en la Asamblea un decreto de Gensonné, relativo a la igualdad, en las colonias de las Antillas, entre los blancos y los negros libres. En dicho decreto se dispone el envío de una fuerza armada a aquellas islas, para garantizar la tranquilidad, hoy amenazada por las matanzas de negros y blancos. Allí, quizás, podría haber una oportunidad para usted, conocedor de aquellas tierras y del carácter de sus habitantes. Pero no nos adelantemos demasiado. Que se quede en estrecho contacto conmigo. Me dice que vive momentáneamente en casa de un comerciante del Palais Royal. Bien, si cambia de domicilio, no deje de hacérmelo saber. Mientras tanto, si lo necesito, le llamaré a esa dirección. La carta de recomendación que me entregó, la guardaré para mostrársela a mis compañeros, quizás a ellos pueda ocurrírseles algo en favor de usted. Pronto le invitaré a cenar a mi casa, para presentarle a mi esposa y a algunas personalidades que puedan serle útiles".

Salió de la Plaza de la Grève y se encaminó, por los muelles, hacia el Louvre. El aire suave y húmedo que soplaba por el Sena le reanimó. Estaba cansado de tanto hablar y hacer siempre la misma exposición. Era mejor caminar y respirar el aire puro. Del otro lado del río se levantaban las negras torres de la Conserjería del Palacio. "En esa prisión estuvo Damiens. ¡Cómo me gustaría visitarla!" Era más imponente que todas las otras prisiones que había visto. Conocía cárceles en América y en Europa. En Dinamarca había recomendado al Rey una reforma del sistema penitenciario. Había algo secreto que le atraía a conocer aquellos lugares, algo desconocido y morboso.

Y así, sumergido en pensamientos, como un sonámbulo, llegó al Palais Royal. La muchedumbre era aún mayor que la noche anterior. Era difícil caminar por aquel mar humano. "¡Quizás por ser sábado en la noche! Tan pronto pueda, me mudaré de esta feria". Escurriéndose por las Arcadas, pasó frente a una librería, donde vio exhibido un libro que los periódicos comentaban favorablemente: "Vie privée du Maréchal de Richelieu". Por fin, podía leer la vida de aquel cortesano de la época de Luis XV, de quien tanto se había hablado, por sus escándalos amorosos. Ese Don Juan empedernido tuvo la satisfacción de que dos damas se batieran en duelo por su amor. "Esta noche me la pasaré leyendo".

Al entrar en el salón del comerciante, se encontró con su mujer, Nicole Tissot, a quien la noche anterior, debido al cansancio, apenas si la había apercibido. Era una mujer joven, bastante bella, que podía ser la hija de su marido. Tenía los ojos de un azul intenso y cabellera castaña clara. Le dijo lo de la ausencia de M. Tissot, cosa que por lo demás ya sabía. Pero apenas si la entendía, magnetizado como estaba por los ojos de aquella encantadora mujer.

Ella le invitó a tomar un vaso de vino de Oporto. Miranda, complacido, entró a su habitación, a dejar el libro y la cartera. "Espero

que esta noche la vida del Duque de Richelieu no vaya a ser mi único entretenimiento". El salón de los Tissot era de bastante buen gusto; los muebles, forrados de seda y la alfombra persa denotaban que los habitantes de aquel apartamento gozaban de muy buena posición financiera.

La conversación de la bella Nicole era agradable, pero vacía, bastante fastidiosa, para decir verdad. "¡Pero qué importa!, pensó Miranda, el rostro y los ojos que tiene me son suficientes". Después de un largo rato, Miranda dijo suspirando: "Desgraciadamente voy a tener que mudarme más pronto de lo que pensaba, pues me imagino que en esta casa voy a sufrir mucho mirando esos ojos de violeta y esa encantadora silueta. ¡Cuánto envidio a M. Tissot quien diariamente puede contemplar a sus anchas a una criatura celestial! Yo, en su caso, no podría hacer viajes, ni alejarme un instante del objeto de mi adoración".

Nicole Tissot escuchaba evidentemente complacida las ardientes palabras del venezolano. Miranda no perdió tiempo, le habló de la belleza del amor y de que en el curso de sus innumerables viajes jamás había tenido la oportunidad de encontrar una mujer semejante. Que ella reunía las condiciones ideales para él, pero, desgraciadamente, estaba casada con Tissot. Diciendo esto, abandonó bruscamente el sillón y se arrodilló al lado de Nicole, tomándole las manos y besándolas con pasión. Ella lo contemplaba con cierta sonrisa.

Con dulce voz, Nicole le aseguró que no debía desesperarse de esa manera, pues comprendía el amor a primera vista, que era algo divino, marcado con el signo de Dios. Refirió que ella lo había sufrido mucho en su propia carne, cuando, ocho años atrás, sus padres la habían obligado a casarse con el comerciante. "Hubiese sido muy feliz si, siguiendo los impulsos de mi corazón, me hubiese escapado con él, como lo teníamos proyectado. Pero todo salió al revés y heme aquí. No estoy desesperada, pero tampoco satisfecha con la vida monótona que llevo. Desearía ser otra. He estado tentada a dejar a mi marido, pero el deber o el temor me han detenido. Recientemente he escuchado que la Asamblea proyecta aprobar una ley de divorcios. De ser eso cierto, me divorciaría de Tissot. Todo por las vías legales, todo por las buenas".

"Y como estoy soltero, dijo Miranda sonriendo, te casarías conmigo y viviríamos felices en América, lejos de las complicaciones del Viejo Mundo". Le describió a Venezuela y las noches verdes, llenas de luna y estrellas, de flores maravillosas. "Hay una orquídea que llamamos flor de mayo, de diversos colores, a veces blanca como la nieve pura y a veces de un suave violado, como el reflejo de tus bellos ojos". A Nicole le parecía vivir un sueño y cerró los ojos, momento este que Miranda aprovechó para darle en los labios un ardiente beso, que fue ampliamente correspondido.

Una vez de nuevo en su sillón, pues la sirvienta no se había retirado todavía y podía presentarse en cualquier momento, Miranda preguntó: "¿Y qué sucedería si M. Tissot se enterara de nuestras relacio-

nes?" "No sería ninguna tragedia, Tissot es un hombre discreto y podríamos vernos cuando quisiéramos y hasta salir juntos, pues tampoco es celoso y opina que una mujer joven debe distraerse, especialmente en mi caso, ya que sus múltiples ocupaciones le tienen alejado del hogar la mayor parte del tiempo". "Un filósofo, pensó encantado Miranda, el marido más conveniente que he podido encontrar" y agregó: "Ya que puedes salir sola y en mi compañía, ¿aceptarías mi invitación para cenar aquí cerca, chez Méot?"

Minutos después, estaban en medio de la multitud. Miranda sentía apretarse contra él el cuerpo firme de la bella Nicole: "Ahora bendigo esta feria que me causa tanto placer". Una larga fila de gente esperaba para comprar los billetes en la taquilla del célebre salón, donde se proyectaban "Les Ombres Chinoises". Más allá estaba el museo de figuras de cera de Curtius. "Un día vendremos a ver estos lugares, me han hablado mucho en Londres de ellos".

Méot era el restaurador de más fama en todo París. "El Duque de Orléans que, como sabes, vive arriba, en su palacio, pide con frecuencia la comida a Méot. Pero con todo el tiempo que tengo viviendo en el Palais Royal, sólo he venido una vez".

Se notaba que era un lugar elegante no sólo por la rebuscada decoración, sino también por la clientela. Los sombreros de las mujeres fueron lo que más llamó la atención de Miranda, pues la moda femenina en Londres era más seria. En París predominaban las extravagantes flores de fantasía y las cintas de colores vivos. Los hombres, al contrario de los viejos tiempos de las casacas de seda y las chorreras de encaje, usaban la levita oscura, corbata y sombrero de copa, en lugar del clásico tricornio. Sólo las medias de seda y las zapatillas eran reminiscencia de aquellos tiempos.

Fue difícil encontrar una mesa, pero al decir Nicole quién era, el mayordomo les llevó a una, situada en un rincón. El nombre Tissot había hecho efecto. Desde aquel lugar se podía observar el amplio salón. El ir y venir de los mozos, con bandejas de comidas y bebidas. El vino hacía reinar la animación. Miranda observó que varios clientes tomaban café. "En todas partes la gente toma café, parece un vicio", comentó. "Hasta en mi país ha llegado esta moda. En mi niñez no había café en Venezuela, pues es una planta árabe, pero ya no solamente nos abastecemos con su producción, sino que también comenzamos a cultivarlo y a explotarlo. Una verdadera locura, aunque en Inglaterra es difícil que substituya el té". Nicole le señaló una mesa. "La vez que vine con mi marido a este restaurante, por allá en 1784, estábamos sentados más o menos por aquí y allá, enfrente, estaba el célebre Conde Cagliostro, que hacía curas maravillosas y hasta se afirmaba que pertenecía a sociedades secretas, interesadas en desacreditar a los Reyes. Por eso se vio envuelto en el escándalo del famoso collar de la Reina. Aseguraba que había vivido muchos siglos y había conocido a Jesucristo. Lo más curioso del caso fue que mi marido, quien le conocía, se levantó a saludarlo e intercambiaron algunas palabras. Como Cagliostro salía poco de su casa,

pensé que quizás mi marido estaba en cuenta de que esa noche vendría a casa de Méot. Lo que, sí, es cierto, es que aquel hombre tenía una mirada extraña y penetrante que nunca podré olvidar".

Miranda sonrió de buena gana. "No sé hasta dónde ese charlatán decía la verdad. Yo estaba en Londres cuando lo expulsaron de Francia, después de su detención, cuando el asunto del collar que mencionaste. Le vi de lejos un par de veces. Decían que tomaba veneno y hacía predicciones. Lo que sí puedo asegurar es que publicó una carta donde anunciaba la toma de Bastilla, hecho que sucedió cuatro años y medio después. Nunca más he sabido de él. Un jesuita me aseguró que estaba preso, por orden de la Inquisición, en el Castillo de San Angelo, en Roma. Hombre extraño, en efecto".

"Me hubiera gustado mucho que me leyera el porvenir", dijo melancólicamente Nicole, en momentos en que Miranda ordenaba un faisán en salsa de vino, que era una de las especialidades de Méot.

Mientras comían le habló de Venezuela, de sus problemas y de las intenciones que tenía y de todos los pasos que había dado para conseguir su liberación. Nicole comprendía apenas la exposición minuciosa del venezolano, pero se sentía agradada con su conversación, por el calor que ponía en sus palabras. Miranda, por su parte, sabía que a Nicole no le interesaban los detalles técnicos y los planes militares, pero no le importaba, pues sentía la necesidad inmensa de expóner sus proyectos. Era una fuerza incontenible dentro de él y deseaba hacer partícipes de sus pensamientos a todos los que conocía. "Pobre Nicole, medio tonta —pensó—, pero al menos es un auditorio, un bello auditorio".

Luego, cambiando de conversación, le preguntó: "M. Tissot, ¿qué hace?" Nicole no supo explicarle exactamente de qué se ocupaba. Al parecer, era comerciante en los más diversos ramos. A veces tenía que salir al extranjero. Había estado varias veces en Inglaterra. Deteniéndose un momento en su conversación, agregó en tono más suave: "Pero creo que me oculta algo, pues a veces habla en nuestro salón, en voz muy baja, con extraños visitantes y, cuando me ven entrar, cambian de conversación. Tiene un armario de hierro, donde guarda cartas y notas que nunca me enseña. La única vez que le he visto un documento, fue recién mudados a nuestra casa, cuando, sin querer, encontré en un armario una carta de una misteriosa sociedad de los Rosatis. Al saber que la había leído, se mostró muy visiblemente disgustado, pero nada me dijo. Yo evito hacerle preguntas indiscretas y tampoco él me informa de sus planes".

De pronto, la puerta de uno de los gabinetes privados se abrió dejando salir un grupo de comensales. Al frente iba un hombre alto y robusto, de rostro marcado por la viruela. Levita roja, pantalones blancos muy ceñidos y botas jacobinas. Su voz era estentórea y parecía querer llamar la atención de los que se encontraban en la sala. De las mesas vecinas brotó una exclamación: "¡Danton! ¡Es Danton!" "Sí, éste es Danton", se dijo Miranda, "el célebre Danton; pero ¡qué pretencioso!" En un segundo Miranda había catalogado al per-

sonaje. "Es todo orgullo y amor propio". Tuvo razón Pétion al aconsejarle de visitar cafés y restaurantes.

"Se comenta, le dijo Nicole en tono confidencial, que está frecuentando a una actriz del Teatro Montpensier, quien vive casi al lado nuestro". Miranda no escuchó la frase, siguió en su análisis: "Con hombres como éste Francia se salvará, o irá al abismo. Peligroso entregarse completamente a un personaje así".

Media hora más tarde se encontraban en la amplia cama del dormitorio. "¡Qué bien que M. Tissot viaje tanto!", pensó Miranda mientras besaba a la dulce Nicole.

Ya muy entrada la mañana, Miranda se despertó. Un sol muy pálido, de suave amarillo y vino, se deslizaba por las rendijas de las cortinas de terciopelo rojo. Afuera, en el Palais Royal, se sentía de nuevo la muchedumbre. "¿Cómo haría Felipe de Orléans para reposar, con tanto escándalo?" Miró atentamente a Nicole, que seguía durmiendo y le pasó suavemente la punta de sus dedos por la mejilla. La despertó y sonriéndole levemente, le besó la mano.

III

"Je suis celui qui est".
Cagliostro

Al regresar de Orléans, aquella mañana, M. Tissot se detuvo en la rue Gramont, en casa de los banqueros ingleses Body, Ker & Cía. Una vez más, tenía que visitar a "ese extraño M. Duval". ¡Qué de cosas sabía ese hombre de su vida y, en cambio, él de la suya, nada!

Atravesó varios salones llenos de empleados bancarios y se hizo anunciar con un portero. M. Duval le recibió en su frío despacho. Sobre su escritorio yacían multitud de papeles y legajos, recortes de periódicos, informes. Sin levantar la vista, le hizo un gesto para que tomase asiento mientras terminaba de firmar algunas cartas. "Soy nada más que una simple ficha en el juego de Mister Turnbull y éste es el que me maneja. Pero no soy el único, hay muchísimos más. Veremos ahora qué me van a ordenar".

M. Duval, vestido impecablemente de negro, continuaba firmando. Al cabo de un rato, colocó la bella pluma de garza rosada sobre el tintero dorado y miró fijamente al comerciante. "Le mandé a llamar porque tengo que comunicarle algunas instrucciones de Londres sobre nuestro amigo, el americano Miranda. El sábado pasó por aquí con su carta de crédito". Diciendo esto, sacó una carpeta que su cobertura decía "Francisco de Miranda", en letras rojas y llevaba el número 88. "Mr. Turnbull me envió estas instrucciones, algunas de las cuales le conciernen a usted, lo mismo que a Miranda". Tomando una

hoja de papel, dijo: "Aquí aparece un pequeño resumen de su vida y de sus viajes. En otro papel, sus negociaciones y en este otro, los personajes con los que mantiene correspondencia. Bien, esto no es de su interés". Y tomando un aire solemne, continuó: "La Fraternidad de la que todos formamos parte, como un solo cuerpo, no quiere perder a Miranda, pues le tiene reservado un gran destino en el futuro. En estos momentos sabemos que está atravesando una crisis. No sabe cuál será su futuro. No queremos que preste sus servicios a una monarquía moribunda, él debe permanecer al margen de los acontecimientos, por los momentos, al menos. Tampoco debe continuar al servicio de Rusia. Ya advertimos a nuestro compañero Novikoff que le disuadiera. Y tengo entendido que así lo hizo. El estar al servicio de Catalina le trae más perjuicios que beneficios y se podría encontrar luchando en contra de los ideales que profesa. Por eso quiero que me tenga informado de sus opiniones, de sus proyectos, de las personas que frecuenta, etcétera. El fin supremo, el que buscamos, es la destrucción de los Borbones y de sus dominios de Europa y América. Miranda nos es valiosísimo, para encender la mecha que ha de devorar las colonias españolas. Nadie más indicado que él, por su personalidad y sus conocimientos. Es un hombre honrado e idealista, que luchará por su objetivo hasta la muerte y nosotros nos encontramos ante el deber ineludible de abrirle el camino y apartar los obstáculos que puedan entorpecer sus propósitos".

M. Duval se levantó de la silla y, tomando la pluma de garza, comenzó a juguetear con ella, al mismo tiempo que se paseaba por la sala. "En principio, a esta hora, todos los lunes, me rendirá usted cuenta de las actividades de Miranda. Dentro de algún tiempo, posiblemente, haremos que se mude a un lugar más conveniente, donde pueda recibir a políticos y hombres conocidos. El Palais Royal es demasiado céntrico y está fuertemente vigilado por la policía, pues allí se dan cita los revolucionarios y los contrarrevolucionarios. Mejor sería una casa algo retirada. Yo me ocuparé de que, en ese caso, el personal de servicio que tenga sea de los nuestros. Lo que no quiere decir que usted le abandone. Es necesario que tanto usted, como su esposa, mantengan estrechas relaciones con él y le visiten asiduamente. ¿Entendido?"

Tissot hizo un gesto de asentimiento e iba a levantarse cuando la mano de M. Duval le detuvo. "No he terminado todavía. Ahora viene precisamente la parte más importante, en relación a una misión delicada que le voy a encomendar. Sé perfectamente que usted conoce al barón De Batz desde antes de 1789, cuando tenía tratos comerciales con él. Sé que después le ha visto con frecuencia y le ha escondido en su casa, en junio del año pasado, cuando la fallida huida del Rey, en momentos en que la policía estaba buscando a posibles cómplices. El tiene absoluta confianza en usted y eso es precisamente lo que vamos a explotar. Actualmente, según los informes fidedignos con que contamos, está preparando una nueva huida de la Familia Real. Planea, con la ayuda de algunos

soldados de la guardia real, penetrar de noche en el Palacio y llevarse a los Reyes hasta Neully, donde les esperarían varios centenares de jóvenes, fanáticos partidarios del monarca, y de allí les conducirían a un puerto, de donde saldrían en barco para Bélgica; allá el Rey reuniría a los emigrados y, con la ayuda de las fuerzas austríacas, penetraría en Francia para restablecer su poder absoluto. Esto es lo poco que sabemos. Nosotros estamos muy interesados en evitar tal evento, que pondría en peligro la Revolución y echaría por tierra todos los progresos realizados desde 1789. La Fraternidad no podría tolerar semejante desastre. Por lo tanto, debemos evitar que el barón De Batz, alma de la maquinación, logre sus propósitos. Debemos conocer detalles más precisos, tales como el día y la forma en que piensan organizar la huida, las gentes con que cuentan en el palacio, etcétera. Es decir, todos los hilos que llevan al caso. Por eso he pensado que a usted, como ya le ha ayudado en anteriores ocasiones, y él le cree un comerciante sin ideas políticas, se le podría confiar enteramente y quizás le pediría más ayuda. Para confirmarle esta impresión, sería bueno que le entregase esto".

Y diciendo esto, sacó del escritorio una bolsa que contenía mil quinientas libras, que M. Tissot se apresuró a guardar en su espaciosa cartera de mano. "Usted puede ofrecérselo a título de préstamo, diciéndole que se lo devolviera sólo cuando el Rey regrese, lo demás lo dejo en sus manos. Antes de irse, quiero aprovechar la ocasión para presentarle a un joven empleado de este Banco, a quien enviaré a su casa, cada vez que quiera comunicarle algún mensaje. También sería conveniente que pusiese al tanto a su esposa, ya que ella sería quien le recibiera, en el caso de que usted se encuentre fuera".

Tomó una campanilla del escritorio y la agitó con insistencia. Un joven de sobria presencia y maneras corteses se presentó al instante. "Mr. Tissot, aquí le presento a Roger, de quien le acabo de hablar. El simplemente se llamará Roger. Bueno, y ahora hasta muy pronto, muy pronto, le deseo mucho éxito. ¡Ah! se me olvidaba lo principal: la dirección actual donde se oculta, con un falso nombre, el amigo De Batz". Y le dio una dirección anotada en un pequeño papel. "Queda muy cerca de Champs Elysées, en una apartada casa, que no le será muy difícil de encontrar. Se oculta con el nombre de Dufour".

Tissot montó en el primer coche que encontró. Pensaba en M. Duval, en su frialdad, en sus labios finos, como cortado a cuchillo. "En qué difícil compromiso me he metido, pero tengo que obedecer ¡Que Dios me ayude!"

El coche se detuvo frente a un pequeño parque, cuya arboleda ocultaba una casa gris. Se dirigió hacia ella, observando las flores que ya empezaban a brotar por todas partes. "¡Mr. Tissot!", exclamó una voz a su espalda. Volteó nerviosamente. Era un hombre de unos treinta y tres años, discretamente vestido y de mirada relampagueante, que se acercaba a paso rápido. Era Rougeville. "De nuevo

el loco de Rougeville, con sus proyectos espectaculares e irrealizables". La última vez que lo había encontrado, estaba organizando un batallón secreto de jóvenes nobles, para aterrorizar y asesinar a los revolucionarios que amenazaran al Monarca. Soñaba con la "San Bartolomé" de los patriotas, como denominaba su descabellado plan. En la extensa lista que una vez le mostrara en pleno Palais Royal como si no temiera a la policía, aparecían personalidades como Danton, Marat, Pétion, Chabot, Fabre D'Eglantine y muchos otros revolucionarios conocidos. Rougeville pensaba que, llegada la madrugada fatídica, el batallón de realistas, organizado por secciones, iría a las casas de los patriotas a degollarlos en sus camas, mientras otro grupo, espada en mano, entraría en el palacio de Tuileries y se llevaría a la Familia Real, previamente advertida, para conducirla a Inglaterra. Tissot recordaba que De Batz se había opuesto a ese plan, por descabellado y mal concebido. "Luego M. Duval está en lo lógico", pensó mientras seguían hacia la discreta puerta, llevado por el brazo del Caballero Rougeville, "De Batz ha debido haber adoptado un plan más discreto, mejor organizado y con más visos de éxito".

En la sala mal iluminada, con las cortinas cerradas, les recibió De Batz, quien, según su costumbre, para disfrazar un poco su personalidad, portaba una peluca rubia. Una media docena de desconocidos le rodeaba. "¡Amigo Tissot!", exclamó abrazándole, "tenía tiempo que no le veía y me preguntaba si estaría ahora con los enemigos. ¿Cómo está su encantadora esposa? Estuve tentado varias veces de visitarle, pero me he contenido, pues el imbécil de Roland, desde que le nombraron Ministro del Interior, no hace sino seguirme mediante agentes secretos, lo que me obliga a cambiar constantemente de domicilio y a disfrazarme lo mejor que pueda. ¡Es un tonto! Mejor haría vigilar a su hermosa mujer, que le hace cornudo, según Hébert; pero está perdiendo el tiempo en eso. Nada conseguirán conmigo, yo estoy más enterado de los revolucionarios, que ellos de mí. Tengo personas que me son de absoluta fidelidad, infiltradas en los ministerios y en las secretarías de los clubs. Antes de que Cocó Roland y su grupo girondino lleven a cabo un proyecto, ya yo estoy en cuenta de ello. Tengo amigos por todas partes, hasta dentro del ejército y entre la servidumbre de la gente que me interesa. Todo lo sé".

Tissot pasó un par de horas interminables, oyendo discutir los proyectos más inverosímiles sobre la huida del Rey. Rougeville proponía, en caso de que la Familia Real flaqueara a último momento, darles un soporífero, para que fueran sacados inconscientemente. De Batz oía los argumentos con frialdad y los deshechaba con irrebatible lógica.

"En pocas palabras", dijo el barón, poniéndose de pie, "les voy a explicar mi plan. Plan que está condicionado a dos factores. La llegada del buen tiempo y la declaración de guerra, La movilización que traería aparejada la guerra con Austria alejaría de París a

muchos hombres y soldados y la prensa y los clubs tendrían fijada su atención en los acontecimientos de la frontera, olvidando un poco a la Familia Real. Llegado el día, que fijaré en su oportunidad, daremos el golpe de mano más espectacular de la historia. Sacaremos del Palacio a los Reyes, a media noche. Contamos con la oficialidad y algunos guardias para que no nos opongan resistencia, tanto a la entrada, como a la salida. En Neully nos esperarán quinientos caballeros, que a todo galope nos llevarán a puerto seguro. De allí iremos a Bélgica, el Rey se pondrá al frente de los emigrados y, con las fuerzas austríacas, se encaminará hacia París, que en ese momento no contará más con un gobierno que le opusiera resistencia. ¿Cómo se logrará esto? Ya hemos comprado una casa cerca de la Asamblea Nacional y otra al lado del Club de los Jacobinos. Estamos terminando sendas galerías, que llenaremos de pólvora. Cuando la Asamblea se reúna de urgencia, con plena asistencia, como el año pasado, tan pronto se sepa la huida de la Familia Real, y cuando el Club de los Jacobinos esté repleto de revolucionarios, haremos volar por los aires a todos esos energúmenos y la Revolución terminará. El regreso del Rey será prácticamente un paseo triunfal".

El plan del barón De Batz no podía ser mejor. Era diabólico y tenía visos de poder llevarse a cabo. Tissot estuvo tentado de no entregar el dinero. "Esta ayuda, lo que va a hacer es contribuir en nuestra perdición. ¿Qué hacer? Pero debo obedecer a lo ordenado por M. Duval".

Al terminar la exposición, De Batz dijo que se reunirían el primero de mayo, en aquel mismo lugar. "¿Y no hay peligro de que la policía encuentre la casa?", preguntó preocupado uno de los conspiradores. "Imposible", aseguró De Batz. "Siempre sé, por mis agentes dentro de la dirección de la Seguridad, lo que traman en mi contra. De todas maneras, yo les pido que el día 31 de este mes pasen por el Café Procope y requieran por el mozo Claude. Todo el mundo le conoce allí; a él le preguntarán si la reunión es definitiva para el día siguiente. Señores, la reunión se ha terminado".

Mientras los conjurados salían silenciosamente, De Batz se acercó a Tissot. "Todos me son fieles y los que a ellos les siguen me lo son también". Luego agregó sonriendo: "Pero es necesario tener mucho valor para delatarnos, pues lo sabríamos de inmediato y, al día siguiente, el cuerpo del traidor se encontraría flotando en el Sena. Los parisienses dirían: "Otro suicida más".

Tissot sintió que las manos se le humedecían, pero encontró el valor y las palabras necesarias para entregarle al contrarrevolucionario el dinero. Siempre con la promesa de que, si el plan tuviera éxito, el rey se lo devolvería. "Y más que eso, fiel Tissot, hasta un título nobiliario, como recompensa a tu desinterés".

En el coche, debido a su confusión mental, dio la dirección del Palais Royal, pero luego cambió de parecer, viendo el reloj

y ordenó al cochero que le llevase al Banco. Era necesario hablar con M. Duval. ¿Y si en su tarea fracasaba y no obtenía a tiempo la información requerida y la hecatombe cayese sobre París? ¿Y si el astuto De Batz adivinaba sus verdaderas intenciones? Cierto era que sus contactos con el Banco no podían causar sospechas, por estar íntimamente ligados a su oficio. Pero, sin embargo, no deseaba ser asesinado por unos fanáticos, capaces de todo. ¡Qué terrible dilema!

M. Duval le escuchó atentamente y, al comprender el plan, denotó, a pesar de su frialdad, cierta emoción. "Es más peligroso de lo que me imaginaba. De poderse realizar sólo a medias, la guerra civil estallaría y los franceses se degollarían unos a otros. Es necesario hacer fracasar a De Batz, cueste lo que cueste, pues la Fraternidad no está interesada en ver en el gobierno de este país a hombres vengativos, sedientos de sangre, lo que podría suceder en el caso de que la conjuración tuviera éxito parcial. Como usted sabe, tanto yo, como nuestros hermanos, no queremos sino un gobierno legal y respetuoso de las libertades ciudadanas. Ya sea bajo la monarquía constitucional, como en Inglaterra, ya, en su defecto, con una república al estilo de la norteamericana. De aquí que todos nuestros esfuerzos estén concentrados en soportar al partido girondino. Es el único que nos puede garantizar un país como el que deseamos. Los otros, cordeliers y jacobinos, tienen objetivos claramente demagógicos, que nosotros no compartimos. Mientras más nos esforcemos en conducir a este país hacia las vías legales y democráticas, más alejado estará el peligro de la anarquía. Pero es necesario eliminar, hasta donde sea posible, a los realistas a ultranza, que desean el retroceso total. Si Francia toma el camino de la democracia, el mundo la imitará y la luz brillará sobre la tierra. Esa es nuestra tarea".

Media hora después, Tissot se desplomaba en el sofá de su salón, agobiado por las preocupaciones. Por más que Nicole se esforzara en hacerle decir algo, nada le contestó. Al fin, pidió una limonada, pues tenía la boca muy seca y amarga.

IV

"La nature m'a donnée en partage des formes athlétiques et la physionomie âpre de la Liberté".
Danton

Al subir por las escaleras de la casa de los Lavasseur, en la Rue Serpent, Miranda tenía la impresión de que los ocho días transcurridos en París parecían un siglo, por la multitud de cosas vistas y de visitas realizadas. Llegando al segundo piso, escuchó el retinte armonioso del teclado de un pianoforte. "Algo de Rameau", pensó, aunque con poca seguridad, puesto que no era aficionado a la música. Le gustaba simplemente para pasar el tiempo. Se vio forzado a interrumpirla, pues debía tocar a la puerta.

Manon en persona le atendió. Vestía de blanco y encajes, con un bello collar de piedras rojas y azules, quizás recordando los colores de París. "Tenéis invitados? Pues puedo regresar otro día", dijo besándole galantemente la mano. "No, ahora no, solamente más tarde pueden venir algunos que te interesará conocer. Pasa adelante. Te estuve esperando y ya creía que te habrías olvidado de mí".

Entraron a un bello salón, donde predominaban las sedas amarillas. "Siéntate aquí, a mi lado", dijo, dando el ejemplo en un coqueto canapé. Miranda observó un biombo de una belleza singular, de motivos campestres, encuadrados con amorcillos y flores. "Uno parecido a ese paraván, vi en San Petersburgo, en el Palacio de Invierno de la Emperatriz". "En verdad que es muy bello. Fue una ocasión extraordinaria y lo adquirí a un precio de regalo. Una amiga me dijo que una familia aristócrata emigraba rápidamente para Coblenza y estaba vendiendo sus muebles por lo que les dieran. Fui y me encantó el paraván y aquí está. En esta época, especialmente después de la fracasada huida del Rey, los nobles se están marchando por centenares de Francia. Tienen mucho miedo de la Revolución y de los patriotas".

Manon colmó de preguntas a Miranda. Este pacientemente le contó sobre algunas entrevistas que había tenido con políticos, a los cuales había traído cartas de recomendación. "Por cierto", dijo sacando un sobre del interior de su levita, "ésta es, para Coulon-Garat que habita aquí, en la Rue Serpent, pero no le encontré". "¡Ah! ¿De no ser así, entonces no hubieras venido?" "Al contrario, pensaba pasar por aquí después de visitar al diputado". "Fue mejor así, para que no perdieras tu tiempo", agregó Manon, avanzando el pie finamente calzado por la zapatilla de satén rosado. "Coulon-Garat es un tonto que no tiene ningún peso en las circunstancias actuales y además, no le gusta hacer favores. Sólo con Brissot, Pétion, Mme. Roland y Verniaud es suficiente, con lo que respecta a La Gironda. En la Montaña, Danton, Marat, Robespierre, Camille

Desmoulins y algunos otros más. Veo, por lo que me has dicho, que sólo has tenido entrevistas con los miembros de La Gironda. No creo, y permíteme que te dé un buen consejo, que debas limitarte solamente a esa gente. Es bueno diversificar las amistades en todos los círculos políticos. Ya sea con los cordeliers, o con los jacobinos. Pero no quedarse solamente con los girondinos. Puedes señalarte demasiado y salir perjudicado en tus propósitos. La colaboración con la monarquía, de ese partido que ocupa carteras ministeriales, le ha restado mucho de su viejo prestigio. Francia es el país de los destellantes encumbramientos y de las rápidas caídas. Choisseul en poco tiempo perdió la posición extraordinaria que tenía en el gobierno de Luis XV, para refugiarse oscuramente en sus posesiones. Fouquet, ministro de Luis XIV, se creía un super-rey y, de una fiesta que le ofrecía a su soberano, salió al destierro y a la cárcel". Manon pensó: "Si la gente supiera que mi familia desciende de Fouquet, le traería desagrados al patriota de mi marido". "Por eso", continuó "no hay que perder de vista las características de este país. Y ahora, en los días que vivimos, la incertidumbre del mañana es cada instante mayor".

Manon volteó, en momentos en que entraba George Lavasseur, hombre pequeño, delgado, de mediana edad, vestido de marrón negro, como un antiguo diputado del Tercer Estado. "Oí, Manon, que hablabas de días inciertos". "Sí, precisamente, eso trataba con M. Miranda de quien te he hablado. ¿Recuerdas que te mencioné sus proyectos?"

"En efecto, señor Miranda", dijo Lavasseur, sacando una tabaquera de madera, de donde tomó el polvo al que era tan adicto. Después de estornudar tres veces, repuso: "Me perdona, pero sin el tabaco no puedo vivir, asienta a maravillas a mis pulmones". "Pero es tan disgustante", exclamó Manon. Lavasseur, como de costumbre, ignoró el comentario y continuó: "Esa situación de incertidumbre que menciona mi esposa es cierta. Los partidos desconfían unos de otros. Los girondinos de los jacobinos y éstos de los cordeliers. Están todos como las fieras, dispuestos a devorarse entre sí por el poder. Y en medio de esta confusión, actúan también los monarquistas y los enemigos de la Revolución. Otros opinan que el Rey dejó de serlo, después de su fuga y que es necesario destituirlo y nombrar un Consejo de Regencia, compuesto de patriotas. Otros creen que ha llegado la hora de proclamar al Duque de Orléans, que goza de popularidad, como Rey o Regente y otros, simplemente, en una República. Dentro de este oscuro panorama interno se anuncia, de un momento a otro, la guerra contra la casa de Austria Como es lógico, la Reina, que es austríaca, verá con simpatías la derrota de los ejércitos franceses, ya que en ella encontrará la salvación de la monarquía. Por eso, como afirman muchos, dentro del Palacio de Tuileries se encuentran los más peligrosos enemigos de la Francia revolucionaria. Los más eminentes patriotas creen que,

de ser derrotados nuestros soldados, debe procederse a la destitución del Rey".

"¿Y cómo podrán hacer esto?", preguntó intrigado Miranda. "Más fácil de lo que se cree. Organizando el pueblo de París, pidiendo su destitución, si es que antes el propio Rey no renuncia, al serle presentado el proyecto de juramentación del clero, proyecto al que se opone el Papa. En este último caso, se organizará una Regencia que gobernaría en nombre de Luis XVII, hoy un niño. Sería la solución ideal, pero todo está en hipótesis. En lo referente a sus planes particulares, más le conviene que desaparezca la monarquía actual El gobierno que surja, Regencia o República, tratará de expandir su prestigio al mundo entero y llegará el momento propicio para su proyectada invasión a América".

Miranda aprovechó la mención de Lavasseur sobre sus proyectos, para darle una larga explicación de sus planes futuros. Lavasseur pensó, al terminar el venezolano su exposición: "Este hombre, de no ser asesinado, va a lograr lo que se propone. Aunque su causa está ligada íntimamente al futuro de Francia".

Una sirvienta entró, llevando un juego de té de brillante plata El reloj dorado dio las cuatro de la tarde. Un momento después, tocaron a la puerta. "Debe ser Fabre D'Eglantine. Usted sabe, el secretario de Danton". "Ya lo sé". "No se vaya, que siempre es bueno conocerlo, tiene influencia con Danton". Miranda se encogió de hombros.

Fabre D'Eglantine entró en el salón con cierto aire de superioridad, como imitando a Danton. Llevaba un traje de color marrón, a rayas verdes, corbata blanca a rayas azules. Tenía la cabellera corta y ondulada. "No me gusta este hombre, parece como si estuviera actuando", se dijo Miranda. Ella sonrió, comprendiendo su pensamiento.

Manon en persona sirvió el té y las galletas. Desde aquel momento Fabre no hizo sino hablar de sí mismo, de sus obras de teatro, de sus actividades. "Señor Miranda, no deje de ver mi reciente obra «L'Héritier», en el Teatro Francés. Ha sido muy discutida por la crítica. Talma, como siempre, ha sido excepcional. Aunque mi obra preferida y la que me ha dado más renombre es «L'Hospitalité», con aquellas inolvidables estrofas que tanto recitaban los parisienses: «Il pleut, il pleut, bergère»; ¿no la ha escuchado usted, M. Miranda?" "Para decirle la verdad", repuso el venezolano con tono seco, "nunca la he escuchado". A Fabre no le agradó la respuesta, pero la ignoró, continuando su conversación.

Miranda pensó: "Esta es la razón de que siempre he tenido tantos enemigos. Me resulta difícil ocultar mis sentimientos, digo lo que siento y lo que me parece correcto, no ando con adulancias ni con rodeos". Recordó que La Fayette, con quien había tenido estrecha amistad, se había convertido de la noche a la mañana en su adversario. "¡Quién sabe qué diría que no le gustó al héroe de dos mundos!" La última vez que se encontraron fue en una

recepción ofrecida por Federico El Grande, a raíz de unas maniobras militares. Más tarde, cuando pasó por Francia, había recomendado que lo echaran del país. "Son pocos los hombres que saben apreciar la franqueza y la toman por crítica envidiosa, por eso es que los grandes hombres andan rodeados de un nube de adulantes".

En un momento de la conversación, Fabre dijo: "Querido Lavasseur, aquí le traigo un informe sobre el papel que debe jugar el Ayuntamiento, para realizar el patriotismo de los parisienses". Dijo, sacando de su cartera un documento. "¿Dónde puedo explicárselo mejor?" "Allá, en mi biblioteca". Los hombres salieron. "Sólo unos instantes", agregó el dueño de la casa.

Tan pronto estuvieron solos, Miranda dijo: "Si no fuera porque estás conmigo, no hubiese podido resistir las necedades que dice este hombre tan engreído" y, haciendo una pausa, continuó: "¿Sabes? Me has hecho mucha falta. Nunca olvidaré la noche pasada en Beauvais. Desgraciadamente, me es difícil verte". "Yo también, Francisco, no sabes cuánto te quiero". Miranda, que se encontraba cerca de ella en el canapé, la rodeó con sus manos y la besó apasionadamente. Luego, volviendo a guardar su compostura, siguió hablando. "Me han recomendado un hotel discreto, muy cerca de aquí, frecuentado por extranjeros. Se trata del Hotel de Berri, rue de La Harpe. Guarda la dirección en tu corazón. Allí podríamos vernos ciertas tardes, ya que en casa de M. Tissot me es imposible. Por medio de un billete te haría saber cuándo podríamos encontrarnos. ¿Estás de acuerdo?" Manon asintió. Como Miranda hiciera un gesto de querer partir, le detuvo. "No, todavía no. Danton me anunció que pasaría alrededor de las cinco, antes de ir al teatro. Quiero que lo conozcas, su influencia es muy grande en los actuales momentos y con él vendrán también Camille Desmoulins y Hérault de Séchelles. También es bueno que los conozcas. El segundo pertenece a la alta nobleza, pero es un gran oportunista. Fue protegido de la Reina y primo de los Polignac. Abogado en los parlamentos, gracias a sus protecciones, hoy aparece con los revolucionarios más extremistas. Aunque el que lo ve, por su porte, creería que acaba de salir del Palacio. En sus gustos y sus trajes sigue siendo un aristócrata. Si alguien hubiera debido huir a Coblenza, es él; pero ha preferido el clima de los Jacobinos. Camille Desmoulins es otra cosa. Modesto, enigmático, tímido, sólo vive para el amor de su mujer, Lucile. Quizás sea el único sincero de los que rodean a Danton. El fue el héroe del 14 de julio, en el Palais Royal; gracias a su determinación, el pueblo se insurreccionó y tomó La Bastilla. Y Danton, ya sabes bastante de él. Es un hombre de personalidad atrayente, casi fascinante, me place ver el calor que pone en sus exposiciones".

Rápido repuso Miranda: "Por la forma en que te expresas de Danton, pareciera que te gusta". "¡Tonto!", repuso Manon, jugueteando con un pañuelo de encajes. "Simplemente lo admiro; pero

tienes unos celos españoles dignos de tener en cuenta". El venezolano tuvo que reír.

En ese momento regresaba Fabre y Lavasseur. "Esta es la única manera de tener en alerta a los buenos parisienses de los mercados. Las jornadas de octubre del ochenta y nueve se hicieron con esa misma gente. Materia prima de gran preciosidad, para mantener el fuego de la Revolución". Y, dirigiendo su mirada al venezolano, dijo, registrándose uno de los bolsillos: "Aquí tiene dos billetes, M. Miranda, para que pueda ir al Teatro Francés. Así me dará su opinión sobre la obra. También quisiera que viese «L'Ecole des Elections», es una obra de carácter político, que le gustará. Por cierto, le interesará saber que los blancos de Santo Domingo, al no encontrar una protección fuerte de nosotros, piensan declarar su independencia y buscan un Washington. La razón que les anima es que ya no quieren pagar más impuestos a la Metrópoli y, por su parte, los negros han degollado a más de quinientas personas e incendiado miles de viviendas. No sabemos la suerte que van a correr esas islas. Creo que, como americano, le interesarán estos acontecimientos".

"En efecto, todo lo que se relacione al Continente Americano me concierne y por los periódicos sigo atentamente las alarmantes noticias de Santo Domingo. Pienso que el gobierno debe actuar con prontitud en restablecer el orden y liquidar el caos".

Tal como Manon había anunciado, llegaron, bastante pasadas las cinco, Danton, Camille Desmoulins y Hérault de Séchelles. Danton, como siempre, ruidoso. Camille Desmoulins, pálido y de larga cabellera castaña, que le llegaba a los hombros, daba la impresión de cierto tartamudeo, al hablar. Hérault de Séchelles, al contrario, era un hombre seguro de sí mismo y, al verle se denotaba su origen noble. Al sentarse, cruzó las piernas coquetamente y cuando hablaba hacía graciosos gestos con su blanca y cuidada mano. "Este es un hombre que agrada a las mujeres", pensó Miranda. Tan pronto supo que el venezolano había estado en Suiza y visto a Lavater, Hérault dijo: "A mí también me hizo hacer un retrato, para estudiar mi carácter. Curioso, es sabio Lavater. Piensa que la fisonomía lo es todo y, gracias a ella, pueden descubrirse los secretos del alma".

Miranda pensó en Suiza y en sus verdes y quietos lagos. Hérault continuó: "Me gustaría vivir en Zürich". Danton le interrumpió: "A mí no me gusta la vida pastoral. Creo que el campo es bueno por una temporada. El hombre político y de espíritu necesita la ciudad. Por eso amo tanto a París".

De allí pasaron al tema del día, la política. Danton tomaba a serio las discusiones y se acaloraba fácilmente. Miranda miró su reloj. Pensó que aquella noche le había prometido a Nicole ir a comer al Palais Royal y luego visitar unos garitos, para probar fortuna. "Además, nada pierdo con marcharme, a Danton no le gusta tener interlocutores, sino un auditorio que le celebre lo que

dice y, como a mí no me gustan los engreídos, prefiero irme. Con Nicole pasaré un rato más agradable".

Cuando se despedía, Danton le dijo: "M. Miranda, me gustaría hablar con usted con más calma. Por las tarde le sería fácil encontrarme en el Café Procope o en mi apartamento de la Cour du Commerce".

Al salir Miranda, llovía. La calle estaba mal iluminada. Cerrándose el abrigo de doble cuello, desapareció en la oscuridad, en busca de un coche.

V

"Dites lui que je suis curieux de voir la prision".
Casanova, "Mémoires"

El hermano menor de M. Tissot, joven capitán de dragones de la guarnición de Lyon, acababa de llegar a París, gozando de doce días de licencia especial. Quedó fuertemente impresionado por la erudición de Miranda y por sus conocimientos de estrategia. "Este hombre nació para militar".

Felipe Tissot tendría unos treinta años de edad y hacía ya algún tiempo que estaba acantonado en Lyon, por lo que no le era fácil venir con frecuencia a París. Por otra parte, no le gustaba la gran capital, prefería la tranquilidad relativa de la ciudad del Ródano y además, desde hacía seis meses estaba comprometido con Brigitte Denis, hija del Presidente del Club de los Jacobinos de esa localidad. El hecho de que su futuro suegro fuera un apasionado revolucionario de gorro rojo no le complacía, ya que las discusiones que se presentaban los días que iba a comer en casa de su novia, eran encendidas. Había emprendido este viaje a París para resolver un problema de dinero. Deseaba comprar una casita en el camino de Ginebra y no tenía ahorrado suficiente dinero para ello. Y, como su hermano le había ofrecido prestarle la diferencia, pensaba casarse tan pronto regresara a Lyon y mudarse lejos del suegro. "Quiero aprovechar estos doce días para conocer los alrededores de París y para comprarle alguna ropa a Brigitte. El 26 de abril regresaré".

Aquel sábado por la noche, día de su llegada, comentaba en el salón de los Tissot, lo bochornoso que había sido el decreto de la Asamblea, perdonando algunos soldados insurreccionados contra sus superiores: "Después de este Decreto, la disciplina militar se resquebrajará y eso justamente en vísperas de la guerra. Los soldados no obedecerán más a sus superiores. No me puedo explicar qué persiguen estos señores de la Asamblea Nacional desestabilizando el país, con el evidente deseo de ganarse las simpatías de la solda-

desca. Yo no estaré en París mañana, para ver las celebraciones públicas que se van a efectuar. Es disgustante. Prefiero irme al bosque de Vincennes, a gozar de la naturaleza, que es sincera y sin hipocresías políticas. M. Miranda, ¿desearía usted acompañarme y respirar un poco de aire puro?" "Con placer, capitán, y con eso tendré la oportunidad de visitar el castillo donde estuvo preso Mirabeau".

A la mañana siguiente, paseaban por el apacible bosque. Ya los árboles estaban verdes. Un grupo de niños arrancaban flores, mientras otros corrían detrás de las mariposas. Mientras paseaba, Miranda no observaba nada de todo eso, pues no era contemplativo. Pensaba en la Historia y sus hombres. El capitán hacía numerosos comentarios. Aseguraba que cerca de la naturaleza uno no corría peligros. "No siempre es así, capitán; el gran Rousseau solía pasear con frecuencia por los bosques, recogiendo hierbas para su colección. Por estos lugares se inspiró en su «Emilio», pero la naturaleza no le garantizó la seguridad y, una buena tarde, cuando regresaba de Ménilmontant, la carroza de un marqués, que iba a todo galope, le atropelló, accidente éste que obligó al filósofo a renunciar a sus paseos diarios".

Miranda se dio cuenta de que el joven Tissot, a pesar de su carácter discreto, abrigaba ideas realistas y conservadoras. Hablaron de los grandes hombres contemporáneos, especialmente de Federico El Grande y Washington. Así, poco a poco, llegaron al viejo castillo de Vincennes, el cual desde hacía muchos años se encontraba semiabandonado y convertido en prisión. Vieron allí a un grupo de curiosos que entraba con recogimiento religioso a un calabozo. Era el lugar donde estuvo preso Mirabeau. En una de las desnudas paredes de la celda, colgaba en letras doradas una estrofa patriótica, que Miranda copió en su libreta de notas:

"L'âme de Mirabeau
s'exalte dans ces lieux;
hommes libres, pleurez!
Tirans, baissez les yeux!"

"No me explico", dijo el capitán, al salir del calabozo, "cómo se puede deificar la memoria de un hombre en forma tan burda y encontrar además miles de adoradores, que se presten a servir este culto inaudito. Mirabeau fue un hombre corriente, que supo sacar partido de su oratoria, para ganar popularidad. Mismo su accidentada vida estuvo muy lejos de ser digna de los héroes de Plutarco. Pero la Revolución ha cambiado los valores. En tiempos anteriores se exaltaba a los grandes capitanes, a los filósofos y a los poetas. Ya que Mirabeau está en el panteón, algún día también estarán allí enterrados Danton, Marat, Robespierre y toda la camarilla de revolucionarios".

Miranda continuaba haciendo apuntes en su libreta, anotaba todo lo que veía de interés, para luego prepararlo para un diario, como cuando su primer viaje al Continente.

Antes de caer la tarde, regresaron a la casa de los Tissot. El comerciante, que hablaba con aire de preocupación con su esposa, les dijo tan pronto entraron: "La situación reinante en varias guarniciones de París no es buena. Sus jefes protestan ante el Ministro, general Dumouriez, por el indulto, que califican de maniobra política. Este descontento entre la alta oficialidad no augura nada bueno si se declara la guerra, como parece probable".

"En esas condiciones Francia no podrá afrentar sus enemigos. Los generales descontentos con el gobierno revolucionario y los soldados, indisciplinados, descontentos a su vez con sus superiores. El resultado será una total anarquía, que nos llevará obligatoriamente a la derrota", sentenció el capitán.

La conversación versó sobre otros tópicos. El capitán mostró preocupación por su matrimonio. Todo dependía ahora de la guerra. Miranda, quien guardaba correspondencia que debía entregar personalmente en Lyon, le propuso acompañarle en el viaje.

M. Tissot cogió de la mesa un papel. "Me olvidaba este mensaje. Llegó esta mañana para usted". Miranda lo leyó. Era una esquela de Pétion, donde le invitaba a pasar por su casa a las seis. Vio el reloj. Apenas tenía tiempo para cambiar de traje.

Encontró a Pétion acompañado de su hermosa esposa y del célebre girondino Vergniaud. Este último, al transcurrir un tiempo prudencial, se despidió. Pétion, en tono confidencial, dijo: "La guerra con Hungría está ya decidida y el Rey, contra su más íntima voluntad, se verá obligado a declararla antes de finalizar la próxima semana. El Ministerio de la Guerra recibió ya órdenes de preparar la motivación de dicha declaratoria, la cual será leída, según espero, alrededor del viernes, 20. La aproximación del buen tiempo nos dará la supremacía en el Norte".

"¿Y cuál es el propósito de una guerra que, por sus características, no parece necesaria?", preguntó Miranda, advirtiendo que madame Pétion no dejaba de observarle detenidamente. "Pues, estimado amigo, esta es una guerra extremadamente política. Se trata de dar cohesión a los patriotas y nos permitirá abrir una fosa entre la Francia revolucionaria y la Europa feudal. Al mismo tiempo, esta situación nos permitirá saber con quiénes contamos en el ejército. Tenemos muchos realistas ocultos o declarados que queremos probar en esta ocasión. Por este motivo, hemos hecho la amnistía a los soldados insurreccionados en Nancy. Hemos querido demostrarle, al soldado, hijo del pueblo, que puede contar con los buenos patriotas de la Asamblea Nacional. Y que debe desobedecer a sus jefes, cuando éstos atentan contra la Constitución y la Patria. Así, nuestros enemigos irán desapareciendo poco a poco, siendo reemplazados por militares más apropiados y fieles. Nosotros no podemos contar sino con el pueblo, para llevar a cabo esta Revolución. Por tal

motivo, M. Miranda, contamos con usted, que es un hombre leal a los principios de la libertad. Lo consideramos como una especie de oficial de reserva. Una vez que hayan sido purgados los jefes monarquistas, podremos llamarle y confiarle el cargo que usted merece".

El resto de aquella interesante velada transcurrió en asuntos más ligeros. Madame Pétion, que a veces monopolizaba la conversación, invitó a Miranda para el día siguiente, a observar la Asamblea Nacional desde la tribuna reservada a la Alcaldía. "Le van a interesar mucho las exposiciones de los representantes de la Nación". Al despedirse, Miranda pensó: "Esta es una mujer encantadora, a la que no debo perder de vista".

VI

"Une chose cause nos malheurs: c'est l'incertitude de ceux qui craignent les suites de la révolution.
Restif de la Bretonne - "Les Nuits de París"

Como había dicho el Alcalde, el viernes, 20 de abril, Luis XVI leyó la declaración de guerra al Rey de Hungría y lo que era lo mismo: a la casa de Austria. Las galerías de la Asamblea Nacional estaban plenas y, una vez terminada la sesión, la inmensa muchedumbre salió apresurada hacia el jardín de Tuillerías y la Rue Saint Honoré.

El día era soleado y alegre. Manon Lavasseur, acompañada de Madame Pétion, se encaminaron lentamente a la casa de la segunda, que quedaba cerca, en el Cul de Sac de l'Orangerie.

"¡Cuántos amigos, cuántos seres queridos tendrán que partir quizás a la guerra!", dijo Manon, pensando en Miranda. En el bolso llevaba una esquela donde la citaba para las cuatro de la tarde, en el Hotel de Berri, rue de La Harpe. Sintió necesidad de hablarle de él. "¿Marie, has conocido a Francisco de Miranda? Me dijo que había visitado a tu marido, quien le recibió muy bien. ¿Le pudiste ver?" "Sí, en efecto, estuvo en casa el domingo pasado y el lunes fui con él a la Asamblea. ¡Es un hombre encantador! Tiene una conversación muy variada y una inteligencia fuera de lo común. Me fascina su compañía. Me contó que ustedes le habían recibido muy bien".

Entraron en el apartamento. Manon pensaba que Marie Pétion gustaba también de Miranda y sintió cierta desazón en su corazón. Miró el florero de cristal, lleno de violetas, que reposaba sobre la mesa. Recordó los momentos pasados en la posada de Beauvais. "¿En qué piensas, Manon? Te veo súbitamente preocupada". "En

absoluto, mi querida Marie, pensaba en los acontecimientos futuros. Una guerra siempre se sabe cómo comienza, pero nunca cómo termina".

Madame Pétion cambió la conversación hacia las modas. Le parecía un tema más apropiado para un bello día. "Todavía es temprano. No son sino las dos de la tarde. ¿No te parece que vayamos donde Mlle. Jacob, en el Palais Royal? ¿Todavía no la conoces? Está al lado del Café de Foy y es la que le confecciona los sombreros a madame Buffon, la inseparable amiga del Duque de Orléans. Es lógico que no la hayas oído nombrar, ya que hace poco tiempo abrió su tienda. Se dice que el Duque la conocía desde la época de Mlle Bertin, la célebre modista de la Reina. Me han contado que ella fue su amante y ahora es su protegida. Pero, según me han asegurado, hace unos sombreros muy bellos, al estilo inglés".

Media hora después, entraban en el coqueto almacén de Mlle. Jacob. Había dos empleadas y la dueña, quien hablaba con un hombre extraño, de amplios bigotes, como los que comenzaban a usar los militares y los admiradores del Père Duchesne. Ambos se voltearon, al llegar las clientas. El hombre demostró extrañeza en sus escrutadores ojos. Mlle. Jacob se adelantó a recibirlas.

El hombre, quien no era otro sino De Batz, hizo como si observara una cesta llena de cintas de variados colores. "Una es la mujer de Pétion y la otra estoy seguro que debe ser la de Lavasseur. De no estar errado, voy a tener hoy muy buena suerte". Oyó lo que hablaban. Se midieron unos sombreros de prueba. La modista afirmaba: "Yo no hago dos sombreros iguales. En esto me ajusto a los principios de Mlle. Bertin". En un momento en que ésta se apartó, en busca de cintas, aprovechó el barón para decirle: "Pídeles su dirección, me interesa".

Después de escoger el estilo que preferían, quedaron convenidas con Mlle. Jacob en que ella pasaría por sus casas, un día de la siguiente semana, para probárselos. La modista les pidió sus respectivas direcciones. "Vamos ahora al Café de Foy a tomar un sorbete y a ver la gente", dijo Marie Pétion.

Salidas las mujeres, De Batz se precipitó sobre el papel con las direcciones y las copió en su pequeña libreta. "Era ella, mi olfato no me engañó. Ahora me queda por delante la labor más difícil". Pensando en esto, entró en un cuartito del almacén. Delante de un espejo se arrancó el bigote y se cambió de peluca. Luego salió, ordenándole a la modista: "Y no olvides, me es muy importante saber lo que Orléans opina con relación a la guerra".

Un minuto después, estaba sentado en una mesita cercana a las dos mujeres. Sus oídos, a pesar del ruido, oían gran parte de la conversación. "Si logro conquistar de la manera que sea a Madame Lavasseur, estoy salvado. Necesito urgentemente una persona de alto rango en el Ayuntamiento y nadie mejor que esta mujer dispendiosa y ligera. Ella podría serme de gran utilidad. Lo que debo

estudiar es la forma en que tengo que actuar". Y su ágil mente se perdió en las suposiciones más inverosímiles.

Al cabo de un rato, las mujeres pagaron y se fueron. De Batz las siguió discretamente. Afuera, en la Plaza del Palais Royal, había una línea de coches públicos. Uno lo tomó Madame Pétion y el otro Madame Lavasseur. De Batz saltó en el tercero, diciéndole al cochero "Síguelo. No lo pierdas de vista. Te daré una buena propina".

Manon Lavasseur bajó en el Hotel de Berri. De Batz permaneció dentro de su coche, conservando cierta distancia. Después de algunos minutos entró en el hotel. La conserje limpiaba la entrada. "Señora", dijo De Batz, con aplomo, "¿a cuál piso subió la elegante dama que acaba de entrar?" La vieja le miró con desconfianza: "¿Para qué quiere usted saberlo?" El barón sacó de su cartera una tarjeta con un gran sello: "Pertenezco a la policía y quiero saber con quién está esa señora. Necesito el nombre de la persona a quien visita". La mujer se encogió de hombros y se dirigió a una pequeña cámara, cerca de la escalera. La oyó hablar con un hombre. Momentos después, salía con un pedazo de papel: "Es un americano muy extraño, que tiene alquilada la habitación del primer piso. Sólo desde hace un par de días. Casi no se le ve y aseguraría que no duerme aquí. Su nombre es Francisco de Miranda". Y haciendo una pausa, agregó: "¡Ah! Me voy a informar sobre su dirección anterior, que ha tenido que dar para los efectos del registro". Regresó con un grasiento libro: "Aquí está". De Batz leyó: "Nombre: Francisco de Miranda. Procedencia: Londres. Residencia anterior: Chez M. Tissot. en el Palais Royal".

De Batz regresó al coche y dio la dirección del comerciante.
En momentos en que llegaba a casa de Tissot, éste tenía la puerta abierta, disponiéndose a salir. "¡Usted!", exclamó con los ojos desorbitados, reconociendo a De Batz. "¡Es una imprudencia, entre rápidamente!"

De Batz soltó la carcajada, ante el temor de Tissot. "Sí, entremos, mi amigo, tengo que hablar con usted". Tissot sentía temblar sus manos. ¿Sería que aquel hombre extraordinario estaba enterado de sus verdaderos propósitos? Tan pronto estuvieron solos, el barón preguntó: "¿Quién es ese Francisco de Miranda que ha vivido aquí? Tengo entendido que es un americano venido de Inglaterra. Dígame lo que sabe de él". El comerciante le refirió que todavía estaba alojado en su casa, que un amigo banquero de Inglaterra se lo había recomendado y que aparentemente era un hombre sin significación política, si no un soñador, un amigo de la libertad de su lejana patria. "Mi querido amigo, en estos tiempos turbulentos, los hombres más tranquilos e insignificantes pueden resultar los más peligrosos. De varios países europeos están llegando docenas de agentes pertenecientes a organizaciones secretas, que quieren acabar con la religión y la monarquía para edificar sobre las ruinas de la tradición una sociedad nueva, sin Religión y sin Ley, donde domine la anarquía y la igualdad. Esos hombres son nuestros

enemigos. Este Miranda puede ser uno de ellos; también podría ser un espía o, simplemente, como usted dice, un patriota en busca de ayuda para la libertad de su país. Inglaterra, mediante la monarquía parlamentaria, trata de infiltrar a Europa, para debilitarla. Por eso ha puesto sus ojos en Francia, país católico y su enemigo secular. Nosotros debemos evitar que eso suceda. Pero, volviendo de nuevo a Miranda, es necesario que yo le haga un registro de su habitación y sus pertenencias. Tengo que saber quién es". "¡Oh, no! Miranda podría regresar ahora y sorprendernos en su habitación". De Batz le miró sonriendo. "No se preocupe, los nervios no son buenos para la salud. Yo puedo garantizarle que su amigo Miranda se encuentra en estos momentos muy ocupado y no regresará antes de una hora, por lo menos, lo que nos dará tiempo suficiente para cumplir con nuestra tarea". Y diciendo esto, el barón se dirigió con paso felino hacia el dormitorio que el comerciante le señalaba. Cerró las cortinas y encendió las velas. Abrió con decisión el armario. No encontró nada de interés. Luego, sacando de su bolsillo una llave maestra, abrió el primer baúl. Sólo ropa, medias, camisas. Lo cerró y abrió el otro. Estaba lleno de papeles, notas, planos, mapas. Leyó algunas cartas que estaban más a la mano y se detuvo en la nota que el venezolano había dirigido a Pitt. "No es espía inglés, parece más bien un idealista que sólo tiene interés en la suerte de su patria". Luego miró hacia un compartimento que separaba los documentos oficiales de los personales. Se veían misivas de mujer, en papeles de colores. La mano ávida del barón registró entre los recuerdos románticos. Flores marchitas, con pequeñas anotaciones y nombres. Prendas interiores femeninas, pañuelos con perfumes olvidados. Agendas con direcciones borrosas. Una rosa bastante fresca todavía, decía: "Nicole Tissot, recuerdo de la primera noche. Sábado, 24 de marzo de 1792". "Por lo visto M. Miranda sabe combinar perfectamente el amor con la política". Luego sus dedos tropezaron con un sobre: "Recuerdo de la noche del jueves, 22 de marzo, pasada en la posada de Beauvais con Manon Lavasseur". Dentro había una liga rosada, con una bella roseta. "Ya te tengo, bella Manon", se dijo, mientras deslizaba en su bolsillo el sobre, sin dejarse ver por Tissot. Luego arregló cuidadosamente todo como estaba y cerró el baúl.

"Nada de interesante. Comparto más bien su opinión. Se trata de un señor sin peligro por nuestra causa". De Batz descorrió nuevamente las cortinas y, apagando las velas, abrió una de las ventanas, para que no se sintiese el olor a humo.

De nuevo en el salón, De Batz dijo: "Estoy verdaderamente complacido con mi organización. Marcha a perfección, como la maquinilla de un reloj. No sólo cuento con la vieja colaboración del batallón de nobles, sino también con los sectores más variados de la sociedad francesa. Digo francesa porque tenemos nuestra gente en todos los rincones de Francia. Hay entre ellos panaderos, notarios, policías, soldados, carceleros, verduleras de los mercados,

carniceros, cocheros, prostitutas, revolucionarios, empleados públicos y, qué sé yo, muchísimos más. Es una organización muy difícil de destruir y que cada día se hace más poderosa; pero nuestros enemigos no duermen y tenemos que estar alertas. Por eso cambio de refugio constantemente. Ya no voy a la casa de Champs Elysées. Usted tampoco podrá ir. Esperará que le envíe mis mensajeros. Tendrá que colaborar en la huida de la Familia Real en forma muy activa. Irá a Dieppe y contratará una embarcación para la noche del 10 de junio. Bien sé que tiene desde hace muchos años buenas relaciones con el comercio exportador de ese puerto. Por allí mandaba sus mercancías a Inglaterra. Su presencia no levantará sospechas. El dinero que se necesite, usted lo adelantará, como siempre, ya que pronto le será recompensado. Pero de todas maneras le avisaré al menos con diez días de anticipación. La fecha a que me he referido es impostergable".

De Batz se levantó y salió. Tissot tenía que prevenir a M. Duval. Esa misma noche debía pasar Roger. "Aunque aún tenemos mucho tiempo. La fuga del palacio debe estar preparada para la noche del ocho al nueve de junio".

De Batz se dirigió, sin perder tiempo, a la guarida que tenía Rougeville en un oscuro callejón de la Cité. Subió hasta la buhardilla e hizo un toquido sobre la puerta, en forma convenida. Rougeville abrió. "Le esperaba. Aquí están Mlle. Grandmaison, Devaux, Cortey y Roussel. Quieren saber si tiene usted algo especial que ordenarles antes de ir a la casa de Charonne, donde esta noche se celebrará una reunión importante. Asistirán algunos oficiales y guardias del Palacio". De Batz les significó amablemente que dejaba en sus manos la decisión a tomar. Asistieron y, recogiendo sus sombreros y capotes, salieron al negro corredor.

Aquellos eran los en que más confiaba el barón De Batz para dirigir su maquinación. Le eran fieles en todo el sentido de la palabra. Jean Louis Devaux, empleado de la Tesorería Nacional y además su secretario; Joseph Cortey, panadero; Balthazar Roussel, sargento de la Guardia Nacional y Mlle. Grandmaison, actriz de la Comedia Italiana.

Rougeville iba a hablar, pero un gesto imperioso de su jefe se lo impidió. "No me interesa ahora sino un solo asunto". Con palabras precisas, el barón le refirió todo lo sucedido en el día y su encuentro fortuito con Madame Lavasseur. En tres palabras le contó la vida de Manon. Era de la pequeña nobleza de orilla, su familia había llegado casi a la pobreza para la época en que sus padres querían casarla. No pudiendo hacerlo con un noble de la comarca, por falta de dote que ofrecerle, habían logrado casarla con un joven y prometedor abogado: Lavasseur. Con los años, dejaron a Boulogne, en cuyas cercanías vivían y se instalaron en París. Gracias a sus contactos políticos y a su inteligencia, Lavasseur había logrado ocupar un cargo de responsabilidad en la municipalidad de París. En cambio Manon, con el ascenso de la miseria a una relativa

posición destacada, había perdido la cabeza y llevaba una vida dispendiosa, difícil de sobrellevar por su marido, quien recientemente había tenido que vender una pequeña propiedad, para pagar las deudas de su mujer. Lavasseur se sentía ante ella como un inferior y deseaba colmar ese vacío ofreciéndole toda clase de comodidades y lujos, cosa que Manon aceptaba con naturalidad, pensando que aquello le era debido. De todas maneras, ambos se abstenían de confesar a sus amistades los verdaderos orígenes de Manon. La época de la aristocracia había pasado y esa ascendencia podría perjudicar la carrera de su marido. "Madame Lavasseur tiene un lado débil que tenemos que explotar, es su necesidad de lujo. Vamos a comprarla. De no lograrlo, recurriremos a la amenaza. Fíjate en esto". De Batz le enseñó el sobre y la liga, y le contó la aventura con Francisco de Miranda. "Todo esto te lo explico, porque vas a ir a casa de Madame Lavasseur ahora mismo. Si ella se niega a colaborar por las buenas y contra recompensa, entonces te verás forzado a amenazarla. Le dirás que le mostrarías a su marido la liga y el sobre y le contarías sobre el encuentro del Hotel de Berri. Y que tal escándalo será conocido por todo París, pues se pegarán hojas en todas las esquinas, diciendo que Madame Lavasseur, noble, descendiente de los Vizcondes de Laffont, tiene por amante un espía enviado por Inglaterra. Naturalmente que esto sería como último recurso. Tú te vas a presentar como enviado por una sociedad de amigos de la Constitución y le dirás que ella deberá colaborar en el mantenimiento del orden establecido. Que sólo le pedimos tres cosas: que influya con su marido en ciertas decisiones que se habrán de tomar, que informe sobre los proyectos secretos del Ayuntamiento y, tercero, que nos entregue algunos papeles con el membrete oficial y el gran sello de lacre. Te he escogido a ti, porque sé que tienes una dialéctica excelente para convencer. Pero te repito, tienes que hacerle callar la conciencia, presentándote como amigo de la Constitución y del orden imperante".

Rougeville asintió. "Voy a ponerme un disfraz que me dé un aire más serio". Diciendo esto, se dirigió hacia un gran armario. Al abrirlo, aparecieron colgados más de quince disfraces de diferentes tipos: abate, guardia nacional, sans-culotte, mozo de mercado, pequeño burgués, mujer. Había pelucas de varios colores. Se puso un traje marrón, que le daba cierto aspecto de notario y tomó un cofrecito con los elementos necesarios para un buen maquillaje.

Mientras Rougeville trataba de cambiar sus facciones, De Batz escribía una carta. "Esta carta, que luego leerás, se la ofrecerás a Madame Lavasseur, una vez que acepte nuestro trato. Es la cuerda que le tendremos alrededor del cuello. Ella tiene que firmarla y luego me la traes, para ponerla en su expediente. El sobre con la liga se lo dejarás. Le explicarás que Miranda nada sabe del asunto y que sería mejor que ella no se diera por entendida con él, si no desea perderlo".

Rougeville estaba bastante transformado y lucía como un apacible burgués, de unos cincuenta años. Las verdes sombras bajo los ojos y el par de lentes, le daban un aire de gravedad.

Salieron juntos. Rougeville se fue caminando. De Batz tomó un coche en el Pont Neuf, al que más tarde cambió por otro, antes de llegar a su nuevo refugio.

VII

"¡Oh, Brutus! dont la main hardie affranchit vainement les Romains corrompus, nous avons erré, comme toi".

Mme Roland - "Mémoires"

En el salón de Mme. Lavasseur, Rougeville se hizo anunciar por la sirvienta, dando el nombre falso de Dupont. La mujer le manifestó que debería esperar algunos momentos, pues la señora acababa de llegar y se estaba cambiando de traje.

Rougeville se sentó. "M. Lavasseur debe llegar tarde esta noche. La sesión extraordinaria del Ayuntamiento, convocada para la tarde, con el fin de examinar el decreto de guerra contra Hungría, llevará aparejada mucha discusión. De todas maneras, será ella la que tratará de disculpar mi presencia, en caso de que su marido regrese antes de lo esperado".

Llevando un bello traje de seda verde, Manon entró, excusándose por la tardanza. Después de algunas palabras de cortesía, Rougeville entró de lleno en el asunto. "A usted, señora, le extrañará mi intempestiva visita. Soy un patriota, miembro de una asociación de ciudadanos desinteresados, amigos de la Constitución y de las leyes, cuya misión es precisamente la de salvaguardar las instituciones que nuestro país se ha dado desde 1789. Hemos pensado en buscar ayuda, dada su posición y sus sentimientos generosos".

Extrañada, Manon trató de decir algo, pero Rougeville continuó imperturbable con su largo discurso. Le pintó un panorama político de lo más sombrío. Afirmó que la rienda del poder se les estaba escapando de la mano a los hombres honestos que deseaban una Francia mejor, dentro del marco de la ley. Que cada día los extremistas y los anarquistas conquistaban mayor terreno, preparando motines populares y creando la desconfianza y el temor. Que agentes ocultos del enemigo haciéndose pasar por patriotas, azuzaban a los incautos para crear el clima necesario a la vuelta al poder absoluto y al orden establecido. Que sabía que estos agentes provocadores tenían también sus infiltraciones en el Ayuntamiento, valiéndose de la buena fe de Pétion. "Por eso, señora, hemos pensado

que usted puede ayudarnos en esa difícil tarea de contrarrestar las fuerzas siniestras que quieren desacreditar la Revolución y sus hombres. El Ayuntamiento adquiere en París cada día más peso y libertad. Puede ser el pivote que mueva los acontecimientos hacia el bien o hacia el mal. Vamos a hacer que lo haga hacia el bien. Nosotros le proponemos que sea de los nuestros, en el más absoluto secreto, sin que lo sepa siquiera su marido. Y esta labor, que tanto le apreciaremos, será remunerada, pues usted tendrá que disponer algunas veces de sus ocupaciones habituales y quizás hacer ciertos regalos".

Manon, frunciendo el ceño, dijo secamente: "Señor Dupont, creo que usted ha hablado lo necesario para enterarme que se ha equivocado de persona. Dé usted gracias al cielo que mi marido se encuentra en el Ayuntamiento, de otra manera hubiese ido directamente a la cárcel". E hizo como si se iba a incorporar. "Cálmese, señora, nosotros no le proponemos que traicione al gobierno, sino que los salve de los agitadores que piensan pescar en aguas revueltas. Su posición la hace a usted inapreciable para nosotros, ahora no podría ser otra persona. Bien sabemos la influencia que tiene sobre su marido y la que él tiene en el Ayuntamiento. Es sólo un asunto de manejar correctamente las cosas. Y si se siente ofendida por la alusión a una remuneración de sus servicios, no lo debe tomar a mal. Mirabeau y muchos otros, eso lo sabemos bien, recibieron dinero de la Corte, no con el fin de traicionar la Revolución, sino con el de calmar a los exaltados para bien de todos y de Francia. Hemos oído que, como mujer bella y bien vestida, que ama el lujo y las cosas exquisitas, tiene deudas y compromisos difíciles de satisfacer, cuando su marido goza nada más que de un sueldo. Por nuestros informes, sabemos que tiene una deuda en casa de un joyero de la Rue Saint Honoré y éste cada día se impacienta más. Pasamos tiempos difíciles, a los comerciantes no les place dar largos créditos. La moneda se vuelve agua entre los dedos, por su falta de valor y, en cambio, los bienes y las joyas sí lo conservan. De no cancelar esas cuentas a tiempo, van a molestarla y causarle desagrados. Por este motivo le proponemos que, realizando una labor patriótica, satisfaga al mismo tiempo sus compromisos".

Manon, un tanto nerviosa, dijo: "Es suficiente, señor Dupont. Comprendo sus buenas intenciones, pero me pone en un situación muy delicada. Creo que nada puedo hacer".

Rougeville pensó: "Ahora me toca jugar el papel de rufián, que detesto hasta el fondo de mi corazón, pero es la última carta que me queda, ya agotados el patriotismo y el interés económico".

"Señora, lo que voy a decirle ahora es sólo producto de la necesidad, pues usted nos es indispensable y tenemos que tener su colaboración a toda costa. Ya que no quiere por las buenas, tendrá que aceptarlo por las malas. ¡Por favor! No se agite y escúcheme, es por su bien y el futuro de su marido lo que voy a exponerle. ¿Conoce usted a Francisco de Miranda, el americano enviado por

Inglaterra?" Por su rubor, ya adivinó la contestación. Había sido una tarde muy agradable la pasada con él hace pocas horas, en el Hotel de Berri. Como lo fue la noche de la posada de Beauvais. "Ese aventurero es un hombre romántico, le gusta guardar recuerdos, como por ejemplo éste, que ve aquí. ¿Reconoce la letra de su amigo en el sobre? ¿Y también esta coqueta liga rosada? No se agite, ni ponga esa expresión que afea su bello rostro. Creo que al austero y correcto M. Lavasseur no le complacería enterarse de estas cosas, más aún tratándose de un hombre que pudiera estar al servicio de los enemigos de la patria. Y la indignación de los parisienses cuando, una mañana de éstas, vean pegadas en las esquinas de las calles los detalles de este escándalo. No será difícil suponer cuál sería el futuro político de su marido".

Manon lloraba, completamente impotente. Estaba en manos de aquel desconocido. ¿Por qué toda su vida había actuado tan ligeramente? Ahora se veía al borde del precipicio, sin poder hacer nada para evitarlo. Rougeville hizo una larga pausa. "¡Pobre mujer, pensó, tengo que utilizarla como una ficha de ajedrez. Pero nuestra causa es sagrada y los sentimientos no pueden detenerme ahora, que la tengo en mi poder".

"Vamos, señora, cálmese. Quiero asegurarle que Miranda nada sabe de este asunto. Nuestros agentes se encargaron de sustraerle el sobre y le vigilaron en el Hotel de Berri. Le repito, ignora el asunto y usted no le diga nada si no quiere perderlo".

"Miranda no es ningún espía", replicó Manon, "es un hombre bien intencionado, que sólo aspira llevar la libertad a su patria. No me explico dónde han podido inventar semejante calumnia". "Es posible que no sea espía, señora, pero todo extranjero en estas circunstancias es sospechoso y la gente común ama el escándalo. Y lo de sus relaciones íntimas con él no las puede negar, después de las pruebas aportadas".

Manon, casi sin voz, agregó: "Y entonces ¿qué quieren ustedes de mí? ¿Qué puedo hacer por vuestros amigos?" Rougeville le explicó lo que se esperaba de ella. La sustracción de los papeles y el sello fue lo que menos le complació. Pero se veía forzada a cumplir con aquella oscura y degradante misión. "Dentro de dos días", continuó Rougeville, "enviaremos a una falsa modista, que se llamará Mlle. Gabriele. Usted le entregará el sello y los papeles. Todas las semanas vendrá a visitarla, tanto para recoger información, como para suministrarla. Para terminar, me hará el favor de firmar el siguiente documento":

"Hoy, 20 de abril de 1792, día de la declaración de la guerra al Rey de Hungría, yo, Manon Lavasseur, nacida vizcondesa Laffont, en mi sano juicio y sin coacciones, juro solemnemente colaborar con la Sociedad de Amigos de la Monarquía, suministrándoles la información necesaria, de manera de contribuir a la preservación de los derechos de S. M. el Rey. Y al mismo tiempo me ofrezco a influir en todo lo que esté a mi alcance, para moderar los peligrosos desig-

nios del Ayuntamiento de París y entorpecer las maquinaciones de los extremistas, favoreciendo a aquellos honorables patriotas que desean el bien de nuestra causa".

Manon firmó como una sonámbula. Todo le parecía una pesadilla. "Ahora hemos terminado. Aquí le devuelvo su sobre y le entrego esta primera remesa que le ayudará en sus gastos, como recompensa a su colaboración". Diciendo esto, Rougeville se levantó. Puso en un rincón de la chimenea una bolsa llena de luises y el sobre de Miranda. Luego, haciendo una respetuosa inclinación, el supuesto M. Dupont se marchó.

VIII

"La Loi ne doit établir que des peines strictement et évidemment néccessaires".
Déclaration des droits de l'Homme et du Citoyen

Al regresar Miranda a su habitación del Hotel de Berri, encontró. deslizado debajo de la puerta, un billete. Era de Manon Lavasseur, quien le explicaba que no podría regresar a ese Hotel, que estaba vigilado y que era prudente buscar un hotelito en algún lugar apartado. Le invitaba a pasar por su casa, tan pronto pudiera. Miranda bajó las escaleras y canceló la cuenta de la habitación. "Ahora no me será posible verla", pensó saliendo a la calle. "Mañana parto temprano para Lyon, con el capitán, y no puedo posponer el viaje por un motivo banal. Esta tarde le escribiré una notita y se la enviaré con la sirvienta de los Tissot".

Al llegar al Palais Royal, pensó detenerse en el Café de Chartres, a tomar una limonada. Eran más de las cuatro y el Café, como siempre, estaba pleno de gente. Mientras esperaba al mozo, sacó de su cartera el "Journal de París" y le dio una ojeada. Leyó que el Rey solicitaba de la Asamblea la cantidad de seis millones de libras, para ponerlos a la orden del Ministerio de Relaciones Exteriores, con el fin de pagar espías en el extranjero. Se hablaba también de deportar a los curas "refractarios", que se habían negado a jurar la Constitución. Que en algunas ciudades del interior, entre ellas Lyon, se había procedido a detener a los contrarrevolucionarios.

Tomaba la limonada refrescante y oía los comentarios de los vecinos. "Esta noche inauguran el aparato del doctor Guillotin, en la Place de la Grève. Ejecutan a un criminal llamado Pelletier. Creo que todo París irá a ver ese acontecimiento". "En buen momento inauguran ese instrumento", pensó Miranda, "cuando se ha declarado la guerra. Puede ser para imponer temor a los enemigos internos. Iré a ver cómo funciona".

Llegó a casa de los Tissot y los encontró a los tres en el salón. El comerciante le entregó algunas cartas que habían llegado a la posta, desde Londres, esa misma tarde. Miranda las tomó y, antes de dirigirse a su cuarto, invitó al capitán para que le acompañara a la Place de la Grève. El joven aceptó.

Dos de las cartas provenían de Venezuela y una de Turnbull. Este le remitía también las otras dos y en la suya le daba ciertos consejos: "No es conveniente entrar, por los momentos, al servicio de Francia. Se considera que la monarquía ya está definitivamente perdida y la guerra sólo hará precipitar su caída. Llegado este momento, tendrá que hacerse una purga entre los altos oficiales del ejército, realistas en su mayor parte, y entonces, sí, podrá usted obtener una buena posición, porque el gobierno que surja, ya sea República o Regencia, con Felipe de Orléans, tendrá que aceptar los servicios de los militares extranjeros que se ofrezcan con el fin de llenar los vacíos producidos". Según su costumbre, Miranda quemó la carta del inglés en una vela y luego abrió los otros dos sobres. Un tal Juan Javier Arrambide le escribía desde La Guaira, dándole cuenta que había recibido los panfletos que le enviara y que trataría de traducirlos. Afirmaba que "cada día la vigilancia de las autoridades españolas es mayor y más peligroso nuestro oficio, pues éstas tienen mucho miedo de que las ideas francesas, como las llaman, se filtren entre la población criolla. Registran los barcos y decomisan libros prohibidos. La semana pasada hicieron, ante una denuncia, una perquisición, en casa de una familia cercana a la mía, y decomisaron libros de Rousseau, Montesquieu y también unos panfletos con la "Declaración de los Derechos del Hombre". Pero eso, sí, le aclaro, señor Miranda, todos los que colaboramos con usted desinteresadamente, no tenemos otro objetivo que la independencia de la Patria del yugo español". En la otra se afirmaba que la introducción de esclavos negros de las islas francesas, que fueron comprados a precios muy bajos, a los propietarios de esas colonias, debido a la insurrección, había producido gran alarma entre las autoridades españolas, pues estos negros, imbuidos por las ideas de la Revolución Francesa y con el ejemplo visto en Santo Domingo, estaban indoctrinando a los esclavos venezolanos, con el consecuente peligro para la tranquilidad de aquellas tierras.

Miranda contestó las cartas y después escribió una pequeña esquela a Manon, sobre su partida a Lyon y esperando poder verla a su regreso. Entregó las cartas a M. Tissot, para que se las enviase a Londres y a Lucile, la sirvienta, la esquela.

La Place de la Grève, a pesar de que todavía faltaba mucho para la hora de la ejecución, estaba repleta de curiosos. Se veían allí personajes de todas las clases sociales, apretujados unos contra otros. Algunas mujeres llevaban sus niños en los hombros. La máquina de la muerte se levantaba, roja, sobre una plataforma, en medio de la plaza. Los ayudantes del verdugo daban los últimos toques. Los

faroles y las numerosas antorchas no eran suficientes, al decir de la gente, para iluminar bien la ejecución.

Miranda y el capitán lograron llegar hasta un sitio de donde podía dominarse la perspectiva. Cerca de ellos, un muchacho pasó vendiendo unas pequeñas guillotinas de madera. Miranda compró una, como recuerdo. A medida que el tiempo transcurría, la excitación de la muchedumbre iba en crescendo. Al fin, una gritería inmensa anunció la llegada de la carreta, rodeada de gendarmes a caballo. Una vez el condenado sobre la plataforma, los ayudantes lo ataron a la plancha y le introdujeron la cabeza en la luneta. Entonces Samson, el verdugo, haló la cuerda fatal y la cuchilla bajó violentamente, dando un golpe seco. La cabeza saltó sobre la cesta. Miranda quedó paralizado, como fascinado por el horroroso espectáculo. Un ayudante tomó la cabeza chorreando sangre del ajusticiado y la enseñó al pueblo, en señal de que la justicia se había cumplido.

La muchedumbre se alejó descontenta: "El suplicio ha durado muy poco, casi no hemos visto nada, hemos perdido el tiempo en la espera", decían.

En una esquina de la Place de la Grève vieron la carroza del Duque de Orléans, que daba vuelta en medio de la gente. "Qué curiosidad tenemos todos ante la muerte del prójimo", pensó Miranda y luego, alzando la voz, le dijo al capitán: "Vamos a un café, a tomar algo". "No puedo, porque mañana saldremos temprano y todavía no he terminado de arreglar mi baúl".

IX

"Je suis dans le torrent, je dois tomber ou m'élever avec lui".

Philippe-Egalité

Cuando el Duque de Orléans llegó al Palais Royal, parecía extremadamente cansado. Había quedado impresionado por la ejecución de Pelletier. Mme. Buffon acudió a su encuentro: "¿Te sientes bien, Felipe?", dijo, besándole una mejilla fría y húmeda. "No es nada, querida, quizás un poco de cansancio. ¿No ha venido nadie a verme durante mi ausencia?", preguntó, pasándose un pañuelo por la frente. "Me dijeron que un tal M. Duval te espera desde hace bastante tiempo. También estuvieron, separadamente, Fabre D'Eglantine y Marat, pero se fueron. Marat dejó dicho que pasaría por la mañana, pues tiene urgencia en hablarte".

Felipe de Orléans se dirigió pesadamente hacia una mesa, y tomando una garrafa de cristal, se sirvió vino de Oporto. Después

se arrellanó en un sillón y miró hacia el rojo de la copa que parecía destellar sangre contra el reflejo de las llamas de la chimenea. "Agnes, no sabes cuánto dinero me cuestan estos hombres. Tengo que hacerles regalos constantes. Ellos dicen que son para sus diarios y sus famélicos partidarios. No me consta. Lo único que sé es que me resultan caro y lo peor es que no puedo quitármelos de encima, pues perdería mi popularidad entre los patriotas. ¿Tú crees que continuarán dándome su apoyo cuando mis debilitados fondos se agoten? No lo creo. Por el contrario me odiarían. La corriente de la Revolución me arrastra y no puedo mantenerme a flote sino merced al dinero".

Madamme Buffon, que le conocía bien, comprendió que Orléans comenzaba a decepcionarse de todos. Ya no era el mismo de 1789 y de la Constituyente, cuando tenía tantas esperanzas de llegar a ocupar alguna vez el alto puesto que pretendía por su nacimiento. "¿Vas a recibir al señor Duval?" "¡Cierto! Me interesa mucho hablar con él".

Madame Buffon se retiró y algunos segundos después apareció el enigmático M. Duval, con el aire glacial que usaba en su despacho de la rue Gramont.

"Monseñor, aquí vengo, como siempre, a su llamado. Supe que su hijo se fue para el ejército de Bélgica. Lo felicito porque le nombraron general". "Gracias, amigo Duval, Luis Felipe es un joven serio y responsable, que llevará con decoro su nuevo grado. Le había llamado por lo siguiente: el amigo Marat, una vez más, se encuentra sin recursos para comprar papel y para pagar los empleados de su periódico. Terminarán por no darle más crédito y se verá obligado a suspender «El Amigo del Pueblo», que tanto apoya a nuestra causa. Danton también quiere fondos para sostener una nube de holgazanes con los que él dice contar para sublevar el bajo pueblo de París. Prepara una gran demostración popular, en ocasión del aniversario de Varennes y necesita dinero. Siempre dinero. Pareciera que las revoluciones no se hacen con el corazón, sino con el bolsillo. La marcha a Versailles, usted recuerda lo que me costó. Esta vez será mucho más, muchísimo más, porque se pretende tam balear al Trono. Casi todos estos revolucionarios necesitan algo. El único íntegro y orgulloso en este respecto es Robespierre. Jamás ha enviado mensajes, solicitando ayuda. No cuenta sino con su oratoria para exponer sus ideas. Ahora bien, no se trata del dinero que ellos necesitan, sino de que, como usted conoce, estoy en una situación financiera bastante difícil. Sólo vivo de los alquileres que me produce el Palais Royal, mis tierras muy poco me dan. Tengo el proceso de separación de la Duquesa, quien exige la devolución de su dote, que son muchos millones. Me es difícil vender mis propiedades, pues con el temor actual, no hay compradores. Los banqueros Frey, usted debe conocerlos, los austríacos llegados recientemente, me han prometido ayudarme a solucionar el problema de la dote, tomando en garantía parte de mis posesiones. Pero ahora

necesito dinero en efectivo. Son muchísimos mis gastos y no quiero que mis protegidos se den cuenta de la situación por la cual atravieso. Tengo magníficas tierras cerca de Orléans. ¿Cree que sus socios estarían dispuestos a hipotecármelas? Sólo pido una fracción de su valor real".

Mientras el Duque hablaba, Duval se decía: "Es necesario proporcionarle a este hombre el dinero que necesita. El riesgo es muy pequeño y en cambio, las ganancias muchas. Mañana puede llegar a ser Regente de Francia. Necesita recursos para subir hasta el Trono, se lo proporcionaremos". Luego dijo. "Monseñor, hablaré mañana mismo con mis socios y espero que muy pronto tendré una respuesta positiva que darle".

Orléans sonrió tristemente. Duval aprovechó la ocasión para decirle: "La suerte de la Familia Real está echada, Monseñor. Es difícil que uno de estos días no caiga en manos de los patriotas uno de los correos que envían constantemente a Bélgica, con los planes del ejército francés. Eso sería suficiente para pedir la renuncia del Rey y enjuiciarlo por traidor. Y de no suceder así, todo el mundo conoce las maquinaciones del llamado Comité Austríaco, que dirige la Reina. Usted es el único Borbón que goza de simpatías en los círculos revolucionarios. Su figura sería un prestigio y también una garantía para las potencias extranjeras. Una Regencia que gobernase en nombre del hijo de Luis, no está excluida de la mente de los hombres más importantes de este momento. Volvería a repetirse el caso de su abuelo. Usted sería el Regente, pero el Regente de una monarquía parlamentaria y revolucionaria. ¿Qué le parece?"

"Sí, así me hablan muchos, pero veo el agua muy turbia y las cosas no se presentan tan fáciles. Es necesario observar los acontecimientos. Mientras tanto, pretendo irme, dentro de algunos días, a la frontera de Bélgica, a estar cerca de mi hijo y de las tropas que luchan por la Patria. En estos momentos no me conviene que me señalen como el factotum de los posibles sucesos que van a ocurrir. Puede perjudicar mi nombre y arruinar mis esperanzas Este, al menos, es el consejo de Danton, quien aspira formar un Trono Revolucionario, pero surgido del pueblo. De aquí que mi alejamiento sea por ahora una medida de precaución".

M. Duval, comprendiendo que se hacía tarde, despidióse del Duque y se dirigió al viejo apartamento en que vivían dos de los revolucionarios más populares de los barrios obreros de Saint Antoine y Marceau. Eran ellos Claude Basire y el ex-capuchino Chabot. Duval sabía que, bajo una falsa careta de patriotas extremistas. escondían una sed inmensa de poder y riquezas.

El banquero, contra su gusto, debía verlos de tarde en tarde. Les ayudaba con discretas dádivas, ya que sabían que aquellos hombres podían serle útiles, por su gran capacidad demagógica y su habilidad en reunir masas populares. Chabot había colgado los hábitos de capuchino, para entregarse, con los brazos abiertos, a la Revolución. Posaba de ateo y sentía una atracción desmesurada

por las mujeres y el vino. Muchas noches sus amigos le llevaban cargado a su casa, al encontrarle borracho en una taberna de mala fama. Basire, por su parte, soñaba con hacerse inmensamente rico. Sostenía, entre sus amigos íntimos, que las revoluciones se inventaron para quitarles el dinero a los ricos y gozar luego como antes lo habían hecho éstos.

La visita del señor Duval fue breve. Sólo para llevarles algunas libras y anunciarles que muy pronto les traería una noticia que perjudicaría grandemente a la Corona y que, naturalmente, contaba con ellos en su calidad de diputados a la Asamblea, para desenmascarar a los traidores de la Patria y de la Revolución.

X

"La corruption de la Cour, la guerre qu' on vient de déclarer, l'obstination des rebelles, l'insolence des contre-révolutionnaires, l'afluence des étrangers dans la Capitale prouvent qu'il existe un Comité Autrichien".

Gensonné - Discours à l'Assamblée - 27 Mai 1792

El viernes, 25 de mayo, a pesar de ser un día claro y hermoso, propicio para los paseos, fue de mucha actividad para Rougeville, quien tuvo que cambiar dos veces de disfraz. Habíase reunido con los principales cabecillas responsables del plan para salvar a la Familia Real y definitivamente se fijó la noche del nueve al diez de junio. Sólo quedaba por prevenir al Rey.

Vestido con el uniforme azul de la Guardia Nacional, se fue al Palais Royal, a esperar la hora convenida. Para pasar el tiempo, se detuvo en la tienda de Mlle. Jacob, quien nada de interesante tenía que contarle, sólo que había venido Mme. Lavasseur el día anterior, con un hombre que, por su acento, parecía extranjero y ella le decía Francisco. "Miranda tal vez", pensó Rougeville. "Voy a tratar de verlo en persona. No se imagina lo útil que nos ha sido con Mme. Lavasseur". Y se dirigió al apartamento de los Tissot, donde la criada Lucile era una de las tantas informadoras del barón De Batz. La muchacha le dijo que el venezolano se encontraba con un extranjero, conferenciando en su dormitorio: "Parece español, porque habla el mismo idioma que Miranda y dice llamarse Guzmán". A través de la puerta Rougeville oyó o le pareció oír que se referían a impresos. "No entiendo", dijo, regresando al salón. "Si alguien te pregunta quién soy, le dices que tu novio; quiero simplemente verle la cara".

Al cabo de un rato salió Miranda, con un hombre pequeño y moreno, de movimientos vivaces. El agente del barón pudo contemplar al venezolano, a su placer. "No es como me lo imaginaba, se nota por el mentón salido que es un hombre determinado", se dijo. "No debo olvidar sus rasgos, pues algún día este hombre puede volver a sernos útil".

Rougeville atravesó con paso rápido el patio del Palais Royal y se encaminó a Las Tuilerías. En el puesto de guardia se identificó con una falsa carta y penetró en el Palacio. Por fuera el edificio se veía oscuro y triste como una prisión. "Se encuentra más sombrío que la última vez".

Como en las anteriores ocasiones, Rougeville entró en los apartamentos de M. de Villequier, consejero de Su Majestad. Este lo pasó con rapidez a una cámara donde había una puerta secreta. Por allí llegaron al salón, donde estaban el Rey y la Reina. El monarca se encontraba dictando unas cartas a dos amanuenses. Llevaba los cabellos muy bien empolvados, la casaca de seda gris y la brillante banda azul de San Luis.

"¡Ah! Es usted, fiel amigo Rougeville", exclamó el Monarca, dejando a los amanuenses. "Terminen de copiar esas cartas, que deben salir mañana, muy temprano. Siéntese aquí, a mi lado. Como ven, el protocolo es muy sencillo en esta casa". La Reina, altiva, les contempla desde un sillón dorado.

Rougeville y Villequier tomaron asiento en el canapé que les señalaba el rey. "Y bien, señores, ¿qué hay de nuevo?" Rougeville iba a hablar, pero se contuvo, mirando a los secretarios. "No hay que preocuparse por ellos, son dos buenos muchachos. Ahora los que colaboran conmigo lo hacen desinteresadamente. Aquellos que buscaban su fortuna cerca de mí, han volado como pájaros asustados".

Rougeville sabía que había visto a uno de los secretarios en otra parte. Era el vestido de negro, con cierto aire intelectual. Su instinto le expresó algo, pero era necesario obedecer al Rey. Al menos no mencionará nombres, ni sitios precisos, sino el plan general. Le informó entonces que la noche escogida por ellos era la del 9 al 10 de junio, a la una de la mañana.

Luis XVI, mostrándose visiblemente complacido, miró a María Antonieta, quien permanecía como de mármol en su sillón. "Ya que usted me garantiza el éxito de la operación en el exterior, yo también le garantizo el éxito en el interior del Palacio. Cuento con la fidelidad de la mayoría de la guardia personal y de su jefe, M. de Cossé -Brisac. Esa noche cuidaremos que estén de guardia los más adictos".

Tan pronto salió Rougeville, Luis XVI regresó al escritorio donde se encontraban los escribientes. "Veo que terminaron de copiar las cartas. Bien, vamos a firmarlas". Al terminar de hacerlo, se fijó en el pálido rostro del vestido de negro. "¿Se siente enfermo, Roger?" "No, majestad, por el contrario, es mi padre el que está

muy enfermo y hoy no he podido verle". "Pues, ¿qué espera? Váyase y que encuentre mejor a su padre".

Una vez en la oscuridad de la calle, Roger tomó un coche y se dirigió a casa de M. Duval. Le refirió al banquero todo lo que había escuchado en el Palacio. Este se alarmó: "A pesar de que ya son casi las diez de la noche, debes ir inmediatamente al Palais Royal, a informar al Duque. Le dices de mi parte que hay que alertar al Club de los Jacobinos, pues mañana Basire y Chabot denunciarán ante la Asamblea Nacional a M. Cossé-Brisac y a la guardia del Rey y pedirán la disolución de ésta y su reemplazo por la Guardia Nacional. Te entregaré esta tarjeta, para que puedas ver al Duque y vamos saliendo, pues debo antes prevenir a Basire y Chabot e instruirles sobre lo que tendrán que decir".

XI

"Souvenez-vous que les peuples les plus libres sont les plus esclaves de la loi".

Pétion

Una vez partido su marido para Dieppe, Mme. Tissot le dio permiso a Lucile, la sirvienta, para que visitase a su familia en Bretaña. "Así podré pasar unos días sola, con Miranda". Este, cuando se enteró de la noticia, la recibió con un tono de broma.

En la mañana del primero de junio, se encontraban los dos en la cama, conversando, con una bandeja de frutas frescas sobre el edredón. "No puedes imaginarte lo que sufro con tus prolongadas ausencias", dijo de pronto Nicole, tomando un aire serio. "Sé que te encuentras ocupado con tus visitas, pero a veces me despierto de noche pensando que estás con otra". Miranda, sonriendo, cogió una fresa y se la colocó en los labios. "No digas semejantes cosas. ¿Cómo se te puede ocurrir que yo ande con otras mujeres? Para mí tú eres la única". "¿Estás seguro de lo que dices, Francisco?" "¡Seguro!" Nicole respiró, estirándose voluptuosamente en la cama. En ese momento tocaron a la puerta de la entrada. Ella, tomando una bata, salió hacia la puerta. Miranda dijo con tono de burla: "Con tal de que no sea el inoportuno de tu marido que decidió regresar". Un minuto después, volvía: "En la puerta está un comisionado del Ayuntamiento que insiste en entregarte una esquela en propias manos". Miranda, poniéndose los calzones, se dirigió hacia el hombre. Este le dio la esquela. Era de Pétion y decía así: "Me es necesario verle ahora mismo en el Ayuntamiento".

Después que el reloj del Hotel de Ville diera las once, Miranda hacía su entrada en el despacho del Alcalde. "Antes de ir a los Jaco-

binos, donde tengo que hacer una exposición, le voy a decir el motivo de mi nota. Anoche, en la Asamblea Nacional, ante la proposición de Basire, se aprobó la disolución de la Guardia del Rey y la arrestación de su jefe, M. Cossé-Brisac. Parece ser que desde el propio Palacio se estaba preparando un complot para permitir la huida de la Familia Real. Felizmente todo se ha descubierto. Pero lo que me ha preocupado es que se habló también de extranjeros espías, al servicio de las potencias extranjeras, que vienen a Francia pretendiéndose amigos de la Revolución, para conspirar contra ella. Mi mujer, que siempre da buenos consejos, me recomendó que le hiciera ver a usted lo conveniente de ir al Club de los Jacobinos. Por eso he querido valerme de esta ocasión, para llevarlo conmigo, de manera que esa gente se vaya familiarizando con su presencia. Nada más peligroso sería que una medida de expulsión de Francia. Su futuro estaría lapidado. Pero lo que en verdad me obligó a actuar con tanta rapidez fue porque Lavasseur me contó que su mujer estuvo en la residencia del Ministro del Interior, a visitar a Mme. Roland y ésta leía una lista de extranjeros que había que vigilar; entre ellos estaba usted. Manon le habló calurosamente de su persona y de sus proyectos. La propia esposa del Ministro tachó su nombre. Pero lo que se evitó anoche puede repetirse mañana. Así que vamos saliendo, que ya se hace tarde".

El coche se detuvo en la Rue Saint Honoré, frente al antiguo convento de los Jacobinos, convertido en club revolucionario. La construcción rectangular, como de una iglesia, tenía sobre su ancha puerta una bandera tricolor y una destacada inscripción en letras negras que decía: "Liberté, égalité, indivisibilité de la République, ou la mort!" La larga sala que había servido de biblioteca a los monjes tenía bancos a ambos lados. La tribuna de los oradores quedaba frente al escritorio del Presidente. Los numerosos miembros y sus amigos llenaban los corredores. También se veían damas elegantes que buscaban en aquel lugar distracción para su tedio y admiración entre los revolucionarios.

Un personaje de talla mediana, cabellos empolvados de blanco, casaca azul, espejuelos verdes, con todo el aire del "Antiguo Régimen" se acercó a Pétion, dejando al grupo con quien conversaba. El Alcalde hizo a Robespierre una introducción calurosa del venezolano, explicándole en pocos palabras quién era. El dirigente jacobino, con cierta impertinencia, lo examinó: "¡Extraño que usted no me haya visitado antes! El interés que tenemos en las colonias americanas es más grande de lo que supone. Buscamos la libertad de todos los pueblos y la aniquilación de los tronos. Ya me habían hablado de usted y de sus proyectos. Espere el momento oportuno y procure no hacer política. La pureza es el elemento esencial con que se molda la estatua de la libertad. Estamos rodeados de traidores y de oportunistas y no hay que caer en el lazo que ellos le tiendan. pues le arrastrarán en su pérdida".

Luego hablaron del proyecto de Ley, eliminando el veto del Rey. Pétion iba a dar su opinión cuando el Presidente del Club agitó la

campanilla, para llamar a la concurrencia. La mayor parte fue a sus bancos. Otros permanecieron de pie, en los espacios vacíos. Pétion y Miranda tomaron casualmente asiento al lado del Duque de Orléans, quien, a imitación de Dumouriez, llevaba ese día el gorro frigio. Miranda pensó: "Ya el Duque no encuentra qué hacer para lucir más revolucionario, se ve que es un pobre hombre, víctima de sus ambiciones y de los que le rodean".

Robespierre subió a la tribuna y pronunció un largo discurso sobre los peligros, tanto externos, como internos, que se cernían sobre la Patria. Aunque un poco vago e impreciso, arrancó muchos aplausos. "Robespierre", dijo Pétion, al oído del venezolano, "es un hombre de mucho talento. Pero intransigente. Podría esperarse de él grandes cosas si no estuviese rodeado de una pequeña camarilla de fanáticos que, lejos de moderarle, le azuzan. Especialmente Couthon y el joven Saint Just. Es un hombre honesto y sincero. aunque insensible; creo que desconoce la palabra afecto".

Marat, con un viejo pañuelo de madrás rojo en la cabeza y vestido descuidadamente, llegó apresurado y se sentó al lado del Duque. Le dijo a éste algunas palabras que Miranda no pudo oír. Sólo su olor penetrante de azufre llegó hasta sus narices. Una vez terminado el discurso de Robespierre, éste se precipitó a la tribuna. Se puso a lanzar violentas imprecaciones contra la Guardia del Rey y su jefe Cossé-Brisac. Solicitó que el pueblo se hiciera justicia por su propia mano, descuartizando al grupo de traidores. Y con ese motivo se desató en invectivas contra los enemigos de la Revolución. Su rostro verdoso y sus labios delgados y pálidos daban la impresión de un cadáver. Al terminar de vociferar, le tocó el turno a Pétion, quien debía ese día hacer una exposición de las actividades del Cuerpo Municipal.

Una vez finalizada la sesión, Pétion invitó a Miranda al restaurante Vénua, que quedaba a sólo unos pasos del Club. El dueño del establecimiento los condujo a un salón privado, pintado de escarlata, que siempre reservaba a los clientes de importancia.

"Robespierre y Marat tienen razón", dijo Pétion tomando asiento. "La Monarquía se ha propasado. El Rey no ha tenido, fuera de Mirabeau, una persona sensata que le aconsejara. Se ha dejado llevar por el supuesto gabinete austríaco, pero sus amigos y principales sostenedores están alejándosele. Tiene puestas todas sus esperanzas en la derrota de Francia, lo que no deja de ser una traición. Por eso, con motivo de cumplirse, el 20 de junio, un año de la huida a Varennes, vamos a organizar una gran manifestación popular Los patriotas aprovecharán la oportunidad para pedirle al Rey que ejecute los decretos que ha vetado. Creo que conseguiremos lo que nos proponemos. Se planea que esta manifestación, pacífica hasta donde sea posible, siempre y cuando los realistas no reaccionen de otra manera, penetre hasta el propio Palacio, para que el Rey constate la indignación ciudadana. Veremos después lo que pasa" Luego, mirando su reloj, dijo: "Es raro que Chabot y Delaunay

no hayan llegado. Como gozan de popularidad entre los jacobinos de barrio, quisiera saber qué noticias frescas me traen".

Al fin llegaron. Ni se molestaron en pedir excusas por el retardo. Chabot tenía rojo su rostro gordezuelo. Parecía que ya había bebido bastante. Tan pronto trajeron los platos y los vinos, demostró un apetito y una sed que dejó asombrado a Miranda. Con la boca llena de comida, tomaba el vino que a veces le chorreaba por las comisuras de los labios: "¡Con razón es éste el único restaurante que visita Robespierre!", exclamó mordiendo una pata de pollo. "El, que tanto sufre del estómago y de la bilis, no encontraría una comida mejor preparada en todo París". Pétion les hizo a sus dos invitados varias preguntas sobre la situación. Pero aquellos no supieron decirle sino lo que todo el mundo sabía. Chabot, tratando de hacerse el simpático, puso una mano grasienta en la rodilla de Miranda: "¿Usted sabe una cosa? Cuando era capuchino, estuve a punto de embarcarme para América, mi congregación me mandaba para allá. Los amigos me contaban que en esas tierras encontraban mujeres muy ardientes y ron más ardiente todavía. A mí me gustan las negras y especialmente las mulatas. ¿No le gustan a usted también?" Miranda hizo un gesto negativo. Aquel hombre le repugnaba desde un día en que le oyera las groserías, en casa de Manon. "En el rostro de este individuo están escritas todas las pasiones. Es un personaje digno del estudio de Lavater. Al capitán Tissot no le faltaba razón cuando comparaba desfavorablemente los ídolos revolucionarios con los héroes de los tiempos pasados".

Chabot entonces se puso a hablar de la religión y de los sacerdotes refractarios: "A todos esos clérigos deberían cazarlos a la fuerza, o ahogarlos en el mar. Se niegan a jurar la Constitución, porque el Papa no quiere. No son franceses, sino nuestros peores enemigos. Yo, por mi parte, me confieso ateo. No hay otra diosa que la razón. Sí, señores, la razón. Y con la religión, enterraremos al último rey". Sentenció con majestuosa seriedad, mientras eructaba ruidosamente.

Al terminar de almorzar, salieron cada uno por su lado. Chabot llevaba el brazo sobre el hombro de Delaunay. Miranda se dirigió a la Rue Gramont.

"Justamente estaba pensando en usted, señor Miranda. ¡Qué casualidad! Quería mandarle a llamar esta tarde, pues empezaba a inquietarme por su prolongada ausencia", dijo M. Duval, señalándole un asiento frente a su escritorio. "Una persona le vio esta mañana en el Club de los Jacobinos. Estaba con su amigo Pétion. Es muy buena esa relación, pues el Alcalde es hombre honesto y leal. Un amigo necesario en estos momentos. Tiene simpatías entre los Girondinos y los Jacobinos. El examen que hemos hecho de la situación actual, aunque vago, nos permite predecir la caída del Rey a corto plazo. Quizás, como sabe, se establecerá un consejo de Regencia, con el Duque de Orléans a la cabeza, o simplemente la República. En ambas soluciones debe jugar el papel principal

el grupo girondino. Nosotros tenemos que ayudarle en todo lo que podamos. El Banco con su apoyo financiero, usted con su espada. No debemos dejar caer los destinos de Francia en manos de los extremistas, pues eso significaría el caos y la anarquía y regresaríamos obligatoriamente al Antiguo Régimen. ¿Qué ha oído en los círculos de sus amistades?"

Miranda le refirió todo lo que sabía sobre la manifestación popular del 20 de junio. "Ya estaba informado de ese proyecto. Personalmente no creo que resulte muy efectivo. Sólo que la fosa que divide a patriotas y realistas se hará más profunda. Pero no era precisamente para esto que le había llamado, sino para entregarle la remesa de Turnbull, enviada desde Londres".

Diciendo esto, se dirigió a un armario de hierro, del que sacó dos bolsas repletas de monedas. "Es necesario que cuente con recursos seguros. Usted tiene muchos compromisos y debe retribuir invitaciones que le hacen. La moneda, como se habrá dado cuenta, comienza a desaparecer de la circulación, porque el público no quiere cambiarla por los asignados, que pierden cada día su valor. Los parisienses recuerdan con temor de John Law y su papel moneda y la cantidad de gente que se arruinó. Por este motivo prefiero entregarle metálico, es incómodo y pesado, pero más efectivo".

XII

"En vérité, il faut que je sois bien faible ou bien folle pour avoir pu croire que l'être le plus fêté de Paris ait pu se fixer près de moi".

Marquis de Sade - "Les crimes de l'Amour"

A su regreso de Dieppe, Tissot pernoctó en la posta del Relais Fleuri de Rouen. El lugar le era familiar. Allí solía pasar las noches cuando sus frecuentes viajes anteriores. Maître Paul, el propietario, era un viejo conocido. Al verle, se acercó jovialmente a su mesa. "Como ve, M. Tissot, hay escasos clientes. La gente viaja poco y ya casi no se ven ingleses, que eran los que más gastaban. Recuerdo que una vez un grupo de ellos, completamente borrachos, insistieron en pagar la consumición de todo el mundo y eso que la sala estaba plena. Era otra época. Ahora, por lo visto, los ricos temen aparentarlo y se hospedan en posadas humildes. Nadie quiere pasar por aristócrata. Casi se me olvidaba decirle que anoche pasó por aquí un joven y me entregó una carta, diciéndome que se la entregara a su regreso de Dieppe. Ya se la traigo".

"¿Quién podrá ser? El único que conoce mi itinerario es M. Duval, ni siquiera De Batz sabe dónde voy a alojarme". Maître Paul regresó con la carta y le dejó solo. La misiva era de Roger, quien le contaba todos los acontecimientos del Palacio, el fracaso del barón De Batz y las consecuentes prisiones. Que iría por una temporada a Inglaterra, para evitar represalias de la Corte, ya que su posición le colocaba entre los primeros sospechosos. Tissot sintió gran alivio. "Menos mal que fui a Dieppe e hice todo lo que me ordenó De Batz, así no podrá sospechar de mí".

Devaux, el amigo del barón De Batz, lo miraba con detenimiento desde una mesa cercana. De pronto, levantándose, se le acercó: "Perdone que le moleste, M. Tissot, ¿no recuerda usted de mí? Es posible, pero yo de usted, sí. Hace algunos años le veía con frecuencia en la Gare Maritime de Dieppe, donde iba a la casa exportadora Bauchamp Frères. A veces intercambiábamos frases. Lo que sucede es que el tiempo lo transforma a uno".

Devaux tenía interés en saber lo que la carta contenía y comenzó una larga conversación sobre negocios y lo mal que ellos estaban. El amigo de De Batz se las arregló esa noche para dormir en el mismo cuarto que Tissot. Le pidió ese favor, alegando que las habitaciones estaban ya completas. A media noche, Devaux, oyendo los ronquidos de su compañero, se levantó de la cama y se acercó al sitio donde éste tenía colgada su casaca. De un bolsillo sacó la carta y la guardó con cuidado.

Dos días después, Devaux entraba en la casa del barón De Batz. Este le dijo: "Comenzaba a sospechar de él. Pero no debemos traslucir nada, todavía nos puede ser muy necesario".

En aquel mismo momento, Tissot llegaba a su casa. Un billete de Duval, que le entregó Nicole, le ordenaba que se pusiera en contacto con De Batz, para averiguar cuáles eran sus proyectos inmediatos. "El fracaso de estos hombres les hará reaccionar en forma terrible y tengo que estar enterado de sus intenciones".

Tissot, a pesar del cansancio que sentía, abrió un armario de hierro, dispuesto a seguir las instrucciones de su superior. Encontró un papel con una dirección hecha a lápiz: "Mlle. Grandmaison, calle de Fillos Saint Thomás. Charonno, en el camino de Vincennes. Gran casa blanca a la izquierda".

Aunque un poco apartada del centro de París, al comerciante no le fue difícil encontrar la casa de la célebre actriz, amiga del barón.

En el amplio salón de la vieja mansión, se veían varias personas, las cuales, por su aspecto, parecían artistas. Mlle. Grandmaison se asombró que Rougeville le hubiese dado su dirección a un desconocido. "Me urge verle". "Está bien, M. Tissot, le comunicaré su mensaje. Eso sí, no será antes de pasado mañana".

Tissot regresó a su casa. Notó que Nicole parecía indiferente, abstraída. Antes solía preguntarle sobre lo que había hecho y visto durante el viaje, pero ahora nada. "Curiosas que son las mujeres.

Hablan cuando uno no quiere y permanecen mudas cuando uno desea que hablen".

Observó también que no le miraba fijamente a los ojos, con la vieja franqueza que era parte de su estilo. "¿Te pasa algo, querida? Te encuentro extraña, como si algo te preocupase". "En absoluto", repuso la joven, colocando detrás de una puerta, el delantal que llevaba. "Quizás estoy fastidiada de estar encerrada. Voy a salir a comprar unas flores, para distraerme. Eso me hará bien". Tissot, bostezando, repuso: "Perdóname que no te acompañe, pero me siento muy cansado, quizás me recueste un poco". "No importa, reposa todo lo que quieras, que cuando regrese cuidaré de no hacer ruido. Me llevaré la llave, porque Lucile no vendrá hasta mañana, está en casa de sus padres".

Una vez en la calle, su mente se llenó de pensamientos. Más que nunca quería abandonar a Tissot, sentirse libre. Estar cerca de Miranda. Sus ojos se paseaban curiosos por la multitud. Le buscaba. Miraba en los cafés. Al fin lo encontró en el de Foi, leyendo un periódico. Se le acercó por detrás y le tapó los ojos con las manos. "Ya adiviné. Eres Nicole", dijo, invitándola a sentarse. "Estaba leyendo que renunciaron a sus carteras ministeriales los girondinos Roland, Clavière y Servan, lo que significa que el Rey pierde apoyo popular y tendrá que gobernar con los monarquistas. El Régimen entra en agonía".

"Nada de eso me interesa", pensó Nicole. "Te extrañarás, Francisco, que me veas pasear por aquí contra mi costumbre. Pero quería verte y hablarte, ya que Tissot regresó y quizás no voy a tener más oportunidad de abrirte mi corazón. Hay momentos en que me siento desesperada. No sé qué nos reserva el futuro. Pienso a veces que no me quieres, que quizás tienes otras mujeres. Pero también necesito creer en tus promesas, de lo contrario estoy perdida. Sueño con ir a América contigo, como me lo prometiste y gozar de esos bellos paisajes que tanto amas. La vida podría entonces ser tan hermosa... Desgraciadamente el pesimismo me posee y creo que todo es un sueño. Vivir eternamente con Tissot no es para mí un grato destino. Pero, por otra parte, si no estoy contigo. ¿para qué he de dejarlo, si no quiero a nadie?"

"Nicole, las cosas buenas nunca se resuelven de la noche a la mañana. Es necesario esperar. Fíjate que yo mismo no sé cuál será mi destino. Tengo casi tres meses en París y siempre oigo promesas y más promesas. Sé que algo positivo va a salir de estas cosas Tengo fe, pero no puedo desesperar, ya que eso no lleva a nada bueno. Tengo años, como sabes, solicitando ayuda para la libertad de mi patria y he fracasado. Pero insisto. La persistencia es la primera de las virtudes".

"Yo lo reconozco, pero si uno no es amado, ¿cómo se puede insistir en lo contrario? El corazón es diferente a la política y a los negocios y es sordo a todos los razonamientos". "Eso que dices se aplica cuando no hay amor y en nuestro caso no es así. Ten confianza en el

futuro. Por los momentos no pierdas la cabeza. Debes continuar con tu marido. Por mi parte, pensaba mudarme y no lo haré, para estar cerca de ti. ¿Qué piensas?".

Ella sonrió: "Ahora vamos a comprar flores. Tu voz me ha reasegurado. Necesitaba que me dijeras eso". Mientras se dirigían a la floristería, Nicole dijo: "Hoy recibimos carta de mi cuñado Felipe. Al fin, pudo casarse. Compró la casa que quería. Pero, a pesar de que su comandante le prolongó el permiso, ya ha tenido que marchar a la guerra a las órdenes de La Fayette. Se siente, como es natural, muy apesadumbrado. Brigitte tendrá que regresar a vivir con sus padres, para no encontrarse sola en la casa, cosa que a Felipe no le gusta, pues el suegro está más revolucionario que nunca y ahora poco se hablan".

"¿Tú sabes, Nicole? Con esa guerra no se pueden hacer planes anticipados. Es una fuerza mayor que nosotros la que rige nuestros destinos. ¿Qué le podemos hacer? Es necesario afrentar los acontecimientos y confiar en el futuro. Aquel que deja de nadar en el agua, se ahoga. Igual sucede en la vida".

XIII

"Ceux qui ont fait des révolutions à moitié n'ont fait que creuser leur tombeau".

Saint Just

El 20 de junio, muy temprano, día del aniversario de la huida de los Reyes a Varennes, los revolucionarios, como tenían planeado, lograron reunir a más de veinte mil personas de los barrios populares de Saint Antoine y Saint Marceau y se pusieron en marcha hacia el Palacio. Iban armados de fusiles, pistolas, picas, sables, puñales. Algunos cañones comenzaban el desfile con mujeres montadas a horcajadas. Desde los balcones, la calle parecía un mar rojo de bonetes frigios.

Miranda prefirió pasar aquel día en casa de Manon. El hablaba, mientras ella tejía un chal. Hacia la caída de la calurosa tarde, llegó Lavasseur con Chabot. "De nuevo Chabot", pensó Miranda y miró los ojos de Manon que revelaban el mismo disgusto. Lavasseur, visiblemente fatigado, contó los sucesos del día. La entrada del pueblo en el Palacio y su desfile ante el Rey, quien permaneció todo el tiempo impasible detrás de un escritorio. "En general nada sucedió, a excepción de algunos patriotas exaltados que estuvieron descorteses, llamándole "el cochino gordo". Un hombre le dio de beber de su botella de vino y otro le puso el gorro frigio. También algunas mujeres insultaron a la Reina. Felizmente, todo trans-

currió sin mayores incidentes. Sólo hubo un momento de tensión, cuando llegó Pétion. El Rey le reclamó su falta de previsión y su ausencia del Palacio. Su Majestad estaba visiblemente molesto. Pétion no pudo responderle, sino con balbuceos. El Rey le dio la espalda y se fue a sus habitaciones. Ahora sí, es verdad que la ruptura entre el Palacio y el Hotel de Ville, es definitiva".

"Buena lección le dio el pueblo a la Familia Veto", dijo Chabot, sirviéndose una copa de vino". "Era necesario que esa gente se diera cuenta, por sus propios ojos, de la indignación de los patriotas. Que París no está indiferente frente a sus maquinaciones. A esta hora el Rey debe estar temblando. Es nuestro".

"No lo creo así, Chabot", repuso Lavasseur, "usted no conoce al Rey, es débil ante las insinuaciones de su mujer, pero testarudo a las presiones de los demás. Cree que su poder emana de Dios y, por lo tanto, nadie puede dictarle lo que tiene que hacer. Por eso no ofreció refrendar los decretos que provocaron la manifestación. Si este era el fin que algunos se proponían, la jornada ha fracasado. Todo continuará igual, aunque el enfrentamiento entre la Corte y los patriotas será más violento. Tendremos ahora que valernos de otros recursos".

"¿Otros recursos?", dijo Chabot, haciendo como que daba un puntapié. "Lo mejor es darles una patada por el culo".

Lavasseur se rio ante la rudeza del ex-capuchino. Miranda, inmutable, oía sin opinar, como era su costumbre. Cuando consideró que ya era tiempo de irse, se levantó y se despidió, marchándose hacia su casa.

En el Palais Royal los cafés estaban repletos de gente. Siguió su camino y, cerca de la entrada donde vivía, vio a Tissot que venía con un oficial de la Guardia Nacional. El comerciante le presentó a Duverger, el cual no era otro que Rougeville. El venezolano recordó haberle visto cuando hablaba con Lucile, algunos días atrás.

Los dos hombres, dejando a Miranda, se dirigieron a un coche y el conspirador dio una dirección en el alejado Faubourg Montmartre. Rougeville, antes de bajar, constató que no era seguido por nadie. Atravesaron la oscura calle de tierra, para llegar a la puerta de una sombría casa. "¿Quién es?", preguntó una voz. "La lechuza". La puerta se entreabrió y apareció una vieja. Por una trampa hábilmente disimulada en el suelo, bajaron a una bodega mal iluminada, donde estaba De Batz, rodeado de un grupo de sus seguidores. Las antorchas producían mucho humo, lo que enrarecía el aire. Con un gesto de la mano, les saludó al verlos: "Como conclusión a lo antes expuesto, puedo decirles que el desenlace puede producirse de un momento a otro. Tienen que estar alertas a mi llamado. Señores, ahora la reunión ha terminado".

Algunos de los asistentes se acercaron a De Batz, para hacerle preguntas que éste contestaba rápidamente. Luego llamó a los recién llegados. "¿Cómo han pasado el día de hoy, qué les ha parecido?

Pienso que la jornada patriótica resultó un fracaso. Me dijeron que Danton estaba furioso. Propuso en los Cordeliers que la Asamblea pidiera la destitución del Monarca. Es una estupidez pensar eso, ya que, como hombre de leyes, debe saber que los poderes públicos son autónomos. Ni el Rey puede eliminar a la Asamblea Legislativa, ni ésta al Rey. A esos patriotas sólo les queda una solución, la cual es provocar una insurrección armada del pueblo de París, que derrumbe al Trono. Solamente la fuerza y no la Ley acabará con la Monarquía. Supe también que Pétion, después de un desagrado que tuvo con el Rey, a finales de la tarde, está acariciando esta última fórmula. Tendremos que estar más alerta que nunca para defender al Rey, de la manera que fuera". Y terminando la frase, tomó del brazo a Rougeville y lo llevó a un rincón: "No podemos fiarnos de Tissot, es un agente de los revolucionarios. Sólo lo utilizaremos en aquellas tareas en que nos sea de utilidad y siempre mantendremos delante de él mucha discreción en relación a nuestros planes. En ciertas oportunidades le proporcionaremos falsas noticias, para desconcertar a nuestros enemigos". "A lo mejor su mujer es monárquica y pudiéramos utilizarla contra él", repuso Rougeville. "¿Quién, su mujer? Esa pobre muchacha no es monárquica, ni patriota; lo que ella piensa es ponerle los cuernos al marido con ese americano. Personalmente no creo que sea Tissot quien nos delató. Nada sabía de los contactos que teníamos dentro del Palacio. Según la carta que le robó Devaux en Rouen, pareciera más bien que fue ese tal Roger, de creer en lo que éste dice. De todas maneras, tengo muchísima gente investigando, para descubrir al principal culpable. Nuestra venganza será implacable". "Al menos ignoraron la existencia de los quinientos caballeros en Neully, pues me cuidé bien de no darle detalles al Rey. Tengo casi la certeza que uno de los amanuenses que nos escuchaba era el delator; quizás el misterioso Roger. Desde que le vi en el Palacio, tuve la impresión de que su cara me era conocida, pero por más que pienso, no logro recordar su persona. En fin, pronto sabremos quién es". "Sí, éste no se nos escapará. Menos mal que tenemos intactos a los caballeros. La próxima vez que intenten los revolucionarios una acción en contra del Palacio, entraremos en él y, con la ayuda de la Guardia Suiza, que es totalmente adicta al Monarca, nos apoderaremos por la fuerza de la Familia Real y huiremos a Saint Cloud, donde nos haremos fuertes. La Fayette acudiría entonces en nuestra ayuda y ganaríamos la partida. Pues sigue siendo monárquico hasta lo más hondo del corazón y no va a tolerar con indiferencia las maquinaciones de los revolucionarios". Entonces De Batz miró su reloj. "Ya son casi las doce de la noche y tengo una cita con los banqueros Frey, esos austríacos agentes de los Habsburgo. Ya más no necesitaremos de pequeñas dádivas para continuar la lucha, tendremos todo el dinero que querramos. Me voy".

Después Rougeville tomó un coche con Tissot: "Yo le dejaré en el Palais Royal, pues queda en el camino". El comerciante pensaba:

"Temo que esta gente sospecha algo, nunca han sido tan prudentes en mi presencia". Subió lentamente las escaleras de su casa y, al abrir la puerta, vio a Miranda y Nicole sentados muy juntos en el canapé. Ella demostró turbación ante su llegada, lo que intrigó a Tissot: "Entre estos dos hay algo más que simple amistad".

XIV

"Allons, enfants de la Patrie. Le jour de gloire est arrivé!"

La Marseillaise

El 9 de agosto era un día tórrido y seco. Las moscas entraban molestando por las ventanas. Las hojas de los árboles no se movían. Con el calor, los rumores aumentaban por París como la alta marea. Se hablaba de concentraciones de patriotas. Del hecho que los miles de marselleses, llegados pocos días atrás, se preparaban con el pueblo de París a asaltar Las Tuilerías y a destronar al Rey.

Manon Lavasseur no resistió quedarse en casa y hacia las cuatro de la tarde se fue a ver las tiendas del Palais Royal. El calor irritaba a las gentes. Entró en casa de Mlle. Jacob. Esta estaba alarmada: "Aseguran, señora, que esta noche será la última de los Reyes. Dicen que la sangre correrá por París al amanecer. Me han aconsejado de cerrar la tienda temprano, pues ya se ven muchos borrachos por la calle, armados y con aire belicoso. Pueden ser peligrosos para un establecimiento como éste, frecuentado por la aristocracia. No sé qué va a ser de nosotros". "¿Y qué dice el Duque de Orléans de todas estas cosas?" "Monseñor no dice nada, es un hombre muy discreto en sus opiniones, al menos en mi presencia. Lo que sí, puedo asegurarle es que está muy resentido con la Corte. Hace poco tiempo regresó de Bélgica decepcionado, pues el Rey, por celos a causa de su popularidad, se negó a otorgarle un mando militar. Pero continúa gozando de la confianza de los patriotas más influyentes, los cuales hacen antesala para consultarle".

Manon preguntó por Mme. Pétion. "Justamente vino ayer tarde, con una bellísima y elegante dama, Mme. de Custine, la esposa del general. No del viejo, sino del hijo, que también es militar. Parece una mujer muy coqueta. No hacía sino hablar con Mme. Pétion de sus adoradores. Encargaron unos sombreros de paja de Italia, material que creo no tendré más, pues la guerra perjudica las importaciones".

Manon sentía una sed abrasadora. A pesar de no estar acompañada, pensó ir un momento al Café de Foi, a tomar una limonada. Inútil, el lugar estaba repleto de gente. En una mesa divisó a

Miranda conversando con Nicole. "¡Es él, con otra mujer, es él, no me queda la menor duda!" En ese mismo instante el venezolano miró hacia donde ella se encontraba. Sus miradas se cruzaron. Manon dio media vuelta y se perdió en la multitud.

Aquella súbita aparición preocupó a Miranda. "¿Habría visto a Nicole? No creo, ella estaba dándole la espalda. Debo hacer algo para arreglar esto". Y en voz alta agregó: "Ya son casi las seis de la tarde; tenía una cita que había olvidado por completo. Voy a tener que irme". "Cuídate mucho, Francisco, hay tantos rumores. Recuerda lo que significas para mí".

Miranda se dirigió directamente donde los Lavasseur. Por el camino iba pensando en lo que tenía que decir. A pesar de que las ventanas del coche estaban abiertas, sentía un calor insoportable. Hubiera deseado quitarse la ropa y arrojarse en el Sena, como lo hacían numerosos bañistas. "Por lo visto, en el verano en París hace más calor que en Caracas; allá por lo menos refresca por las tardes".

En la puerta del edificio de Manon vio a Lavasseur, quien estaba a punto de montarse a un coche, pero al apercibirse de su llegada salió a su encuentro. "Amigo Miranda, tengo que hablar muchas cosas con usted, pero debo regresar al Ayuntamiento urgentemente; sólo vine a buscar unos papeles. Danton llegó esta mañana de Arcis y no le he podido ver todavía. Un desenlace político es inminente y deseo saber su opinión. Esta misma noche se instalará una Comuna insurreccional, que desplazará al antiguo Ayuntamiento. Estará formada por representantes de todas las secciones de París. Quisiera verlo más tarde, hacia las nueve, en el Café Procope, quizás allí también logre ver a Danton y, si no, iremos a su casa. ¡Hasta luego! Manon está arriba".

A pesar de que en el salón de seda amarilla reinaba un calor intolerable, Manon parecía de hielo. Al principio se hizo la indiferente y habló de simplezas. Pero no se pudo contener por mucho tiempo y le dijo entre seria y sarcástica: "¿Tan pronto abandonaste a tu bella compañera?" Miranda, lleno de aplomo, le contestó rápidamente: "¿Compañera? Te equivocas, es la esposa de mi locatario, M. Tissot, quien, en el momento en que nos viste, se había levantado para comprar unos diarios. ¡Madame Tissot! ¡Tienes una imaginación extraordinaria, querida Manon! Si el pobre hombre sólo nos había invitado a tomar unos sorbetes. ¡Hacía tanto calor!"

Manon aparentó estar satisfecha con la corta explicación, pues no quiso demostrar demasiado interés por un asunto que tanto podía ser verdad como mentira. "Tengo que castigarlo", pensó. "Le vi en la expresión de su cara un cierto entusiasmo que conozco. Y además, la Mme. Tissot es muy bella y más joven que yo. ¡Francisco, Francisco!"

Miranda continuó hablando: "Tengo alquilada una nueva habitación en el Hotel de Saxe. Su propietario es mi amigo y allí podremos vernos cómodamente. En las cercanías de aquel lugar no hay edi-

ficios públicos, ni viven políticos importantes que atraigan los ojos de los curiosos, ni de la policía".

"Francisco, no sueñes. En los próximos días tendremos que permanecer en nuestras casas. Vivimos horas peligrosas... Después veremos cómo se presentan las cosas".

Miranda comprendió, por su tono, que todavía Manon le guardaba cierto resentimiento y cambió entonces de conversación. "Recibí una carta de Caracas que es posible que sea una de las últimas, pues si la guerra estalla con Inglaterra, estaré totalmente incomunicado. En ella me proponen que invada la costa de Barlovento con esclavos de Santo Domingo y patriotas franceses. En esa costa, no lejana a Caracas, hay muchos esclavos negros y piensan que, insurreccionándolos, no sería difícil tomar la capital. Afirman que la situación es explosiva y que sólo necesita aquella gente de un hombre que los guíe. ¿Qué te parece?

"Creo que no es mala la idea". "Pues yo creo que sí", contestó Miranda. "No quisiera ser el iniciador de la guerra de razas en mi patria, que sería mil veces peor que en las posesiones francesas, debido a su población y su desarrollo. No seré yo el que establezca la libertad de mi patria sobre un charco de sangre, alzando la bandera de la anarquía y del desorden".

"Desde este punto de vista no te falta razón. Por cierto, ¿conoces al diputado Delaunay? ¿No? Es uno de los íntimos de Danton. Es muy simpático, aunque muy gastador. Siempre está lleno de deudas y me molesta constantemente para que le coloque a sus acreedores en el Ayuntamiento, pues de esa manera piensa que se los puede quitar de encima. Vendrá esta tarde. ¿No quisieras verle? Es muy agradable y conoce a todas las mujeres de París, podría resultarte un buen compañero".

"Ya veo lo que insinúas. No, gracias, pronto tendré que partir y te dejaré con tu encantador Delaunay. Creo que pasarás a su lado un momento más grato que conmigo". "Y, por tu parte, aprovecharás para terminar la tarde con Mme. Tissot, ¿no es eso lo que deseas?"

Miranda rió y besó con pasión a Manon. Por su respuesta comprendió que todo estaba olvidado. En eso tocaron a la puerta. Manon corrió a abrirla. Era Mlle. Gabrielle, la enviada del barón De Batz.

Miranda aprovechó la llegada de la costurera para marcharse. Afuera, a pesar de que ya eran cerca de las nueve, todavía reinaba un calor insoportable. Las piedras del pavimento de la Rue Saint André des Arcs parecían salidas de un horno. Un grupo de patriotas que venían del Club de los Cordeliers comentaban animadamente: "Esta noche será la precursora de la libertad, organizaremos un San Bartolomé al revés, contra la Corte. Ahora les toca a los aristócratas". Y entraron a una ruidosa taberna.

Miranda, caminando lentamente, llegó al Café Procope. Ya lo había visitado recién llegado a París. Era uno de los establecimientos

más afamados de la capital desde que, un siglo atrás, lo había hecho conocido un italiano llamado Procopio. Pronto se hizo muy conocido y una selecta concurrencia acudía a sus salones, a tomar refrescos y sorbetes. Fue uno de los primeros que sirvió café al público. Entre los asiduos estaban La Fontaine, Voltaire, Beaumarchais y Rousseau. Con la Revolución, sus vecinos, los Cordeliers, le habían dado nueva vida. Raro era el día en que no venían Marat, Danton, Fabre D'Eglantine, Billaud-Varenne, Camile Desmoulins y otros célebres hombres del día. Miranda ocupó una pequeña mesa debajo de un cuadro representando a Voltaire. Las paredes estaban recubiertas recientemente con un papel a rayas azules y rojas, que tenían grabados bonetes frigios, como adornos. Un grupo de los voluntarios marselleses estaba en una larga mesa vecina. Con su característico acento gritaban y gesticulaban más que hablaban. Lavasseur se presentó dando excusas por la tardanza. En realidad eran cerca de las nueve y media.

"No he podido ver todavía a Danton. Vamos a esperar un rato más, si no, subimos a su apartamento; puede ser que no quiera ser visto en público en una noche como ésta".

Conversando, se tomaron dos garrafas de vino. "Tenía mucha sed", dijo pasando su pañuelo por las sienes. "El Ayuntamiento parecía un infierno. Cuando salía comenzaban a llegar los representantes de las secciones que van a instalarse como Comuna Insurreccional. Todos ellos son gente de Danton. Ahora me parece que es suficiente la espera, vamos hasta su casa".

Subieron por la escalera de piedra y pasamanos de hierro. Madame Danton abrió la puerta. "Pasen, señores, Danton debe llegar de un momento a otro, me mandó a decir que estaba por terminar de organizar la nueva Comuna y que vendría a comer. No ha probado bocado desde que llegó esta mañana de Arcis. Está muy ocupado. Pero la sopa de cebolla, que tanto le gusta, se la tengo preparada".

Diciendo esto entraron a un salón lujosamente decorado. Dos mujeres se encontraban en él. Una de ellas era de notable belleza "Esta es la esposa de Camille Desmoulins", dijo, presentándosela a Miranda. "¡Qué mujer tan atractiva!", pensó el venezolano, contemplándola con mirada de experto.

Hacia la medianoche llegó Danton acompañado de Desmoulins y otro hombre. Después de saludar, dijo: "Es para esta misma noche. Tan pronto comience a aclarar asaltaremos el Palacio. La campana de los Cordeliers será la señal y todas las iglesias de París la imitarán. Va a ser una jornada difícil, pues si bien contamos con mayor número, nuestras tropas son totalmente indisciplinadas y heterogéneas, en cambio el Palacio cuenta con una buena artillería, el regimiento suizo, la Guardia Nacional en su mayor parte y el grupo de nobles. La suerte está echada. El pueblo de París responderá como un solo hombre al llamado a la insurrección. En cuanto a mí, nada me importa si sufrimos una derrota. El temor a la muerte

no me detiene y sé cómo enfrentar los acontecimientos". Luego. haciendo una pausa, dijo, dirigiéndose más bien a Lavasseur: "Ustedes me van a perdonar, pero quisiera aprovechar un par de horas para recostarme. Estoy muy cansado y debo estar fresco para el momento de la acción. Mientras tanto, amigo Lavasseur, usted quedará con el cargo que ocupa. Con excepción de Pétion, serán destituidos todos aquellos funcionarios que no hayan dado muestras de su patriotismo. Buenas noches, amigos".

Lavasseur regresó a su casa y Miranda se fue atravesando el Pont Neuf hacia el Palais Royal. Las Tuilerías lucían llenas de luces y sus patios, con las verjas cerradas, estaban llenos de guardias nacionales, suizos y cañoneros. Luego continuó su marcha.

Rougeville, vestido de civil, llegó al Palacio, pasada la media noche. Saludó a la Familia Real, que estaba en un gran salón, rodeada de nobles y militares: "Majestad, como usted estará informado, es al amanecer que nos atacarán. Son docenas de miles de personas que ya comienzan a concentrarse en los barrios y cerca del Pont Neuf. Si llegan por el patio del Carrousel, pues todo parece indicar que así será, debemos salir hacia Saint Cloud, fuertemente custodiados, como en otra ocasión tuve el honor de exponérselo a Su Majestad y entonces contaremos con el apoyo de La Fayette, quien, a marchas forzadas, irá a reunírsenos con su ejército". El Rey parecía titubear. No sabía qué partido tomar. La Reina, con sus hijos medio dormidos, se veía impaciente, quería actuar.

Rougeville comprendió que, de no decidirse el Rey a tiempo, la batalla estaría perdida entre un puñado de defensores contra todo el pueblo de París. Mientras pasaba el tiempo, se puso a pasear por los salones y corredores. Se veían muchos caballeros armados con fusiles y pistolas. Algunos de ellos eran sus antiguos compañeros de conspiraciones. "¿Qué ha decidido el Rey?", preguntó uno. "Nada, por los momentos". "Si seguimos esperando así, nos van a atrapar a todos como en una ratonera. Ningún ejército podrá venir en nuestro auxilio porque no podrá atravesar las calles de París. De no salir ahora, estaremos perdidos de antemano".

El cielo de Vincennes comenzó a ponerse de un suave color de rosa. De pronto sonó, hacia el barrio de los Cordeliers, el toque de una campana. Momentos después, todos los campanarios de París llamaban a la insurrección. Un aire de angustia y expectativa recorrió el Palacio. "¡Ya vienen!".

En realidad venían. El pueblo, como en una inmensa marea, avanzaba por todas las calles hacia el Palacio. El rumor iba en crescendo. De pronto se oyó el himno de los marselleses, que resonaba contra los viejos muros de Las Tuilerías: "Allons, enfants de la patrie!!!"

Cuando Rougeville regresó de su larga inspección, encontró al Rey hablando con el Síndico Municipal Roederer. "Majestad, sólo si vais a la Asamblea Nacional podemos garantizar por vuestra suerte y la de la Familia Real". La Reina iba a intervenir, probablemente

rechazando el consejo que consideraba fatal, cuando el Rey aceptó la oferta de la Asamblea.

Los defensores del Palacio, al saber la noticia, se creyeron abandonados. No obstante se dispusieron a defender sus vidas a toda costa. Afuera, el pueblo trataba de reventar las verjas doradas. La guardia suiza, en formación de combate, esperaba. De pronto, las verjas cedieron y la gente se derramó por el amplio patio. La guardia comenzó a disparar. Muchos muertos y heridos se veían por el empedrado. Fue entonces cuando la guardia decidió marchar hasta la Asamblea Nacional, liberar a la Familia Real y continuar hacia Saint Cloud.

Siempre disparando, fueron abriéndose paso por el jardín de Las Tuilerías y ya el plan parecía tener éxito cuando, en las puertas de la Asamblea Nacional recibieron una orden firmada por el propio Rey, donde les pedía cesar el fuego y regresar a sus cuarteles.

Aquella inesperada orden fue la señal del desastre, pues los defensores del Palacio se encontraron sin su principal apoyo. El pueblo subió por las grandes escaleras y entró en las salas, realizando una verdadera carnicería con todos los que encontraban. Hasta en los altos techos y puertas doradas se veían manchas de sangre. Gritos horribles retumbaban por los pasadizos. El olor de la pólvora era insoportable.

Rougeville, comprendiendo que toda defensa era inútil, pensó en salvarse. Atravesó varios salones, dirigiéndose hacia el viejo Louvre. Con una llave maestra logró hacerse camino, entre muebles empolvados y cuadros almacenados en lo que había sido la residencia de los Valois. En el lado opuesto encontró una escalerilla que le llevaba frente a la iglesia de Saint Germain l'Auxerrois. Pero antes tuvo la precaución de despojarse de su casaca y su chaleco. Con el hollín de una de las chimeneas se ensució el rostro y la camisa. De esta manera logró pasar desapercibido hasta su refugio.

XV

"On peut tout faire avec de l'argent".

Danton

Al día siguiente, Miranda y Tissot salieron del Palais Royal y llegaron hasta Las Tuilerías. Cuadrillas de trabajadores recogían los cadáveres que arrojaban en carretas. Las viejas piedras grises del patio estaban rojas de sangre. Coágulos azules y entrañas verdosas brillaban contra el sol de agosto. El mal olor atraía las moscas.

Un muchacho, vendedor de periódicos, gritaba: "¡La Asamblea Nacional ordena la suspensión del Trono!!!" Miranda dejó al comerciante y se dirigió al Hotel de Ville: "Vamos a ver qué nos depara estos acontecimientos". Tuvo que hacer una fastidiosa antesala, para que le recibiera Pétion. Venía radiante. Los que estaban en la antesala se precipitaron a felicitarle. Le acababan de nombrar Ministro de Justicia. Miranda, por cortesía, tuvo que hacer lo mismo. "Pase por mi despacho de la Plaza Vandomme, allí escucharé complacido sus proyectos. Ahora estoy en posición de ayudarle". Y se marchó, rodeado de admiradores.

Miranda entró en la oficina del Alcalde. Este cerró la puerta con llave. "No es posible trabajar, con tanta gente que me solicita. Con el vacío de poder existente, es la Comuna la que tiene sus riendas. Todos vienen aquí, como a un nuevo Versailles. Lo que ignoran algunos es que la Comuna es una criatura de Danton. De hecho, es él el Jefe de Gobierno, hasta que se vuelva a alguna forma de institucionalidad. Aunque tampoco se contenta con el Ministerio de Justicia y ya quiere manejar al de Exteriores y de la Guerra. Los nuevos ministros son: Le Brun, para Asuntos Exteriores; Clavière para Contribuciones, Roland para el Interior, Monge para la Marina y Servan, de nuevo, en el de la Guerra. Como sabe, Servan es muy buen amigo mío y hablaré con él en la primera oportunidad, para que le promueva a General, o Mariscal de Campo, como le dicen ahora, ya que tendrá pronto que ir a luchar contra los enemigos de Francia. Vamos a llamar a las armas a medio París, pues los prusianos y los austríacos, con la suspensión del Rey, se pondrán furiosos. Y cuando se enteren de que la Comuna aprobó esta mañana una moción, pidiendo a la Asamblea la convocación de una Convención Nacional, con el evidente propósito de destituir al Rey, tendremos en una semana a los prusianos acampando en Las Tuilerías. Sus amigos, Desmoulins y D'Eglantine también fueron nombrados secretarios de Danton en el Ministerio de Justicia. Así, pues, tiene conocidos en todas partes. Los próximos días serán de gran importancia. Se harán muchas prisiones, se efectuarán registros domiciliarios, para buscar partidarios del Rey y la guillotina entrará en funcionamiento contra los civiles que masacraron al pueblo desde el Palacio. Los parisienses quieren justicia o venganza y tendrán ambas. Ser o parecer aristócrata es ya un peligro en París, anoche despedazaron a dos desconocidos, por ir vestidos con una moda poco republicana. Vamos a ver qué saldrá de todo esto. Que esté listo para cuando le llame el Ministro de Guerra y vaya arreglando sus cosas personales".

Cuando Miranda salía de la Plaza de la Grève, vio a lo lejos el coche del Duque de Orléans. Este iba arrellanado en las sedas y cojines de su asiento, meditando en lo que había oído en los Cordeliers: "En realidad es un verdadero inconveniente, en el que no había pensado. Tenía previsto todo, menos esto. Marat tiene razón, debo buscar alguna solución".

Cuando entró en su salón de maderas blancas y doradas, encontró a varias personas que le esperaban. Entre ellas, Fabre L'Eglantine.

El Duque, tomándole por el brazo, le llevó a su despacho: "Supe que Danton le nombró secretario del Ministerio de Justicia. ¡Felicidades! Pero ¿por qué se encuentra aquí y no en su oficina?" "De allá acabo de llegar. Danton me ha ordenado pedirle un favor. Necesita, antes de tres días, medio millón de libras para las próximas elecciones a la Convención que la Asamblea decretará de un momento a otro. Quiere llevar a esa Convención mucha gente suya, para poder contrarrestar a los girondinos y los robespierristas y lograr el fin que nos proponemos: la Regencia".

El Duque quedó atónito ante aquella inesperada y súbita propuesta. Meditó por algunos instantes y pensó en los banqueros de la Calle Gramont y en los hermanos Frey. En tales circunstancias no podía demostrarles a aquel hombre su debilidad económica, que había constituido hasta ese momento su principal fuerza.

Como Fabre creyera que el Duque titubeaba, le aseguró: "Naturalmente, Monseñor, usted será diputado por París. Lograremos con nuestros partidarios suficientes votos para que aparezca en la diputación más importante de Francia".

"Ya esta mañana Delaunay me lo anunció en el Club, me ofreció la diputación en nombre de Danton, pero Marat, que estaba allí, me dijo muy claramente que bajo el nombre de Orléans no podía aparecer en las listas, porque resultaría más bien contraproducente. Lo que es muy cierto. La gente me asociará a los Borbones. Pero por más que pienso, no logro encontrar en los nombres de mis antepasados alguno que tenga un aire revolucionario. Marat, que es astuto, lo comprendió antes que yo. ¿Qué puedo hacer?

Fabre, quien necesitaba mantener las ilusiones del Duque para lograr el dinero, repuso con calma: "No se preocupe, Monseñor, al menos me tiene aquí para servirle. No se olvide que antes que todo soy creador de personajes para mis obras teatrales. Tenemos que buscar un nombre pastoril, romano o simplemente republicano. Sí, republicano es mejor, porque aleja las sospechas del Trono. Debe ser un nombre que respire democracia, que posea el espíritu igualitario". Interrumpiéndose de pronto, exclamó: "¡Lo tengo! Igualdad. Ese es el nombre más apropiado para los momentos en que vivimos. Felipe Igualdad, diputado por París".

"Sí, no está mal", repuso el Duque, sonriendo. "Aunque mis familiares se burlarán de mí. Pero ante el pueblo tendré otra imagen. Y así borraré mi pasado, mejor dicho, mis antepasados. ¡Si Enrique IV lo supiera, el fundador de nuestra familia!".

"Ya que acepta mi sugerencia, le propongo que solicite una audiencia especial a la Comuna Insurreccional y allí, públicamente, ante los ojos de los patriotas, exprese su deseo de democratizar su nombre. Aprovechará entonces la oportunidad para cambiarle el nombre a este palacio por el de Casa o Palacio Igualdad. Este paso,

si lo hace con tiempo y antes de que las listas para diputados estén preparadas, le dará mucha popularidad. Su hijo, naturalmente, se llamará el General Igualdad".

XVI

"J'ai voulu que toute la jeunesse arrivât en Champagne, couverte d'un sang qui m'assurât de sa fidelité".

Danton

Julius y Emmanuel Frey eran dos austríacos de origen judío que, bajo las apariencias de banqueros, acababan de establecer sus oficinas y un apartamento lujoso en la Rue D'Anjou. Habían ofrecido sus servicios al Emperador de Austria y éste, reconociéndoles su capacidad de intriga y su fidelidad a toda prueba, había decidido enviarles a la Francia revolucionaria como banqueros con el propósito de ayudar internamente la causa de la Familia Real y colaborar en el desprestigio de la Revolución. Los inmensos fondos de que disponían les llegaban por vía de la República Helvética.

Los banqueros aseguraban en todas partes que habían tenido que abandonar Viena por la intolerancia religiosa de la ultracatólica Casa de Austria y que escogieron París porque era el único sitio de Europa donde se respiraba el verdadero aire de la democracia. Usaban un lenguaje republicano y los que les oían pensaban: "¡Raros estos banqueros que hablan como jacobinos!" Y como recibían muy bien en sus salones, éstos se veían concurridos por lo más destacado del mundo parisiense del momento.

Tan pronto se instalaron, se pusieron en comunicación con el barón De Batz y otros connotados agentes del Extranjero.

Un día de fines de agosto, los Frey recibieron como de costumbre la visita del barón De Batz: "A pesar, señores, de que la situación es muy confusa después de la suspensión de la Monarquía, no he perdido mis ilusiones. Estoy preparando expedientes de todos los hombres célebres de la Revolución, con sus gustos particulares, sus debilidades, sus vicios, sus costumbres, pues pienso dividirlos halagando y explotando a unos y otros, haciendo que se enemisten por cuestiones triviales. Sembraré la anarquía y ésta, el desprestigio de la Revolución. El pueblo volverá su rostro hacia los buenos tiempos y reclamará sus reyes. Mostraré a sus principales héroes como hombres corrompidos y sospechosos. Así, para darles un ejemplo, sabiendo que los equipajes del Duque de Orléans saldrían de Bélgica para París, hice llenarle un baúl con más de trescientas pistolas y al mismo tiempo comuniqué la nueva a los inspectores

que revisan a los vehículos a la entrada de París. Esto no es nada, pero va sembrando la duda en los que temen que el Duque tome por la fuerza lo que el pueblo se niega a darle".

Julius Frey, quien parecía ser el mayor de los hermanos, era el que más opiniones emitía: "En verdad que esa es una estrategia muy astuta. La Corte de Austria, tal como usted lo ha comprendido, quiere el descrédito de los revolucionarios y la rivalidad entre las facciones. Debemos ponerlos a reñir. Y esto no será imposible si actuamos con cautela y delicadeza. Usaremos las mismas armas del desprestigio que ellos usaron en sus escritos, pues de la calumnia siempre queda la duda y haremos que encuentren enemigos por todas partes, reales o imaginarios. Tengo instrucciones de ayudar a los más extremistas para asustar a los moderados y luego atacar aquellos en favor de éstos. Y así, un día uno, un día otro. Todos recibirían su merecido. Por los momentos estamos interesados en la política del terror que prepara Danton. Sabemos que quiere correr ríos de sangre entre los realistas y defensores de Les Tuileries. No nos opondremos. El ha ordenado por medio del Ayuntamiento que se pongan en las puertas de las casas las listas exactas de sus moradores y esta noche comenzarán las visitas domiciliarias con el fin de encontrar monárquicos escondidos, armas y documentos. Se han improvisado muchas prisiones en París en conventos y hospitales, pero con el fin manifiesto de masacrarlos después, y no dejar uno con vida. La guillotina, como sabe, ya actúa en forma permanente".

Un criado de librea roja anunció a Devaux. Venía directamente de casa de Manon: "Por enfermedad de Mlle. Gabrielle tuve que ir en persona a ver a Mme. Lavasseur. Le expliqué de parte de quién venía. Parecía muy agitada por las visitas domiciliarias que se efectuaron esta noche. Dice que las familias que oculten a alguien serán también hechas prisioneras. Cada sección tendrá a su disposición varios grupos de gendarmes y de patriotas que se ocuparán de esa tarea. Estos irán acompañados de cerrajeros expertos en abrir puertas y descubrir invisibles en las paredes. Tiene órdenes de matar al que trate de escaparse. Se registrará desde las bodegas hasta los techos. Al caer la tarde las patrullas no dejarán transitar a nadie que no tenga un permiso especial de la Comuna. Las puertas de la ciudad serán cerradas para que nadie pueda entrar ni salir de París, lo mismo harán sobre el río, extenderán cadenas para impedir el tránsito de embarcaciones. Con estas medidas draconianas los nuestros estarán verdaderamente amenazados, no se imaginan la noche que les espera. Madame Lavasseur me entregó cuatro permisos firmados por el propio Pétion para poder circular en caso de necesidad. Cuando salía de su casa llegaba Miranda. Aquí les dejo tres de esos papeles. Los nombres están en blanco".

"Todavía esa estimada señora Lavasseur nos es útil", agregó De Batz guardándose los permisos. "¿Qué les parece, amigos?, continuó

Julius Frey, "no me equivocaba cuando decía que Danton quiere limpiar la retaguardia antes de marchar contra el enemigo. Tenemos gente nuestra que lo empuja en esta dirección. No todo lo que dice es producto de su mente. Cuando esté bañado de sangre hasta los codos, los moderados a quienes buscará le tendrán horror, porque en el fondo es un moderado que quiere jugar el papel de terrible con el fin de poder establecer la Regencia sin causar sospechas a nadie; su camino está equivocado para conveniencia nuestra, pues de otra forma podría ser un gran dirigente".

Miranda regresó a casa de los Tissot a la caída de la tarde. Había visto pocos transeúntes por las calles, aún antes de la hora señalada para las perquisiciones. Con el documento que le había dado Manon se sentía con mayor seguridad. También tenía un certificado de civismo expedido por la Comuna Insurreccional que ponía sus efectos personales a salvo de cualquier registro.

El comerciante leía a su mujer una carta de Brigitte, su cuñada; ésta le pedía que interviniese con alguien para trasladar a Felipe a otra parte, donde pudiera estar mejor: "Tiene altas fiebres y vómitos producidos por las indigestiones que le causa la mala comida. Se siente desfallecido. Parece que el ejército que está en Bélgica se encuentra muy mal aprovisionado, muchos sufren de disentería y otras enfermedades". "¿Pero qué puedo hacer?", repuso Tissot. "No tengo amistades en el Ministerio de la Guerra como para pedir un traslado". Entonces Miranda intervino: "Espere, M. Tissot, yo tengo para con ustedes una deuda de gratitud muy difícil de retribuir. Como sabe, saldré pronto con el despacho del General para ir a ponerme a las órdenes del Cuartel General de Dumouriez. Yo puedo escoger al menos uno de mis edecanes y voy a pedir al Ministerio que me asigne a su hermano Felipe tan pronto esté listo mi nombramiento. Puede contar conmigo".

"¡Excelente! Escribiré a Brigitte ahora mismo esta buena noticia que me acaba de dar. Aprovecharé estas horas muertas antes de que empiecen las malditas visitas domiciliarias". Y se dirigió a su habitación.

Nicole, dejando la silla donde se encontraba, se acercó a Miranda y con cierta vivacidad le dijo: "Yo también quiero marcharme contigo a la guerra". "¿Tú? ¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre en tu cabecita que puedas acompañarme a la guerra?" Y se rió de buena gana: "¡Las mujeres, qué de cosas se imaginan! ¿Y cómo te surgió la idea de venirte conmigo?". "Pues por lo que leo y veo. Los periódicos dicen que muchas mujeres siguen al ejército de voluntarios. A nadie le parece escandaloso eso. Además, según me han asegurado, no es la primera vez que esto pasa en Francia". "Escucha, Nicole, esas mujeres a las que te refieres, son en su inmensa mayoría de baja categoría o prostitutas profesionales, acostumbradas a las inclemencias de la vida. Tú eres otra cosa, exponer una flor delicada al fango es imposible. Mejor es que te olvides. Yo nada haré para ayudarte. Tendría que estar más loco que tú. Y además pienso

venir con frecuencia a París y te veré, la separación no será larga. Tus proyectos son una quimera. No, no es posible. ¿Y tu marido? ¿Y qué dirán las gentes? ¿Y mi posición en el Ejército? Piensa con calma y verás que tengo razón".

Nicole permaneció callada, como buscando una contestación. En eso tocaron la puerta. "Debe ser la sirvienta". Y se levantó: "¿Por qué llegaste tan tarde, Lucile, en una noche como ésta?". "Señora, yo no estaba por la calle sino en el piso de arriba. ¡Pobre gente! La cocinera que tiene tantos años con esos vecinos y que es mi amiga está muy asustada. Me ha contado que sus patrones tienen escondido a un pariente, que por haber sido empleado del Rey, no han podido ponerlo en la lista obligatoria que tienen clavada en la puerta. No saben qué va a pasar si los comisarios le encuentran. Mi amiga tiene tanto miedo que quiere irse a casa de su hermana, pero teme que alguna patrulla la detenga por la calle. ¡Qué situación!". De pronto se oyó en la calle cercana al dormitorio de Miranda un sonoro disparo. Corrieron hacia la ventana. Un hombre huía perseguido por unos gendarmes. Dos disparos más lo derribaron sobre las piedras vomitando sangre negruzca.

"¡Qué horror"!, dijo Nicole regresando al salón. "¿Cómo pueden matar tan fríamente un hombre como a un animal?". Miranda, que la seguía, le dijo sobre su hombro: "¿Y pensar que quieres ir a la guerra? ¡No me hagas reír!".

"¿Ya como que han empezado los registros?", dijo el inquieto comerciante. "He oído disparos".

Después de este suceso, reinó el silencio y todos permanecieron mudos en el salón, esperando. Muy lento transcurría el tiempo. Sólo el paso de las patrullas y un disparo lejano, lleno de ecos, indicaban que París no era una ciudad deshabitada.

Tissot saltó de su silla cuando sintió que tocaban a la puerta. Era Rougeville, vestido de sans-culotte, gorro rojo, pipa, anchos pantalones, zuecos y un espadón colgando a un lado. Trabajo le costó a Tissot el reconocer al conspirador bajo el rostro mugriento y mal afeitado. Sin decir nada, tomó al comerciante por el brazo y lo llevó hasta un rincón. "Le traigo un mensaje urgente del barón De Batz. Las investigaciones hechas por la policía le llevaron hasta Dieppe y de allá enviaron un informe a París donde se refieren a una misteriosa embarcación contratada sin motivo aparente para la noche del diez de junio. Lo que concuerda con la frustrada huida del Rey. Supieron que usted había reservado esa embarcación. No tienen todavía pruebas concretas para acusarlo, ya que se encuentra medio cubierto con su oficio, pero no está descartado que esta noche, aprovechando las perquisiciones, le hagan preso. No se inquiete así, que si se pone nervioso será peor. Aquí tiene un papel falsificado de la Comuna donde da constancia de su civismo y su clara trayectoria de patriota. Guárdelo que tengo que marcharme, me esperan en otra parte". Y se fue tan misteriosamente como vino.

Serían las once de la noche cuando los pasos de una patrulla se detuvieron ante la puerta principal del edificio. Unos fuertes aldabonazos conmovieron la sepulcral tranquilidad. Se oyeron en la planta baja voces de hombres. M. Tissot sintió un nudo en la garganta. Maldecía el momento en que por órdenes de la Fraternidad había entrado en contacto con tan peligrosos enemigos de la Nación: "He debido marcharme unos días a Orléans, pero nadie me previno a tiempo". Pensó que era quizás mejor ocultarse, pero pronto desechó tal posibilidad que ponía en peligro a Nicole. Era preferible encomendarse a la Providencia y esperar los acontecimientos. Sentía cómo sus manos húmedas comenzaban a temblar. Se acercó a un pequeño armario en el comedor y sacó un vaso y una botella de viejo brandy. De un solo trago apuró la bebida que le devolvió un poco las fuerzas, y ordenó: "Lucile, deja entreabierta la puerta, es mejor así".

Apenas había cumplido la muchacha su cometido cuando penetraron en el salón una docena de hombres, con rostros patibularios, armados de fusiles, picas y sables. Algunos portaban antorchas. El que parecía ser el comisario jefe, sacó de su bolsillo un papel y leyó en voz alta los nombres de las personas que habitaban en aquella casa: "¿Es usted M. Tissot? Bien. ¿Jura que no hay otra persona en esta casa fuera de los que aparecen en esta lista? ¿Sí? Bien, luego veremos si dice la verdad. Si encontramos armas o a alguien oculto bajo su protección, sufrirá todo el peso de la Ley". "¡Un momento!", dijo el comerciante sacando de un mueble secretaria una vieja pistola de cobre. "Esta es la única arma que tengo en esta casa, debido a mis múltiples viajes relacionados con mi oficio y estoy autorizado a portarla". "¿Y usted, quién es?", dijo dirigiéndose a Miranda. Este rápidamente le mostró el documento de la Comuna. "Está bien". Entonces Tissot se acordó del papel que le había dado Rougeville y haciendo un esfuerzo para que no le temblasen los dedos se lo entregó al comisario. El hombre lo leyó detenidamente. Alzó su mirada penetrante y miró por un segundo a los ojos del comerciante. Llamó a uno de sus compañeros y señalándole el documento, le dijo algo en el oído.

Tissot sentía el sudor frío correrle por las sienes, creía que se iba a desmayar. "Mire, este papel no nos impide que procedamos al registro de vuestra casa", dijo el comisario con rudeza haciéndole a sus hombres un gesto con la mano. Inmediatamente se pusieron a la tarea. Todo lo registraron minuciosamente. Los pesados armarios eran movidos de su sitio para ver si detrás encontraban algún escondite, lo mismo con los grandes espejos. "Hemos encontrado a varios aristócratas en los sitios más inverosímiles", dijo el hombre mirando hacia los techos. Algunos daban martillazos a las paredes, otros con cuchillos abrían los gruesos colchones. Hurgaban las maderas de la biblioteca en busca de algún resorte secreto. Al fin se marcharon, dejando un fuerte olor de humo en los salones: "Ahora vamos al apartamento de arriba".

Lucile, siempre curiosa y descuidada, salió detrás de la comisión y se puso a observar desde el rellano de la escalera. Tissot se tomó otro vaso de brandy. "¡Qué noche, qué noche!", dijo desplomándose pesadamente en un sillón.

Arriba se escuchaban voces rudas que subían de tono. "Parece que hay una discusión", dijo Nicole. Se sentían los pasos que iban de una cámara a otra y el rechinar de muebles. Se estaban tomando más tiempo en el registro del que habían tenido con ellos. De pronto se oyeron exclamaciones: "¡Aquí está!". Dos disparos sonaron profundos, como provenientes de un túnel. Luego la caída de un pesado bulto. Las arañas de cristal se estremecieron en el techo. Nicole echóse nerviosamente a llorar. Miranda, sin darse cuenta de lo que hacía, se puso a consolarla. Tissot se sostenía la cabeza entre las manos como víctima de una gran desesperación.

Lucile regresó demudada. "¡Han matado a alguien arriba! Ya vienen bajándolo". Miranda salió a la puerta y vio que traían cargado el cadáver de un hombre de mediana edad, bañado en sangre y hollín. Detrás traían a los vecinos con las manos atadas. El comisario, con aire de triunfo, se dirigió a Miranda: "Estos canallas trataban de engañarnos. Pero la cocinera nos señaló el cañón de la chimenea. Allí le dimos caza cuando trató de remontarse en busca del techo". La comitiva se perdió por la negrura de la escalera.

XVII

"Qu'un sang impur abreuve nos sillons!!".
La Marseillcise

El domingo dos de setiembre, Miranda salió de su habitación llevando el uniforme azul de los generales de la Revolución. Nicole se encontraba sola en el salón. Su marido había ido hasta el Correo de Lyon a enviarle otra carta a Brigitte anunciándole que Felipe había sido nombrado edecán del general venezolano.

Nicole no pudo disimular su emoción al verle trajeado así: "Te queda maravillosamente bien, Francisco. Ahora las mujeres se volverán locas por ti".

Riendo por el cumplido, la llevó tomada de la mano hacia el canapé. "Como tendré que partir el seis o el siete de este mes, quisiera pasar contigo una noche muy agradable. Pienso encargar una cena especial en casa de Méot. Te vendré a buscar hacia las cinco, pues ahora salgo a despedirme de algunos amigos. ¿Estás de acuerdo?". Nicole asintió con alegría: "Te enteraste que la Asamblea aprobó hace un par de días la ley del divorcio? Estoy

encantada con la perspectiva de ser libre, tengo muchos planes que te contaré en su debido momento".

Del restaurant Vénua Miranda se dirigió a casa de los Lavasseur. Pocas gentes se veían ese domingo por las calles. Como era un día asoleado y sereno, los parisienses había salido hacia los campos cercanos de la ciudad.

"Aquí le presento al General Miaczinski", dijo Lavasseur señalándole a un extranjero. "Como usted, éste es un amigo de la Revolución, venido de Polonia". El aludido saludó efusivamente a Miranda. "El amigo Lavasseur estaba hablando justamente de usted y sé que lucha por la misma causa que yo. Aspiro a ver una Polonia libre de Rusia. Desgraciadamente ya tengo que irme a ver al Ministro General Servan, de otra manera me gustaría cambiar impresiones con usted. Hasta la vista, señores".

Una vez marchado el oficial polaco, Lavasseur, bajando la voz como si las paredes tuvieran oídos, dijo: "Se prepara una gran matanza de sacerdotes, suizos y aristócratas que llenan las prisiones. Danton ha dicho en la Comuna que la Patria está en peligro, y que los voluntarios no podrán dejar París con tantos enemigos, que es necesario tener las espaldas cuidadas. Temo que hoy mismo empiecen con esas ejecuciones, pues los prusianos amenazan a La Champagne después de la caída de Verdún. Los voluntarios deben salir rápidamente para servir de refuerzos a las tropas de Dumouriez. Hay algunos locos que hablan también de degollar la Familia Real en la prisión del Temple, personalmente no creo que se atrevan a tanto, eso sería atraer sobre París las furias de la contrarrevolución".

"Les advierto una cosa", dijo Miranda a Lavasseur y a Manon, quien hacía pocos momentos había entrado en el salón, "no creo en la eficacia de voluntarios mal armados y peor equipados contra un ejército como el prusiano. Yo vi a esos hombres en las grandes maniobras de Federico el Grande y es difícil de batir un ejército así".

"En eso no cree Danton", dijo Manon interviniendo. "Afirma que para ganar la guerra sólo se necesita audacia, audacia y más audacia". "Eso dirá Danton que no es militar sino político", afirmó el venezolano. "Manon tiene razón, querido amigo, cuando Danton afirma eso no solamente lo dice de palabras, pues piensa llevar guillotinas en las retaguardias de los ejércitos para ejecutar a los oficiales indecisos. Y los soldados también. Esta guerra será sangrienta y distinta de las demás y ganará aquel que tenga mayor idealismo".

La sirvienta interrumpió la conversación cuando llegó muy agitada de la calle: "¡Qué horror!!! Acabo de ver el espectáculo más atroz del mundo. Iban dos carretas llenas de curas refractarios para la prisión de L'Abbaye y al pasar por el Carrefour de Buci donde me encontraba comprando pan, un grupo de hombres feroces se pusieron a pescarlos con sus picas y a tirarlos al suelo. Allí los remataban a sablazos. ¡Qué visión tan horrible! Un gentío se unió

a estos desaforados diciendo que iban a L'Abbaye a matar al resto de los presos".

"Y pensar", dijo Manon, "que en las prisiones hay más de cinco mil personas detenidas, sin otro crimen que su nacimiento. La matanza será terrible". Lavasseur se levantó: "Parto para la Comuna, a pesar de ser domingo, debe estar reunida, dadas las circunstancias".

Al cerrar la puerta, Manon dijo con cierta amargura: "Sé que pronto te vas. ¡Quién sabe cuándo volveremos a vernos! Tu vida correrá peligro, tanto de los enemigos como de los amigos. Los primeros maltratan a los oficiales revolucionarios que caen en sus manos, los segundos, como has oído, guillotinarán a los que no tengan éxito. Los triunfos serán obligatorios, las derrotas se considerarán traiciones. Tengo miedo por ti, Francisco, cuídate mucho. Yo te escribiré y espero que hagas lo mismo. Te echaré de menos. Recuerda que dejas en París a una persona que te quiere".

Miranda, antes de salir, la tomó en sus brazos y le dio un largo y apasionado beso. Sólo los pasos de la sirvienta que traía el té hicieron que se separaran. "Hasta pronto", y se marchó con paso rápido.

Tomó por la rue de Saint André des Arcs, hasta el Carrefour de Buci. Gran número de curiosos contemplaban el pavimento lleno de sangre. Miranda siguió para L'Abbaye. Ante su gran puerta estaba congregada una multitud de gentes que veían una pandilla de asesinos degollar uno por uno a los prisioneros que iban dejando salir de la triste prisión. Un montón de cadáveres yacían en un rincón del patio. Aquellos hombres, empapados en sangre, tomaban vino en sucias botellas manchadas de coágulos negros. Eran expertos en el arte de asesinar y degollaban con facilidad. Pero algunas de sus víctimas trataban de escapar, éstos les perseguían y les propinaban toda clase de heridas antes de rematarlos definitivamente. Un anciano puso su brazo contra una pica y ésta sólo le hirió la cabeza. Sus cabellos blancos se volvieron rojos. Otro de los hombres le enterró en el vientre un afilado y largo cuchillo que le echó por tierra. Miranda sintió que la ira le encendía. "Si tuviese un pelotón de soldados acabaría en un segundo con estos canallas. Los asesinos siempre son cobardes, pero valientes con los indefensos". Y pensando esto se fue a su casa, mascullando maldiciones.

En los días subsiguientes, continuaron las matanzas. A la princesa de Lamballe, amiga de la Reina, le fue cortada la cabeza y, puesta en una pica, se la llevaron hasta las ventanas de la Reina en el Temple. Esta, ante la visión espantosa de aquella cabeza a la que reconoció, cayó desvanecida.

Al fin el jueves 6 de setiembre, cuando la furia de los asesinos comenzaba a tranquilizarse, Miranda recibió la orden de partir para el ejército de Dumouriez. Fue tan rápida esta orden, que no tuvo tiempo de despedirse de los Tissot, a quienes dejó una carta. A las cuatro de la tarde salía una berlina especial que le llevaba a

su destino por caminos llenos de tropas que marchaban desorganizadamente hacia La Champagne para entrar pronto en acción.

XVIII

"J'ai commis de nombreuses folies dans ma vie, je le confesse avec autant de sincérité que Rousseau".
Casanova

La noche había caído cuando el vehículo se detuvo en el caserío de Dammarin, frente a una vieja posada de paredes leprosas. Por la única calle, que era también el camino, se veían muchos soldados que deambulaban buscando sitio donde pasar la noche.

Entró acompañado del Capitán Baron, quien le había sido asignado como edecán. El posadero le indicó que ya tenía reservada una amplia habitación para el General y otra cercana para su ayudante. "Parece un joven respetuoso y agradable este Capitán Barón", pensó Miranda mientras ordenaba la comida. "Creo que se entenderá bien con Felipe". El posadero le dijo: "Me excuso, mi General, por no poder servirle como es mi deseo, pero como usted sabe, todo escasea, sólo puedo ofrecerle una tortilla con huevos muy frescos y trozos de charcutería". "No importa. ¿No quiere acompañarme, Capitán?". "Mi General, ya comí algo mientras esperábamos a los aduaneros en Le Bourget y si usted no dispone otra cosa me retiraré a descansar". Miranda asintió.

Al salir los dos hombres, se puso a leer las instrucciones que le diera el Ministro Servan: "Es un panorama sombrío el que me pintan aquí. La intención del ejército prusiano después de la toma de Verdún es la conquista de París. De no oponérsele una firme resistencia en los pasos de Argonne, estaremos perdidos".

Pocos momentos después, regresó el posadero trayendo la comida y el vino. Por la puerta abierta observó a un oficial que le miraba desde el corredor. "Algún curioso", pensó Miranda mientras se anudaba la ancha servilleta alrededor del cuello. Recordó que su madre en Caracas le castigaba cuando niño por no ponerse así la servilleta, ya que se manchaba los trajes con la sopa. El posadero desapareció.

La puerta, que no estaba cerrada por dentro, se abrió suavemente y apareció el joven oficial que momentos antes le observara desde el pasadizo. A pesar de lo transformado que estaba aquella persona, Miranda no pudo sino lanzar una exclamación. El vaso de vino que tenía en la mano casi se le derramó: "¡Tú!! ¡Tú aquí! ¡Pero estás loca!!!"

Nicole hizo con el dedo un gesto de silencio, cerrando bien la puerta: "¡Shee! No hables tan duro que pueden escucharte. Soy yo ¿Qué te parece?", dijo quitándose el bicornio y dejando caer su cabellera, que a pesar de habérsela cortado, apenas si lograba ocultarla en el sombrero militar. Llevaba un traje de Teniente y con sus propios cabellos se había arreglado un mostacho que contrastaba con la suavidad de sus mejillas.

"Siéntate, come algo que debes estar famélica. Ahora dime, ¿cómo se te ocurrió todo esto? No ves, que es una locura lo que has hecho". Ella, sirviéndose un pedazo de pan con salchichón, le contestó con bastante naturalidad: "¿No te recuerdas de nuestra conversación sobre las mujeres que acompañaban al ejército? Pues en vista de tu actitud decidí actuar por mi misma y acompañarte como fuera, compré un traje de Teniente a una joven viuda a quien conocía y alquilé un coche varios días antes de tu partida para estar segura de poder contar con un vehículo en cualquier momento. Cuando encontré tu carta de despedida, corrí a casa de la viuda y ella me ayudó a vestir y maquillar. En Le Bourget vi tu coche y lo fui siguiendo hasta aquí. Eso es todo. Ahora no te puedes deshacer de mí y tampoco estoy dispuesta a abandonarte hasta que se termine la guerra, corriendo todos los riegos que tú corras. Nada me importa".

"¡Dios mío!!", exclamó Miranda, quien ya no se daba cuenta de lo que comía. "No te puedes imaginar la situación en que me has metido. Ahora no sé cómo justificar tu presencia a mi lado Todo me lo esperaba menos esto".

Nicole sonrió al ver a Miranda tan preocupado. "Vamos. No te pongas así. He visto oficiales y soldados por millares con sus mujeres". "Sí, pero esos no son generales, yo estoy en situación distinta" "No te preocupes", continuó Nicole con voz calma. "Sé arreglar mis cosas. Como tú mismo conoces, mi cuñado Felipe ha estado muy enfermo hasta fecha reciente. No es un secreto para nadie su estado de salud. Yo he sido enviada por su hermano para cuidarle. Eso es todo. Y como también es tu edecán, es lógico que estemos cerca de ti. Naturalmente que esto sería en caso que se descubriese mi condición de mujer, pero evitaré que esto se sepa saliendo poco de día. ¿Qué te parece?"

Miranda se quedó largo tiempo pensando. Nicole le traía mayores inconvenientes que beneficios permaneciendo a su lado. Pero no tenía el valor para echarla después de lo que había hecho. Además, no solamente existía el precedente en el Ejército, sino que su condición de extranjero le daba ciertas libertades que no gozaban los militares superiores franceses. De todas maneras, agregó: "¿Y qué opina M. Tissot? ¿Está enterado de lo que pasa? Creo que por más tolerante que sea no le va a complacer tu súbita partida que le colocará en situación muy incómoda. Tu marido no ha tenido sino gentilezas para conmigo. No podré verle más la cara después de esto".

"Escucha, Francisco. En aquella noche que nos sorprendió juntos en el canapé, tuvimos luego una larga conversación donde no hubo ni resentimiento ni ira. Pues una virtud tiene Tissot y ella es su comprensión. Le describí mi situación y mis sufrimientos con toda la franqueza de mi alma. Le dije que acariciaba la idea del divorcio y le conté de mis relaciones contigo. No te asombres así, pues lejos de recriminarme me aconsejó que actuara con prudencia, ya que debía esperar todavía para ver cuáles eran tus verdaderas intenciones y que en caso de que éstas fueran serias, él sería el primero en contribuir a mi felicidad otorgándome el divorcio. No quise decirle en persona que iba a abandonarlo para acompañarte a la guerra, pues estaba determinada a hacerlo y no quería tener una oposición de su parte. Le dejé una larga carta explicatoria. Y le aconsejé que dijera a los que pregunten por mí, que había ido a Champagne a cuidar de su hermano. Ves, no me ha resultado tan difícil. Y en cuanto a ti, te puse a salvo, pues me pinté como seductora, ya que me aburría en mi soledad, circunstancia que me había impulsado a ello".

Miranda se levantó de su silla y se puso a pasear por el salón. Luego, más calmado, dijo: "Bien, no me queda otra alternativa, vendrás conmigo. Pero a condición de que no me importunes. Tienes que pensar que voy a la guerra y no a una excursión. Primero siempre será mi obligación y después tú. Así es que nada me reclames. ¿Comprendido?"

Nicole asintió humildemente como una pupila ante su preceptor. Miranda sonrió viéndola en su traje de militar.

Al día siguiente, después de explicarle francamente al capitán Baron quién era su nuevo acompañante, partieron para Soisson atravesando el inmenso bosque de Villers-Cotterets. Con las primeras lluvias que anunciaban el otoño la ruta se hacía fangosa. Los voluntarios marchaban a orillas del camino. Algunos cantaban para distraerse.

En Soissons les recibió el General La Bourdonnaye, quien insistió para que Miranda se quedase a sus órdenes. "Lo siento mucho, general, pero debo continuar hasta Grand Pré, donde me espera Dumouriez". El militar iba a insistir cuando Miranda, haciendo ningún caso a sus explicaciones, se montó en el coche con el Capitán y Nicole.

El 10 de setiembre llegaban al Cuartel General. De inmediato Miranda pasó a presentarse al Comandante en Jefe. "Aquí te traigo las obras de Plutarco, General, para que, en el olor de la pólvora, el ejemplo de los grandes hombres de la antigüedad te inspire". Dumouriez sonrió al ver el tuteamiento que usaba el venezolano. Aunque no quiso corresponderle con la nueva moda: "Gracias por su obsequio, General. Ahora vamos a pasar a la historia contemporánea". En una habitación sus ayudantes le extendieron un inmenso mapa sobre una mesa. "Los prusianos que son gente del oficio están tratando de pasar las gargantas de las montañas de Argonne con

la intención de llegar a París en el tiempo más corto posible, no les podemos oponer sino un ejército bastante inferior en número y muy mal organizado. Yo conozco las tácticas prusianas desde la época de la Guerras de Siete Años y sé cómo pelearlos. La mía será la siguiente", dijo poniendo un dedo sobre Saint Menehould. "En lugar de retroceder si ellos avanzan, lo que sería natural, me quedaré por estos lugares y les daré una batalla lateral; mismo si avanzo un poco, les atacaría por la retaguardia. De esta manera tendrán miedo de ser cortados o de encontrarse entre dos fuegos. Mientras tanto, quiero hacer una prueba de flanco. Seis o siete mil prusianos se acercan a Mortone. Le voy a ordenar que a medianoche salga usted con dos mil hombres a atacarlos. Los tomará por sorpresa. Del buen resultado de esa pequeña acción dependerá en gran parte todo el plan que le he expuesto. Dentro de dos días llegará Kerllermann. quien está en Bar Le Duc con un importante refuerzo. Aquí tiene el plan de Mortone para que rápidamente disponga lo necesario para entrar en acción. Buena suerte".

Miranda se dirigió a la casa que le tenían asignada y allí encontró a Felipe Tissot que hablaba con Nicole y el Capitán Baron. A éste último le dio instrucciones y le ordenó que le avisara tan pronto estuvieran listos los cuerpos de ejército que comandaría: "Dígales que partiremos a la medianoche". Después de hablar un corto momento con Felipe, pasó a su dormitorio y se puso a estudiar el plano. Colocó unas rayas azules y otras rojas. Estudió con detenimiento las imperfecciones del terreno...

A la medianoche todo estaba listo. Antes de salir dijo: "Mañana será un día decisivo para mí. Si pierdo se hundirán todas mis esperanzas. Si triunfo ganaré la reputación que necesito para libertar a mi Patria".

El día pasó interminable para Nicole sin salir del caserón. Estaba sola, pues su cuñado y Baron habían partido con Miranda. Trataba de leer un libro, pero apenas si podía pasar de una par de páginas, lo dejaba para asomarse a una pequeña ventana. Veía soldados que paseaban, otros fumaban pipa, mientras jugaban cartas. Las fogatas se iluminaban con la llegada de la noche. Algunos perros ladraban en la lejanía. Una estrella apareció solitaria en el cielo azul oscuro. Hizo un deseo.

Luego se puso a bordar. "Si alguien me viese bordando", pensó. Los gallos de las granjas vecinas comenzaron a cantar anunciando el día. De pronto oyó gritos y aclamaciones que se extendieron por todo el campamento. Su corazón batió velozmente. Se quedó inmóvil en la silla como una figura de cera. Con un ruido de maderas viejas la puerta se abrió violentamente y Miranda se precipitó en sus brazos: "¡¡Triunfamos!!"

Aquella impresionante victoria de Miranda confirmó la teoría de Dumouriez de atacar a los prusianos por la retaguardia. Nueve días después se lograba el triunfo de Valmy y Francia estaba salvada.

XIX

"Fabre d'Eglantine, vêtu en tartufe, le styler à la main, calomniant d'un côté, dérobant de l'autre, intriguant toujours, il ne será jamais lui-même qu'en ne cessant pas de mentir".

Madame Roland, Mémoires

Fabre D'Eglantine se sentó en una silla cerca del Duque de Orléans: "Monseñor, le traigo la buena noticia de que ha sido electo diputado por París, Danton se ha valido de mí para ser el primero en informárselo y cumplo con su deseo, que también es el mío. Mis más cordiales felicitaciones".

El recién nombrado Egalité pareció complacido por la novedad y sonrió por primera vez en muchos días: "Agnes va a estar muy satisfecha con esta designación. Ella no creía que el pueblo me eligiera después de las matanzas de monarquistas y especialmente por el asesinato de mi prima Madame Lamballe".

Fabre continuó: "El 20 de setiembre, por decisión de la Asamblea, se reunirá la Convención Nacional. Todos esperamos mucho de ella, desgraciadamente el panorama militar es malo. Los prusianos están avanzando y Dumouriez todavía no ha podido enfrentárseles. Los agentes del extranjero corren falsas alarmas, los asignados se desprecian, la comida escasea. Por las mañanas aparecen papeles pegados por manos misteriosas en las paredes de la ciudad excitando al pueblo a degollar a los enemigos internos. Se habla de asesinar a la Familia Real si los prusianos llegan a las puertas de París. Por este motivo Danton abriga un plan que desea que se lo exponga brevemente: el momento de establecer un Consejo de Regencia ha llegado, proclamando al Delfín como Luis XVII y destituyendo definitivamente al Rey, quien sería enviado al interior del país a un castillo. Usted, o su hijo si prefiere, presidirían este Consejo. Pero el avance prusiano pone en peligro nuestros planes, pues de masacrar el pueblo a la Familia Real, no habrá manera de entenderse con los enemigos y si éstos ganan la guerra, todos los que formamos parte de la Convención Nacional, seremos juzgados y en nuestra mayoría ahorcados, incluyendo a usted, Monseñor. Danton piensa que la coalición de Prusia y Austria debe ser quebrada y que podemos contar con el apoyo de Inglaterra si actuamos con cierta moderación. Ha enviado a Talleyrand a Londres para atraerse las simpatías del gobierno inglés y garantizarle que nada debe temer de Francia ni de su revolución. Sabemos que los ingleses ven a usted y a Danton con cierta benevolencia. De aquí que ese proyectado Consejo de Regencia podría estar formado por él, en representación de los patriotas, por Dumouriez por el Ejército y usted por la tradición que representa. Los hemos asegurado que no pretendemos conquistas territoriales en Bélgica, sino destruir a nues-

tros enemigos. Esto en lo que se refiere a Inglaterra. Pero también debemos separar a Prusia de Austria. Danton quiere hacerles ver a los prusianos que están haciéndole el juego a los austríacos, sus tradicionales enemigos, y que lejos de apuntalar la Monarquía con su ofensiva, la están destruyendo irremediablemente. Queremos manifestarles que es mejor detener la ofensiva y mismo retroceder al otro lado del Rhin, para dejarle a Dumouriez las fuerzas necesarias para apoyar la Regencia, además si éste es derrotado, perderá todo el prestigio que goza en Francia y se creará la anarquía. Por este motivo, Danton ha pensado en sus buenos oficios, dada su condición de masón de alto grado para que se ponga en comunicación con el Jefe de los Ejércitos prusianos, Duque de Brunswick, eminente masón también, para explicarle el plan que nos proponemos. Es un hombre liberal y comprensivo y se dará cuenta del error de la ofensiva y del caos que ocasionará una actitud ciega. Formado en la escuela de Federico El Grande, es un príncipe que cree en las monarquías ilustradas y pienso que tomará una sensata decisión si se le dan suficientes garantías".

"Estoy dispuesto a prestar mi colaboración en la forma que me insinúa Danton, aunque a pesar de que le enviaré al Duque un correo por vía de Suiza, no creo que lo recibirá con la rapidez que requieren los acontecimientos. Con respecto al Duque, no pienso que rechace tales proposiciones. Yo le diré que podrán comenzar las conversaciones inmediatamente con el pretexto de intercambiar prisioneros y heridos. De todas maneras, es bueno informarle al General Dumouriez de esta gestión para que no esté desprevenido".

Fabre D'Eglantine se dirigió al Café de la Régence, frente a la plaza del Palais Royal para jugar una partida de damas.

El barón De Batz era uno de los asiduos de aquel lugar, porque era el sitio preferido de los jacobinos que venían con frecuencia a jugar y hablar de política. Allí el conspirador tenía ocasión de oír comentarios y ver por sí mismo el ambiente revolucionario. Naturalmente que tomaba muchas precauciones con su disfraz, pues habiendo pertenecido a la Constituyente, podía ser reconocido por alguno de sus antiguos colegas. Para todos en aquel lugar era M. Moreville.

En una mesa que ocupaba normalmente Robespierre, estaban Hébert y Chabot, bebiendo vino. "¡Venga, amigo Moreville, tómese un vaso con nosotros", exclamó Chabot al verle. Le presentó a Hébert a quien no conocía personalmente. Este era todo lo contrario de lo que el pueblo se imaginaba del célebre Père Duchesne. Estaba elegantemente vestido con una levita gris, los cabellos empolvados y las botas de fino cuero.

Hablaban los dos revolucionarios sobre la inminencia de la proclamación de la República, tan pronto se reuniera la Convención. De Batz pensaba que de esta manera se alejaba el peligro Orleanista y se unirían todos los monárquicos en un solo grupo. "Cuando

oigo la palabra monarquía", decía Hébert riendo, "me erizo. No hemos hecho la Revolución para cambiar un nieto de Enrique IV por otro. El pueblo debe mandar directamente, no a través de Orléans-Burdel, que sólo vive para darse la buena vida".

"Tú sabes", interrumpió Chabot, "que el otro día encontraron en el equipaje de Orléans un baúl lleno de pistolas. Es posible que se lo haya mandado su hijo, habían como quinientas armas de fuego. Ahora se hace el inocente diciendo que no se explica cómo estaban esas pistolas en sus baúles. Cree que los patriotas somos necios. ¡Que vaya a otra parte con su cuento de Perrault!" De Batz sonrió para sus adentros y aprovechó la ocasión para encender más el fuego: "Si este hombre complota contra el pueblo, debemos impedirle que vaya como diputado y enjuiciarlo para que antes pruebe su inocencia; desgraciadamente goza de la complicidad de Danton". "Seguro que sí", agregó Hébert. "Entre ellos y Dumouriez hay un pacto secreto que voy a desenmascarar, tan pronto tenga algunas pruebas más; voy a publicar una edición extraordinaria con "La Grande Colère du Père Duchesne contra Orléans-Burdel". ¡Fíjense quién llega! Seguramente del Palais Royal". Y haciendo señales con la mano se dirigió a Fabre D'Eglantine: "¿Vienes de hacerle genuflexiones a Burdel-Egalité? Te felicito por tu nuevo cargo de palafrenero. Pero, por más versos que recites, no vas a engañar a los patriotas". Fabre, indignado, salió del Café.

Media hora después, De Batz se encontró en plena Rue Saint Honoré con Devaux. Este le dijo en voz baja: "En una reunión secreta tenida esta mañana temprano en Les Jacobins, se ha decidido enjuiciar al Rey tan pronto las circunstancias sean favorables".

XX

"On verra sur tous les chemins
La troupe, revolutionnaire
La guillotine la suivra"

Chansonnier de la Montagne

La reunión de la Convención Nacional y la proclamación de la República habían sido recibidas en el Ejército con muestras de alegría. Mientras tanto, Dumouriez, por insinuaciones de los propios prusianos, había comenzado sus conversaciones con los representantes de Brunswick de acuerdo a las instrucciones de Danton. Después de varios encuentros, éstos habían convenido replegarse hasta el Mouse y el Rhin, dejando sola a Austria en Bélgica.

El 28 de setiembre se presentó en el Campamento Fabre D'Eglantine y sostuvo una reunión secreta con Dumouriez. Por la noche,

el General le ofreció una frugal cena de campaña a la que asistieron entre otros altos oficiales, el Duque de Chartres, a quien ya generalmente llamaban General Egalité, Valence y Miranda.

Fabre se veía muy complacido, dijo que Danton quería retirarse del Ministerio de Justicia para dedicarse completamente a la Convención. Dumouriez no se mostró de acuerdo: "Danton es más útil a la causa de la Revolución desde el Ministerio que en la Convención". "Yo creo, General, que usted debe ir a París tan pronto pueda", dijo Fabre. "Los acontecimientos se suceden con una rapidez tal que es mejor enterarse de ellos desde cerca". "Claro que pienso ir por unos días, pero no antes de la semana que viene". "Acuérdese, mi General, que el pueblo de París, después de Valmy, lo considera su salvador. No hay que dejar enfriar el entusiasmo. La Convención Nacional le dará una recepción de héroe".

Miranda, que observaba todo, pensó: "Ya no puede ser más descarado este Fabre, está invitando abiertamente a Dumouriez a jugar el rol de un dictador y no le importa en nada nuestra presencia".

Cuando terminaron de comer y poco antes de partir, Fabre se acercó a Miranda. "Aquí le traigo una carta de nuestra amiga Manon, me pidió que se la entregara en propias manos".

Debajo de un farol cerca de su casa, Miranda abrió la carta. Bajo la incierta luz la leyó. Hablaba que los girondinos y los montañeses estaban separados y que se iniciaba entre ellos una lucha a muerte. Le informaba que el Ministro de Guerra Servan, sería destituido por Pache, más amigo de los jacobinos. "A lo mejor voy de visita a tu cuartel general, tengo una invitación del propio Dumouriez y al haber alguna ocasión te daré la sorpresa". "Dios mío, ojalá que a Manon no se le ocurra! Mañana le escribo una carta diciéndole que, tan pronto regrese Dumouriez, iré a París. Así no vendrá todavía, me pondría en un verdadero compromiso".

Al llegar a su alojamiento, encontró a Felipe y Nicole que jugaban a las cartas. Le entregaron una misiva de Pétion donde le informaba que Brissot, tan pronto Pache se encargara del Ministerio de la Guerra, le iba a proponer un nombramiento para dirigir una expedición para Santo Domingo que partiría en el mes de diciembre. "Ahora sí es verdad que debo ir a París, no puedo aceptar la jefatura de esa expedición. Tengo que explicarles mis motivos. No soy la espada de los colonialistas".

Después invitó a pasear a Nicole. La noche estaba tibia. "Mira las estrellas", dijo ella. "Después de las flores son las estrellas lo que más amo en la vida". Luego de una pausa, agregó: "En el mismo correo recibí una carta de mi marido, donde venía incluida otra para Felipe. Para tu sorpresa, no está desagradado ni contigo ni conmigo. Me da muchos consejos, como un padre a una hija. Me pide que no cometa locuras, que estudie bien tus intenciones y que su casa está siempre abierta para mí". Miranda suspiró, como qui-

tándose un peso de los hombros: "Mejor fue así. Hubiese sido un problema llegar a una ruptura total, uno nunca sabe lo que le depara el destino".

XXI

"Le généralat est sans sympathie avec la Nation, parce qu'il n'émare ni de son choix, ni de celui de ses représentants, il appartient encore à la nature de la monarchie".

Saint Just

Una mañana de los primeros días de noviembre, Miranda llegaba al Hotel de Saxe. Después de cambiar de trajes, se dirigió directamente a casa de Pétion esperándole encontrar antes que partiera a la Convención. Sólo María, su mujer, se encontraba en el salón leyendo. "¡Qué sorpresa, General! Los Lavasseur me dijeron que pensaba venir pronto. Mi marido salió con Brissot, pero debe regresar a recoger unos papeles que leerá en la Convención". Miranda pensó, devorándola con los ojos: "Esta Madame Pétion está muy apetitosa". "Le traigo esta bella flor de la Argonne", dijo ofreciéndole una de color amarillo intenso. "¡Me encantan las flores! ¿Cómo lo sabía usted?" Miranda, sentándose cerca de ella, agregó: "Entonces compartimos el mismo gusto. Tengo un álbum que me acompaña desde la época en que estaba en Cuba. Allí tengo pegadas cuidadosamente flores tropicales muy raras, de las praderas y los bosques de los Estados Unidos y de casi toda Europa, desde España hasta Rusia y desde Suecia hasta Turquía, creo que le gustaría ver mi colección" y mirándola fijamente, sin transición, le dijo: "¿Sabe una cosa? No hago sino pensar en usted desde el día que fuimos juntos a la Asamblea Legislativa. Recuerdo el perfume que llevaba y si no me equivoco es el que tiene hoy". Marie sonrió: "Se equivoca porque hoy tengo uno distinto". "Entonces será el embriagador perfume natural que emana de su bello cuerpo..." Marie no hacía sino reír ante las respuestas del venezolano. Pensó: "Es un hombre encantador este Miranda, se ve que es un pícaro, pero sabe agradar". "Entonces, quiere decir, General, que tiene usted una sensibilidad poco común para los perfumes que no ha adormecido el humo de la pólvora". "De no ser así, no coleccionaría flores. Me recreo con el olfato y la mirada. La flor es una mujer". "Veo que por el camino que va se convertirá en botánico", agregó sarcásticamente Marie. Miranda, adoptando siempre el papel de serio, repuso: "Me gustaría verla a solas, en forma más íntima". Marie iba a contestarle cuando llegaron Pétion y Brissot. "En qué mal momento se presentan estos

dos", pensó Miranda, "ahora sí es verdad que no deseo hablar de política".

Pétion y Brissot le expusieron el plan de Santo Domingo con todo detalle y también la intención de llegar a Tierra Firme para arrebatarle a España aquellas colonias. Brissot le dio a entrever que Inglaterra también saldría beneficiada en aquella operación, con recompensas territoriales a cambio de su neutralidad.

"Señores", dijo Miranda con gravedad, "les agradezco que hayan pensado en mí para comandar la expedición. Desde el punto de vista de ustedes, el plan parece inobjetable, aunque creo sinceramente que la suerte de Francia se jugará aquí, en sus fronteras y no en las colonias lejanas. Hasta que la victoria no se haya logrado, hasta que el último enemigo no haya sido echado y vencido, no podremos distraer hombres y dinero. Pues tal plan va a costar mucho. Desde el siglo pasado, desde la lejana época de los piratas, los puertos españoles de América están muy bien protegidos con fortificaciones y castillos, algunos inexpugnables, por lo que será una guerra de conquista, no solamente contra los soldados del Rey, sino también contra los criollos y la mayoría de la población. Desde mi punto de vista, no puedo aceptar el comando de una expedición que va a someter a mis compatriotas. Sólo aquella que enarbole la bandera de la libertad podrá contar con mi colaboración".

Pétion y Brissot comprendieron que el venezolano tenía razón y no insistieron más. Marie le observaba con una mirada llena de coquetería. Ya para salir le dijo en voz baja, sin que oyeran los otros: "¿Cuándo me va a enseñar su colección de flores?" "Mañana a las once en el Hotel de Saxe".

Una hora después, Miranda se encontraba con Manon. Como de costumbre, ella le colmaba a preguntas sobre las batallas y la vida en los campamentos: "Espero que habrás recibido mis cartas, te he escrito cuatro y tú solamente una para anunciarme tu venida. Ante tu silencio pensé seriamente en ir hasta allá, pero como viniste no fue necesario hacer ese viaje, quería decirte personalmente que tanto Marat como Robespierre se han expresado mal de ti. Parece que están enterados de ciertas conversaciones que has tenido a raíz de las matanzas de setiembre. Creo que tu edecán es un agente de ellos, pues de otra manera no se habrían enterado de lo que has dicho en la intimidad. Alguien me dijo también que andabas con una mujer, pero no lo he querido creer, aunque viniendo de ti, todo es posible en ese sentido". "Te aseguro que no es cierto". "Bueno, está bien, pero lo que deseo es que te cuides, ya que estos dos hombres dominan la Convención y tienen aún más prestigio que el mismo Danton. Los girondinos a su vez, pierden diariamente terreno. Parece que no tuvieran las fuerzas de antes, aunque la prueba de fuego será cuando se inicie el proceso del Rey, posiblemente a principios de diciembre. Allí se verá si ellos y los moderados triunfan sobre la Montaña que quiere condenar al monarca a la guillotina. Veremos quién resultará vencedor. ¿Cómo te las llevas con Dumou-

riez?" "Perfectamente, por lo que veo me tiene mucho aprecio y habla de darme una importante promoción. También el hijo del Duque de Orléans, a quien todos llaman Egalité, se ha hecho amigo mío". Eso me dijo el propio Dumouriez, quien estuvo de visita en casa de los Pétion. Por cierto que en muchos círculos causó desagrado la actitud que tuvo aquí, se pavoneó como si fuera el salvador de Francia, tanto en la Convención como en los teatros. Le dieron muchas recepciones y le clamaron. Piensan que dentro de él se oculta un nuevo César. Ignoro sus verdaderas intenciones, pero ten mucha prudencia, no te vaya a conducir a alguna aventura. Corren muchos rumores".

"No te preocupes, Manon, tú conoces mis principios". "Sí, los conozco, pero con la victoria de Jemappes, que acaba de ganar el General, se va a terminar de marear, pues éste ha sido un éxito mayor que Valmy".

Miranda se despidió de Manon y pasó el resto del día visitando políticos y hombres importantes. A la mañana siguiente, a las once, llegó Marie tal como habían convenido. Con cierto aire de desenfado, ella miró el apartamento elegantemente amueblado al estilo Régence. "No está mal este lugar", dijo colocando su chal sobre una silla. Miranda aprovechó para cerrar bien la puerta y se acercó por detrás, besándola apasionadamente en el cuello. "¡Oh!", exclamó haciéndose la asombrada. Luego se volteó sonriendo: "¿ dónde está el álbum con las flores?" "Esta mañana registrando mi baúl me di cuenta que lo he dejado en mi campamento. ¿Pero para qué más flores cuando aquí tengo la más hermosa?", y diciendo esto la besó apasionadamente en los labios.

Una semana después salía para el Cuartel General de Dumouriez como Jefe de los Ejércitos de Bélgica.

XXII

"Nous allons parler! Aujourd'hui nous avons déjà parlé, demain nous parlerons, mercredi envarrons Louis XVI à l'échabaud!!".

Billaud-Varenne

"Dos caminos tenemos por delante", dijo el barón De Batz a sus amigos: "Son los últimos que pueden salvar al Rey del cadalso. Una es la sublevación de Dumouriez y de todo el ejército del Norte o dar un golpe de fuerza desesperado para raptar la Familia Real. De lejos el segundo plan es el más difícil de realizar porque se encuentran muy bien custodiados y además el proceso del Rey nos ha tomado completamente desorganizados y lo más urgente del caso es que de un momento a otro la Convención va a dictar senten-

cia. Si todavía ésta se retarda, podrá ser más factible la intervención de Dumouriez, desgraciadamente él se encuentra en París desde principios de mes, observando los acontecimientos. En caso de que la sentencia sea inmediata tendremos que optar a la fuerza por el plan del rapto".

"No creo que sea muy fácil para Dumouriez sublevar al ejército del Norte", dijo Devaux. "Hay muchos militares republicanos, como Miranda por ejemplo, al que han pensado nombrar Ministro de la Marina en sustitución de Monge, y la mayoría de los soldados son adversarios de la monarquía. Los periódicos de Marat, Hébert y Desmoulins llegan diariamente a sus manos. Mismo que hubiera tiempo, no creo en el éxito de Dumouriez".

"No importa, la peor gestión es la que no se hace", dijo levantándose De Batz. "Voy inmediatamente a entrevistarme con Dumouriez, no hay más tiempo que perder. Díganle a Rougeville, cuando regrese, que me espere y a ustedes también".

No había pasado un cuarto de hora cuando apareció Rougeville extremadamente emocionado: "Han condenado a muerte al Rey. Mañana 21 de enero será guillotinado en la Plaza de la Revolución. ¿Qué hacer? Nunca creí que lo condenarían y en efecto la votación estuvo muy reñida, creo que el voto que decidió su muerte fue el de Felipe Egalité. Todo el mundo sintió asco por este hombre que por su ambición o su cobardía, condenó a su primo... ¿Dónde está De Batz?"

Le dijeron que estaba con Dumouriez. "Bien, pero tenemos que actuar con rapidez. He ideado un plan que es bastante riesgoso. Lo estuve madurando en la Convención cuando oía los discursos y la votación. Se trata de salvar al Rey cuando vaya al cadalso, en su trayecto entre el Temple y la Plaza de la Revolución; un grupo numeroso de los nuestros le esperará cerca de la Porte Saint-Denis, no lejos de aquí y al ver acercarse el coche, lo asaltarán sacando al Rey y con gran rapidez le conducirán hasta la esquina donde estaré yo, en el patio de una casa, con veinte caballos listos. De allí saldremos hacia un sitio que luego fijaremos. Es un plan precipitado y de último momento en el que nos jugaremos la vida y lo mismo la del Rey, pero éste ya no tendrá gran cosa que perder y en cambio mucho por ganar. Los detalles los discutiremos cuando llegue De Batz".

Este se presentó un par de horas más tarde: "No hay nada que hacer. Dumouriez está turbado por la condena a muerte del Rey. Le encontré en un estado tal de abatimiento que pensé que era inútil insistir, de todas maneras en un día no puede hacerse nada. Sólo nosotros debemos intentar algo". Entonces Rougeville le explicó su plan. "Para esto", dijo De Batz, "hay que contar con muchos voluntarios que estén dispuestos a ofrecer su vida por el Rey. La sorpresa será nuestra mejor aliada. Será necesario que ustedes salgan ya a avisar a nuestros amigos. Nos encontraremos en las primeras horas de la mañana frente a la Porte Saint-Denis y que todos estén

atentos a mi llamado". Diciendo esto, De Batz se dirigió con Rougeville a otra habitación para ultimar detalles.

Aquella misma hora Manon llegaba a su casa después de visitar a Madame Pétion. Desde que comenzó el proceso del Rey salía poco. La aristocracia de sus antepasados latía ocultamente en su corazón y no consideraba adecuado que se tratara al Monarca como un criminal común. No que ella se sintiera partidaria del Antiguo Régimen, sino que le parecía mal ver a un descendiente de San Luis en la barra de los acusados. "Este proceso va a traer la división de Francia y. posiblemente la guerra civil".

Al entrar en su salón, le dio cuerda a su reloj dorado, acomodó un ramo de flores y tomando una pequeña vasija echó agua a los pajaritos azules que cantaban en una jaula; iba a tomar un libro sobre viajes cuando la sirvienta le entregó una carta. "Esta la trajeron a la señora esta mañana". Era de Miranda. Empezaba por pedirle excusas por tener más de dos meses sin escribirle, pues decía que la guerra de Bélgica le tenía muy ocupado. "Después de la toma de Amberes, que no poco trabajo me costó, ya que el sitio de la ciudad fue muy difícil, no recibo sino halagos. Los regalos que me hacen los burgueses de esta rica e industrial región de Bélgica, son dignos de las Mil y Una Noches. A veces siento vergüenza, no vayan a pensar mis enemigos que me estoy enriqueciendo a costa de los vencidos, pero no es así. Mismo cuadros antiguos flamencos me han obsequiado. Cuando se termine esta guerra y regrese a París, te los enseñaré. Parece ser que mis triunfos han complacido a los políticos, pues me ofrecieron oficialmente el Ministerio de la Marina, que quiso abandonar Monge, pero es un cargo burocrático y eminentemente político, prefiero los campos de batalla y a pesar de tener este nombramiento asegurado por la mayoría de la Comisión de la Asamblea, rechacé la proposición. Han trasladado a Pache de Ministro de la Guerra a Alcalde de París, ahora sustituye a Pétion. No sé cómo se las entenderá con tu marido, pero siendo Ministro, me hizo un par de malas jugadas que me demostraron su verdadero carácter. El primer día del año de 1793 lo pasé en mi casa, sin salir. De resto nada de gran importancia, salvo que estuvieron por aquí Danton y Lacroix y hablaron del proyecto de anexar a Bélgica, cosa que no tenían pensado meses atrás. Yo considero errada esa idea y menos viniendo del propio Danton, pues traerá aparejada la guerra con Inglaterra que hasta este momento hemos tratado de evitar. Creo más que nunca que Danton es un hombre que cambia como el viento y nadie puede confiarse en él. Es un hablador de tonterías, no me equivoqué en mi juicio cuando lo conocí por primera vez en tu casa. Aquí ha dejado muy mala reputación, ya que con el pretexto de decomisar bienes, se ha llevado carretas con propiedades ajenas, platería, cuadros, vajillas, encajes, objetos de oro, recuerdos de familia. Las malas lenguas dicen que en París algunos comerciantes le hicieron ese encargo. Por lo visto, tu amigo Danton, no pierde el tiempo aunque sí la reputación. El

juicio que se le sigue al Rey ha sido recibido por la oficialidad con diferentes actitudes, mismo mis edecanes Tissot y Baron discrepan a diario. Por cierto que siguiendo el consejo que me diste en París, trato de hablar lo menos posible en presencia de Baron, creo que se trata de un jacobino de corazón y me considera posiblemente su enemigo político, aunque siempre tiene una actitud extremadamente discreta ante mí y no puedo quejarme de él".

La sirvienta le trajo un consomé. "Señora, me daría usted permiso mañana para ir a ver la ejecución del Rey?" "¡Cómo! ¡Quieres ir a un espectáculo semejante! Yo no iría ni por todas las sedas de la China, debe ser muy impresionante". "Pero es que no todos los días se ve a un Rey en el cadalso, señora".

La mañana siguiente, lunes 21 de enero, amaneció muy fría y gris. No obstante, todas las calles donde debía pasar el cortejo y la Plaza de la Revolución, estaban completamente llenas de curiosos. Desde la madrugada cien mil soldados, perfectamente armados y apoyados con cañones, constituían una especie de valla a todo lo largo de la ruta final. La Rue du Fobourg Saint Denis, estaba más conglomerada, si era posible, que las demás. Era difícil moverse. En frente de la puerta del mismo nombre, estaban De Batz, Devaux y tres compañeros más. Miraban a los alrededores, pero no lograban ver caras conocidas. Pensaron que quizás estaban diseminados por aquí o por allá. Pero ignoraban que a la media noche las autoridades habían detenido preventivamente a muchas personas donde casualmente se encontraba un alto número de los conjurados.

De pronto, los oficiales dieron voces de mando. "Ya lo traen" murmuró la gente. De Batz apretó firmemente la empuñadura del sable que llevaba oculto en su amplio abrigo. "Estén alertas, pase lo que pase, nos jugaremos la partida".

Los caballos se acercaban rodeando la berlina amarilla, donde apenas se veía al real condenado acompañado de un sacerdote Fue cuando De Batz, blandiendo el sable y seguido de sus amigos, apartó la fila de soldados y se lanzó hacia el coche gritando: "¡A mí los que quieran salvar al Rey!" Al voltearse, vio que tan sólo Davaux y los otros tres le seguían. Entonces, atravesó la ancha calle a toda carrera y empujando a los soldados que estaban del otro lado, se abrió paso a sablazos entre la asombrada multitud. Los tiros comenzaron a sonar por sus oídos. Los tres jóvenes cayeron, siendo rematados en el suelo. Devaux corría cerca del barón con un hombro ensangrentado. De Batz, de vez en cuando disparaba una de las múltiples pistolas que llevaba ocultas en el abrigo. En medio de la terible confusión, tomó la escalera de un edificio y se detuvo en el último piso. Empujó una puerta. Estaba sin cerrar. Penetró en el apartamento y le pasó la llave. En seguida se quitó el abrigo, registró un armario y se colocó una capa negra y un sombrero ancho. Los golpes que daban sus perseguidores amenazaban con derribar la puerta. Salió al balcón y encaminándose por un estrecho alero del tejado llegó sobre un pequeño patio y por el tubo de un desaguadero,

se deslizó hasta el suelo. De allí le fue fácil salir a la calle. Media hora después se encontraba en su refugio.

El cortejo del Rey, una vez pasada la inesperada alarma, siguió su camino hacia la Plaza de la Revolución. Un mar humano rodeaba a la guillotina que estaba colocada casi en la entrada de Champs Elysées. Al pie de la escalera Sansón y sus ayudantes recibieron al Rey. Le despojaron de su casaca gris, el chaleco de piqué blanco y la chorrera de encajes. Inmediatamente le cortaron el cabello de la nuca para que la cuchilla no encontrase oposición. Luego, a pesar de sus protestas, le ataron las manos a la espalda y ayudado del confesor subió las escaleras. Una vez en la plataforma, trató de hablarle al pueblo, pero sólo se oyó: "Muero inocente", porque los tambores de los soldados que rodeaban el cadalso se pusieron a redoblar. Una vez cortada la cabeza, le fue mostrada al pueblo por el ayudante del verdugo. La multitud rugió: "¡Viva la República!"

Por entre las maderas del cadalso chorreaba la sangre. Algunos fanáticos mojaron en ella sus pañuelos. Al fin una carreta descubierta se llevó el cadáver hacia el cercano cementerio. Le habían colocado la cabeza entre las piernas.

El Duque de Orléans, que vio la ejecución desde su coche, ordenó a sus lacayos que regresaran al Palacio.

XXIII

"Parisiens! c'est contre vous surtout que cette guerre abominable est dirigée; ce sont vos femmes, vos enfants qu'on veut massacrer, c'est Paris qu'on veut réduire en cendres".

Pache, Maire de Paris

A pesar de que Miranda no estaba de acuerdo, se comenzaba el largo sitio de la ciudad de Maestrich. Desaprobaba aquella acción, ya que no contaba con recursos suficientes para tomar una importante ciudad como aquella que le abría las puertas de Holanda. Por otra parte, la guerra contra Inglaterra, recién declarada, contribuía hacer las cosas más difíciles. El venezolano le hizo ver al Ministro de la Guerra los inconvenientes y peligros de tal sitio, en la situación material en que se encontraba, pero Dumouriez, tercamente le conminó a llevar a cabo una operación que de antemano estaba destinada al fracaso.

Noche y día los cañones rugían sobre la ciudad. Miranda en persona iba con su caballo a los más variados sitios, dando órdenes de mando, llegando aún hasta las primeras filas. Pero la ciudad no se

rendía. Una tarde de febrero, se presentó en el campamento una comisión enviada por la Convención para inspeccionar a Bélgica y Holanda. En ella venían Delacroix y Danton. Se reunieron en la espaciosa tienda de campaña de Miranda.

"Es necesario, ciudadano General", dijo Danton "que Maestrich caiga de inmediato para continuar la conquista de Holanda antes de que ésta reciba refuerzos de Inglaterra. Tal es la voluntad de la Convención Nacional". La linterna colocada sobre la mesa le daba un reflejo amarillo al rostro de Danton, quien al mismo tiempo de hablar comía nerviosamente nueces.

"Ciudadano Comisario, como usted sabe, mi ejército constituye sólo el ala izquierda de las fuerzas que comanda Dumouriez. Yo ejercí sus funciones interinamente cuando éste estaba en París y sé bien lo que hablo. Valence con Dumouriez ocupan el centro y Egalité el ala derecha. El punto más débil de la línea de ataque, el más desfavorecido es el mío. La calidad humana de los soldados es muy pobre y el amunicionamiento deja mucho que desear. El frente es muy amplio y si el Generalísimo no ordena una ofensiva simultánea por el centro y la derecha, nos quedaremos aislados, mismo tomando a Maestrich, ya que importantes refuerzos holandeses marchan a liberar esta ciudad. De sitiadores nos convertiríamos en sitiados y perderíamos toda la artillería".

"Comprendo lo que dice, General, pero los deseos de la Convención son también los mismos de Dumouriez, esto es, tomar a Maestrich, así es que ésta debe caer antes del 20 de febrero. No tengo más instrucciones que comunicarle".

Salieron los comisionados acompañados del Capitán Baron. Miranda quedó solo, pensando en el callejón sin salida en que lo situaba el Cuartel General. Felipe y Nicole, que estaban en una habitación lateral, habían escuchado lo anunciado por Danton: "En qué posición te colocan, Francisco", dijo Nicole. "Aunque mi responsabilidad está salvada, ya que le he explicado a Dumouriez y al Ministro lo insensato de esta acción. Además, también depende de que nuestras fuerzas triunfen en Aix-La-Chapelle, de no ser así, el ala derecha tendrá que retroceder dejándome aún más desguarnecido. Voy a tentar esta misma noche un ataque desesperado para demostrarle a los enviados de la Convención que no tengo falta de voluntad".

Cuando salieron, la noche estaba muy fría y ventosa. Miranda dio instrucciones y casi de inmediato comenzó el asalto en medio de un intenso cañoneo. El tronido de las baterías se oía por todo el campo. Los sitiados pronto respondieron a la embestida con un fuego nutrido. La infantería, un tanto desordenada, se acercaba como podía a las posiciones del enemigo. Las cerradas ráfagas de metralla hacían difícil el avance. Los muertos y los heridos comenzaban a verse por el campo. Aquellos bisoños soldados parecían carecer del entusiasmo de los de Valmy. A veces, Miranda detenía su cabalgadura y miraba a través de su catalejo. A su lado iban Nicole y Felipe, más atrás Baron seguido por un pequeño regimiento

a caballo. Miranda ordenó que fusilaran a los que huyeran. Apenas había dado estas instrucciones, un gran resplandor brilló en frente de ellos acompañado de un sonido ensordecedor. El caballo de Miranda se desplomó muerto, aprisionándole la pierna izquierda. Los fragmentos de la granada habían herido a Nicole en el brazo y la cadera, pero de todas maneras, ella se le pudo acercar y le ayudó a salir debajo del animal. Un poco más allá, yacía Felipe por tierra. Cuando unos soldados le iluminaron con sus antorchas, pudieron ver que la explosión le había destrozado el cerebro. Los sesos mezclados con la sangre cubrían, lo que había quedado del rostro. Miranda no tenía sino una lujación de la pierna.

El cirujano que examinó a Nicole dictaminó que sus heridas eran sólo superficiales, pero había quedado muy impresionada por la muerte trágica de su cuñado y en las noches subsiguientes se despertaba dando gritos, víctima de las pesadillas. Miranda le prohibió que en el futuro le acompañara al campo de batalla.

Al día siguiente, recibieron una noticia fatal. Los franceses habían sido derrotados en Aix-La-Chapelle y dos fuerzas convergentes del enemigo se dirigían hacia Maestrich. Miranda comprendió que el peligro era inminente y ordenó bajo su responsabilidad levantar el sitio. Y se marchó directamente al Cuartel General a comunicarle a Dumouriez su decisión. Este se quedó sorprendido. Luego invitó a sus acompañantes a que le dejaran solo con el venezolano: "General, después de la muerte del Rey, en París reina la anarquía. No hay ningún gobierno que pueda dirigir conversaciones de paz. Nuestros ejércitos están mal armados y toda Europa está en contra de nosotros. La mitad de Francia lucha contra la Convención. El caos es evidente. En estas condiciones no podemos ganar la guerra". Con lenguaje sibilino habló de ejemplos históricos antiguos y modernos, de la necesidad de preferir la salud de la patria a todos los principios. De pronto, como pesando sus palabras, dijo: "Estoy como César, dispuesto a cruzar el Rubicón con mis soldados y finalizar con el Gobierno de la Convención. En este caso, ¿podría contar con usted?".

"Yo creo que ese remedio es peor que la enfermedad y yo, si puedo, lo impediré". Y volviendo a usar el usted, dijo: "General, ni usted es César ni el ejército revolucionario, las legiones romanas. Piense bien en lo que va a hacer, pero le repito, no cuente conmigo".

Dumouriez, a duras penas pudo dominar su ira. Pensó en un momento arrestar a su subalterno, pero hubiese sido un escándalo que le habría perjudicado. Entonces decidió perderlo sin tener que intervenir de esa manera.

"Para finalizar, quiero decirle que mañana se le entregarán las instrucciones para el ataque contra Neerwinden. Espero que esta vez tenga mejor suerte".

Una vez salido Miranda, entraron los generales Egalité y Valence. "No podemos contar para nada con él, fue muy determinante, hasta rudo. Se opone a nuestros planes y puede causarnos muchos

perjuicios. Pero lo vamos a eliminar por medio de la sospecha. En la batalla de Neerwinden ustedes comandarán el centro y la derecha y Miranda la izquierda, donde el terreno es sumamente desventajoso. Las tropas que le serán asignadas serán las peores que tenemos y al enfrentarse a fuerzas superiores, saldrá derrotado. Yo lo haré llamar por la Convención para que explique sus derrotas y pondremos entonces en su lugar a otro jefe adicto a nuestra causa".

Cuando después Miranda leyó el plan de la batalla, se dio cuenta que le estaban asignando deliberadamente el papel de derrotado. Las fuerzas que se le enfrentarían a su izquierda serían las más poderosas de Neerwinden, además de la dificultad natural del terreno. Entonces, para salvar su honor de soldado, le escribió una carta a Dumouriez explicándole detalladamente las fallas del plan. Aquel nada contestó a sus objeciones sino que la batalla se llevó a cabo y el ala izquierda de Miranda, tal como estaba previsto, fue rechazada provocando así la derrota de Neerwinden.

Pocos días después, estaba en una casa cerca de Bruselas con Nicole y Baron, cuando se presentaron unos oficiales con una orden de Danton para que se trasladara a París a justificarse ante la Convención. La orden estaba fechada el día 21 de marzo de 1793. Casi con tristeza el venezolano le comentó a Nicole: "Hace un año salí de Londres lleno de esperanzas. Mi conciencia no me culpa de nada, pero heme aquí suspendido de mi comando, teniendo que justificar mi conducta. He dedicado mi vida a la causa de la libertad, he descuidado mis contactos con Venezuela gracias a la guerra. Pero probaré mi inocencia".

Una mañana de fines de marzo, hacia las once, llegó Miranda a casa de los Lavasseur. Casi no se había reposado desde su venida a París, estuvo hablando con Pétion, Brissot y otros hombres importantes, y sacó la conclusión de que éstos habían perdido mucho prestigio ante Robespierre. Se notaba que se preparaba una lucha a muerte entre la Montaña y la Gironda.

Manon y Georges le estaban esperando. La primera aparecía preocupada, le faltaba el antiguo espíritu que demostraba en sus conversaciones. "En cuatro meses la gente ha cambiado mucho en París", pensó Miranda.

"Lo que me acaba de contar sobre el Ejército del Norte", dijo Lavasseur, "concuerda con mis informaciones. Dumouriez quiere traicionar la República. Creo que muchos ya se lo sospechan, pero ha sido muy hábil en envolverle en la forma que lo ha hecho, pues sabe que Marat y Robespierre lo odian a usted. Estos ven enemigos por todas partes y han creado un Tribunal Revolucionario encargado de juzgar a los culpables. Es posible que pronto sea llevado ante él. He sabido que gracias a Pétion le dejarán libre por unos días más para que hable en la Convención. Pruebas no le faltan en favor suyo, especialmente al mostrar las objeciones que oficialmente hizo a Dumouriez. Sería importante que no olvidara también una entrevista con Robespierre y le refiriera sobre la conversación secreta

tenida con Dumouriez y sus proposiciones, es bueno que lo sepa todo por su boca. Hay varios altos oficiales detenidos por causas semejantes a la suya, entre ellos el polaco que conoció aquí, Miaczinski y puede que Robespierre confunda su caso con los de ellos. Marat constantemente acusa a los oficiales extranjeros de espías".

"Pero no creo que Robespierre me odie tanto como Danton", agregó Miranda. "Danton, ¿por qué motivo?", interrumpió Manon. "Nunca le he visto expresarse mal de usted". "Sería antes", agregó el venezolano, "pero ahora es distinto. Tanto él como Lacroix me odian porque saben que estoy enterado de los robos que han hecho en Bélgica. El propio Danton me dijo un día con mucho cuidado que el botín era un derecho de conquista y que yo también debía aprovechar para hacer mi fortuna. Como era natural, le hice una contestación que no resultó de su agrado".

"Veo que es mejor que vayamos a casa de Robespierre. Como no le conoce, le acompañaré. Todavía no ha debido salir para la Convención, es temprano. Vive en casa del carpintero Duplay".

Llegaron al humilde portal de la Rue Saint Honoré donde tenía su residencia el "Incorruptible". Penetraron por una especie de oscura bóveda que llevaba a un patio engrisado. A la izquierda se levantaba un edificio de dos plantas. En frente, en una especie de hangar que servía de comedor y taller, se encontraba el carpintero Duplay, quien, al verles, se les acercó: "No sé si él los podrá recibir, vamos a preguntarle", dijo señalando una ventana de arriba. Subieron por una escalera estrecha y llegaron a una pequeña antesala, llena de retratos de Robespierre. Duplay entró para anunciar a los visitantes. Se oyó la voz agria del convencional que contestaba: "Dígales a esos ciudadanos que estoy ocupado terminando un informe para la Convención".

Cuando bajaban las escaleras, Lavasseur deslizó en su oído: "No me gusta nada la forma como nos despidió. Han tenido que prepararlo contra usted".

Casi a la salida del portal vieron a Tissot. Miranda sintió una gran incomodidad encontrándose de improviso con su amigo y no hallaba qué partido tomar cuando el comerciante se aproximó extendiéndole la mano: "Después del regreso de Nicole no he sabido más nada de usted. Es ésta una verdadera casualidad. Mi amigo Duplay quiere que acepte el cargo de jurado en el nuevo Tribunal Revolucionario y me ha hecho llamar. Tengo entendido que se considera un deber cívico tal aceptación".

Miranda se encaminó a la Rue Gramont al Banco de Body Ker & Cía. Con su habitual frialdad M. Duval escuchó las desventuras del venezolano en el Norte. "Va a tener que convencer a mucha gente de su inocencia, porque su situación no es fácil. Le voy a recomendar un abogado excelente, que cada día toma mayor celebridad en París y mantiene muy buenas relaciones con todas las facciones políticas; se trata de M. Chaveau-Lagarde. Luego le entregaré una carta para él. Con respecto a las actividades del

Banco, no son malas a pesar de la situación política y la guerra con Inglaterra, desgraciadamente tenemos pocos contactos con Londres y con Mr. Turnbull. De todas maneras, esto no obsta para que recibamos de cuando en cuando algún despacho traído por bravos pescadores que exponen su seguridad personal por nuestro servicio. Como le repito, nuestro Banco está bien y por mis informaciones la mayor parte de los otros bancos extranjeros de París se encuentran bien también. Pareciera que la Revolución es amiga de los banqueros". Luego pasando a otro tema: "Debo señalarle que la Convención se encamina por un laberinto más complicado que el descrito por Herodoto en Egipto, todo indica que a la vista no tendremos salida sino la anarquía o posiblemente la dictadura. La prudencia con que usted se ha venido desenvolviendo es encomiable. Téngame al corriente de sus actividades y sobre todo del juicio que se le abrirá. Veremos qué podemos hacer".

En aquel momento, en su apartamento de la Rue de Anjou, los hermanos Frey mantenían una interesante conversación con el barón De Batz. Este, después de una larga permanencia oculto después del fracasado plan para salvar al Rey, comenzaba de nuevo en su infatigable labor. Habló de un proyecto para raptar a la Reina y sus hijos. "Además preparo un plan muy bien estudiado para desacreditar la Convención Nacional. Tengo la idea y los hilos listos, lo que me faltan son los títeres que utilizaré. He pensado en los más corrompidos: Fabre, Basire, Delaunay y Chabot. Como sé que éste último ha estado varias veces agasajado por ustedes, yo me permití enviarle una invitación para que venga a almorzar. Apenas le he conocido en el Café de la Régence y me gustaría estudiarlo más. Puede ser él quien mejor sirva a nuestros intereses. Tenemos que unirlo con lazos indestructibles a nuestra causa, mismo sin que se dé cuenta. Es un hombre corrompido que tiene muchos puntos débiles. Por cierto, dijo el barón haciendo una pausa, he oído decirles una vez que tenían una medio-hermana huérfana en Austria, que quiere venir a París. Traigámosla, se la presentaremos a Chabot y se la meteremos por los ojos. Le proporcionaremos una buena dote como para enloquecer al convencional".

Con un gesto negativo de la mano, interrumpió Juluis Frey: "Mi querido amigo, Léopoldine no es lo que usted se imagina. Hija natural de nuestro padre y de una vulgar prostituta, está muy lejos de ser ninguna señorita. A pesar de sus diecisiete años es una muchacha corrompida, que desde muy niña ha ido de burdel en burdel, terminando en el serrallo del Emperador de Austria. Es de un cinismo que desdice su rostro aparentemente inocente. Quiere venir a París porque se imagina que aquí tendrá amplio campo para sus actividades".

"¡Me parece excelente!", exclamó entusiasmado el barón. "El destino nos la ha proporcionado. La mandarán a llamar. Le compraremos bellos trajes y le entregaremos doscientas mil libras de dote. No creo que Chabot se resista. Eso sí, para que acepte nuestros

propósitos deberemos pintársela como un ángel de candor y pureza. Aprovecharemos ahora su venida para irle insinuando poco a poco a Léopoldine".

Los hermanos Frey tuvieron que aceptar el plan del conspirador. "Usted tendrá razones poderosas para hacer esta combinación. Léopoldine vendrá".

De Batz, bajo el nombre de Moreville que era por el que le conocía el jacobino, gracias a sus dotes de gran actor nato hizo todo lo que pudo para ganarse las simpatías de Chabot quien ese día, quizás por la cercana primavera, llegó lleno de euforia. Había ganado mucho peso en los últimos meses y los botones de su chaleco cruzado parecían que se le iban a reventar. Hablaron de generalidades, del tiempo, de comidas y de vinos. El barón aprovechó la oportunidad para decir: "Me dijo el restaurador Vénua que usted ha inventado una tortilla de espárragos que ahora en su honor se llama "Omelette Chabot", que me aseguran que es una verdadera delicia, me va a tener que dar la receta". Chabot, bajó los ojos con un aire falsamente púdico: "Sí, es cierto, pero lo que pasa es que soy un gran aficionado de la buena comida".

Una vez en el comedor, Emmanuel Frey, tomando una botella de vino rojo de manos del lacayo, se la mostró diciendo: "Este vino de Borgoña viene directamente de las cavas especiales del célebre productor M. Bouchard, quien posee magníficos viñedos en la Côte d'Or. Es de 1770, cuando todavía vivía el Rey Luis XV. Era éste uno de sus vinos preferidos y casi siempre lo tomaba en sus cenas íntimas en el Petit Trianon, acompañado de su inseparable Madame Dubarry. ¿Qué le parece?". Chabot no se detuvo a saborearlo sino que lo apuró como si fuese agua, luego extendió el vaso para que se lo volvieran a llenar. "¡Es muy bueno! Ese pícaro de Luis XV sabía darse la gran vida".

Entonces De Batz, distraídamente preguntó por Léopoldine: "Nuestra hermana viene muy pronto, se encuentra sola y deprimida en el Convento de Viena, la pobre".

"No me habías dicho", dijo Chabot, "que tenías una hermana en Viena". "Sí, repuso Emmanuel, ya tiene diecisiete años y deberíamos pensar en casarla. Es un verdadero ángel toda candor y pureza. Buscaremos un marido bueno y comprensivo, que sepa tratarla con mucho afecto, pues es tan sensible. Lo que sí no deseamos en casarla ni con un ex-noble ni con un rico. Ella tiene doscientas mil libras de dote y no necesita más dinero. Sólo queremos para ella un republicano sincero y honesto capaz de hacerla feliz bajo los auspicios de la virtud ciudadana".

"¡Doscientas mil libras!", pensó Chabot, mientras comía una porción de queso Brie. "Es una suma capaz de quitarle el sueño a cualquiera". "Usted la conocerá, querido amigo", agregó Julius "y verá que no exageramos, es una muchacha pura que hará la felicidad de cualquier hombre".

XXIV

"Vos ennemies ne sont audacieux que parece que vous restez les bras croisés. Réveillez-vous, foutre, levez-vous!".

Hébert. Le Pére Duchesne

Dos semanas después del fracaso de la traición de Dumouriez y su huida al campo austríaco, Miranda se encontraba en el Hotel de Saxe con Madame Pétion. Esta se arreglaba los cabellos en frente de un espejo y ya se aprestaba a partir, cuando violentos golpes sonaron en la puerta: "¿Quién será?", dijo Marie sobresaltada. Miranda se puso su casaca y abrió. Un grupo de gendarmes estaba en el umbral. El que les comandaba le entregó una orden de arresto del Comité de Seguridad General. "Por disposición del Tribunal Revolucionario", dijo el oficial, "vamos a sellar sus equipajes y llevárnoslos con usted". Y procedieron de inmediato, mientras Miranda, arreglando su pequeño necessaire, le decía a Marie: "Te agradezco, si puedes, que le avises a Chaveau-Lagarde y a mis amigos".

Marie salió turbada. Un rato después, Miranda montaba en un coche especial rodeado de gendarmes a caballo. Lentamente llegaron al patio de la Conciergerie, cercano a la escalinata que daba al Palacio de Justicia y se detuvieron ante una arcada. Detrás de ella estaba el negro portón de la cárcel y por él penetraron a una amplia sala donde les esperaba el conserje Richard acompañado de algunos carceleros. A la izquierda se encontraba una habitación que sería de escribanía, allí se guardaban los registros de los presos; y otra más pequeña y oscura con un banco, era el sitio en donde Sansón cortaba el cabello de los condenados a la guillotina. Después de las primeras formalidades y de depositar los baúles, los carceleros se llevaron a Miranda por un oscuro corredor iluminado por linternas de pobre luz. Las paredes negras y húmedas. Le acompañaron hasta una celda estrecha que tenía una ventana hacia el patio llamado de las mujeres. Richard, que iba a su lado, le dijo: "Pronto vendrá el ujier del Tribunal para conducirlo arriba y hacerle los primeros interrogatorios. También harán un inventario de sus pertenencias para que después no diga que le robamos nosotros. Si quiere puede pedirle el almuerzo a uno de estos muchachos", dijo, señalando a los carceleros. "La comida, común de la prisión, como en todas partes, es mala, pero ellos se la traerán diariamente de la calle. Es lo que les hacen a casi todos los prisioneros distinguidos".

Miranda se asomó a la ventana enrejada y miró hacia el patio que más bien parecía un pozo. Allí estaban mezcladas las ladronas con algunas prisioneras políticas. La puerta de su calabozo permanecía abierta. Uno de los carceleros le informó que podía salir y

pasearse por los corredores, ya que sólo al caer la noche era que les encerraban con llave.

"Al fin estoy preso de verdad. Tantas cárceles que he visitado y ahora soy su huésped obligado. Se recostó sobre el duro catre y sus pensamientos volaron a Venezuela. Se recordó las noches que pasaba leyendo los clásicos. El día en que se despidió de sus padres para marchar a estudiar a España, cuando sólo tenía veintiún años. La larga travesía a Europa. Las ilusiones.

Un ujier del Tribunal acompañado de dos gendarmes vinieron a buscarle. Atravesaron un inmenso patio donde se veían grupos de prisioneros y por la escalera de piedra de la Tour Ombec llegaron a un salón donde le esperaban Chaveau-Lagarde, su abogado; Montagné, Presidente del Tribunal y Fouquier-Tinville, Acusador Público. El escribano París, llamado Fabricius, anotaba este primer interrogatorio del venezolano, que duró bastante tiempo. Luego pasaron a realizar el inventario de sus pertenecias en los dos baúles. Comenzaron a sacar legajos de cartas y libros. El Presidente Montané que le había conocido en casa de Madame Pétion, no pudo contener una sonrisa cuando los empleados sacaron algunas prendas íntimas femeninas y otros recuerdos amorosos. Entonces Fouquier-Tinville hizo un gesto con la mano: "No es necesario hacer un inventario de cosas tan privadas. Ciudadano Fabricius, anótales simplemente como efectos personales y así terminamos". Entonces, el Presidente preguntó: "¿Ciudadano General, estás suficientemente instruido de lo que se te acusa? Muy bien, entonces este Tribunal te concederá todo el tiempo necesario para que prepares tu defensa y busques los testigos. Cuando esté suficientemente preparado, tu defensor nos lo comunicará para proceder al juicio público y determinar si eres inocente o culpable".

Chaveau-Lagarde le acompañó hasta su celda y allí estuvieron hablando largo rato. El defensor hacía numerosas anotaciones. Después agregó: "Creo, General, que tengo bastante información para hoy. Visitaré en los próximos días a los testigos que desea usted convocar. Este va a ser un juicio duro y difícil, en el que no hay que descuidar nada. Porque después de la huida de Dumouriez, Valence y Egalité es en usted que se van a posar los odios. Aquellos están en manos austríacas, completamente a salvo. En cambio, usted lo está en las del Tribunal Revolucionario. Todos buscan a un culpable. Los girondinos a Danton y éste a aquéllos. Hay orden de detención contra el Duque de Orléans, a quien Robespierre acusa de connivencia con su hijo. Siguen las purgas en el ejército. El polaco Miaczinski y el general Larrou están esperando juicio. Marat pide cabezas y castigos ejemplares para los traidores. No será fácil, pero haremos todo lo posible para que salga absuelto, salvando no solamente su vida, sino la reputación de republicano y hombre honesto".

Los días pasaron largos y fastidiosos, como suelen serlo en las prisiones. Un día en el corredor que llamaban Rue de París, se encontró con el General Miaczinski, quien acababa de almorzar

y parecía bastante borracho: "¿Usted sabe por qué me encuentro preso? Pues por Danton. Por ese vulgar ladrón a quien sorprendí desvalijando una iglesia en Bruselas. Juró mi pérdida, pero yo no voy a permanecer mudo. En el tribunal le acusaré de ladrón y de traidor". Miranda trató de calmarlo, pues entre los prisioneros había espías de los Comités que reportaban diariamente lo que oían. Como viera que el polaco lejos de tranquilizarse seguía gritando sus acusaciones, pensó que era más prudente regresar a su calabozo, no fuesen a pensar sus enemigos que compartía sus opiniones.

Nicole le visitaba con frecuencia, haciendo su soledad más pasajera. Algunas veces le traía comida y otras, libros y periódicos. El día 23 de abril, para gran asombro de todos, llegó prisionero Marat, detenido por la acusación de los girondinos de incitar al pueblo a la rebelión. Por unos momentos, paseó su mirada altanera por entre los prisioneros. Pero no habían pasado algunos minutos, cuando el escribano Fabricius se presentó: "El Acusador Público te llama a su despacho, ciudadano. El considera que un patriota como tú, falsamente acusado, no debe estar en medio de traidores como éstos, que sólo esperan la guillotina". Triunfante, Marat salió con cierta sonrisa de desprecio. Pocas horas después, el Tribunal lo absolvía, confirmando así la derrota de sus acusadores, los girondinos. Afuera, una gran multitud que le esperaba, se lo llevó en hombros hasta la Convención Nacional.

Al fin se fijó el día 12 de mayo para el juicio de Miranda. Este duró cuatro días en donde las pruebas aportadas, los testigos y sobre todo la defensa de Chaveau-Lagarde inclinaron favorablemente la balanza. Los jurados, entre los cuales se contaba Tissot, se retiraron a deliberar, después de un cierto tiempo regresaron. El Presidente Montané leyó el veredicto absolutorio. El público asistente comenzó a aplaudir. Todos felicitaron al venezolano. Tissot esperó de último y acercándose le entregó un papel: "Esta es la dirección de una casa de mi propiedad, situada en un lugar tranquilo y apartado de Menilmontant. Está completamente amueblada, aquí tiene las llaves. De los criados me encargaré yo".

XXV

"Il n'y a eu jusqu'à présent à la tête de nos armées que des imbéciles et des fripons".

Saint Just

A principios de junio, llegó a París Léopoldine y se instaló en casa de sus hermanos en la rue D'Anjou. Era una muchacha vivaz, de ojos azules y de aspecto algo tímido, aunque no carecía de buenos

modales, ya que la patrona con quien había pasado los últimos años, le había enseñado ciertas reglas de comportamiento para que fuera más agradable a su selecta clientela. Estos le explicaron que iba a cambiar totalmente de vida y que le conseguirían un marido apropiado. "Naturalmente que debe aparecer siempre recatada ante nuestros invitados, nada de sonrisas ni insinuaciones, mientras menos hables, mejor. Te compraremos bonitos trajes que vayan de acuerdo con tu categoría".

Un par de semanas más tarde, consideraron los Frey que las lecciones que le habían dado a Léopoldine eran ya suficientes, e invitaron a De Batz y a Chabot, con el fin de ver qué impresión le causaba a éste último.

No fue necesario hacer muchos esfuerzos para entusiasmar al convencional. Cuando vio a la muchacha trajeada en pálido rosa, sus ojos se desorbitaron y se puso hablar de las mil cosas, dirigiéndole con frecuencia la palabra, a la que ésta, obedeciendo a las instrucciones, contestaba con monosílabos y la mirada fija en el suelo.

Una vez terminada la cena, Léopoldine, para desagrado de Chabot, pidió permiso para retirarse: "No estoy acostumbrada a acostarme tarde".

"Tenéis, queridos amigos, una hermana que es un verdadero ángel de dulzura y belleza. ¡Y qué recato! Todo lo que me habíais dicho sobre ella es poco. Lástima que haya perdido su madre tan joven. Al menos aquí en París sentirá cerca de ustedes el calor familiar que carecía en el Convento". De Batz se encontró varias veces al punto de soltar la risa, pero se contuvo.

Al tomar el cognac, Chabot dijo: "Tengo pensado hacer varias intervenciones en la Convención para pedir pan para los necesitados, crear casas de socorro para los menesterosos. Los acaparadores y los ricos están haciendo su fortuna con el hambre de los desposeídos. Es necesario acabar con la especulación y el agiotaje. Esas gentes, como la antigua aristocracia, viven de exprimir a los demás, son unos verdaderos parásitos de la Sociedad. Para eliminar este mal, pienso pedir la disolución de varias compañías por acciones, cuyos propietarios no trabajan, sino que viven de sus rentas. Tengo una lista de esas sociedades, entre ellas la célebre Compañía de Indias que se ocupa del comercio de especies con el Oriente. Sus dueños nunca han visto un navío y en cambio se dan la gran vida. Los marineros pagan con sus vidas el bienestar de estos hombres. Voy a pedir su disolución. Y además de explotar a esas gentes, violan impunemente la Ley sin que nadie proteste por ello. Realizan especulaciones en la bolsa jugando a la alza y a la baja. Haré que la Convención envíe mi denuncia a la Comisión de los Siete donde están mis amigos Basire, Fabre y Delaunay. El pueblo de París quedará reconocido de mi patriotismo".

En eso anunciaron a Basire: "Perdónenme, señores, que me presente tan intempestivamente, pero vengo a buscar a Chabot. La

Comuna con un numeroso grupo de gente bien armada, se dirige a la Convención. Están dirigidos por Hanriot. Van a solicitar la destitución de los girondinos y su puesta inmediata en prisión. Marat arenga a la multitud en la Plaza de La Grève. Creo que los montañeses ahora no tendrán más recursos que poner fuera de la Ley a esos malos representantes, pues perderían todo el prestigio que tienen con el pueblo parisiense. Venía para que fuésemos de inmediato a la Convención para contribuir con nuestros votos a esa popular medida".

"No creía tan inminente esta acción. Es cierto que hoy en la mañana huyeron de París Pétion y Roland", repuso Chabot. "Vamos rápido a ver qué sucede".

Al mismo tiempo, en su apartamento, Duval hablaba con su fiel Roger, quien había regresado a Francia después de la muerte del Rey. "Este paso que ha dado la Comuna coloca a la Convención en sus manos. Con la desaparición de los girondinos, se borrará la última esperanza que teníamos de instalar un gobierno serio en Francia. Ahora tendremos que enfrentarnos a la anarquía de las masas o a la dictadura de Robespierre", aseguró Duval.

"Monsieur, ahora los que dominan son los llamados rabiosos. Con Hébert, Chaumette y Chabot a su cabeza. En mis andanzas por los clubs y comités me he podido dar cuenta de ello. Se inspiran en Marat y usan su mismo lenguaje. Nadie hubiese creído hace un año que íbamos a caer en manos de esos facinerosos y pensar en todo lo que hemos contribuido, sin proponérnoslo, a ocasionar este caos".

"Es muy cierto, Roger, tu observación es correcta. Hemos contribuido a llevar las cosas a este sitio. Pero vamos a hacer todo lo posible por reparar el mal. La lucha ahora no se decidirá en las fronteras, sino aquí mismo, en París. Vamos a tener que unirnos a nuestros viejos enemigos, los adversarios de la Revolución, con De Batz y compañía. Ya que usando el viejo proverbio, diremos los enemigos de mis enemigos son mis amigos. Además en política como en finanzas, todo puede cambiar de la noche a la mañana. Entraremos en acción tan pronto sea posible. Hablará con Tissot para que él nos sirva de intermediario. Le haremos ver a De Batz que nuestra intención es acabar con la dictadura actual de los Comités para establecer un gobierno serio y responsable, sea república o monarquía. También quiero que Tissot vaya a casa de Miranda y le invite a huir inmediatamente a Inglaterra. Su situación es muy precaria y con la prisión de los girondinos, la cárcel se le abrirá de nuevo e irá a la guillotina, pues nadie ignora sus relaciones con el partido derrotado".

Cuando salió Roger, la noche estaba poblada de ruidos. Mucha gente se encaminaba a Les Tuileries para ver lo que iba a suceder en la Convención. Roger se encontró con un amigo que venía en dirección opuesta. Era un fanático maratista. "¡Hemos triunfado! Ante la presencia de los cañoneros, la Convención cedió

y condenó a los girondinos. Mañana serán encarcelados. ¡Marat y el pueblo han logrado su venganza!"

XXVI

"Votre Comité de Salut Public frémit depuis quarante huit heures de l'horrible coalition formée par tous les intrigants qui veulent anéantir la République et la Convention Nationale".

Billaud-Varenne

Miranda tenía ya algún tiempo viviendo en la casa de Menilmontant que le arrendase Tissot. Los árboles que la rodeaban le daban un aire campestre, cuya tranquilidad era sólo interrumpida por los numerosos visitantes, pues muchos opositores seguían considerándolo como "La Espada de la Gironda".

Esta fama, no del todo desmerecida, le traía en aquellos momentos de luchas entre las facciones sus naturales desagrados. Pache, el Alcalde de París, le había declarado la guerra y pensaba perderle a la primera ocasión. Le tenía vigilado por un criado llamado Mellisard que le informaba diariamente de sus actividades. Marat no dejaba a su vez de molestarle desde "El Amigo del Pueblo", campaña ésta que Miranda no dejó de calificar de calumniosa.

Llevaba una vida tranquila. Se levantaba temprano y se paseaba por el parque, bajo los árboles frutales sonoros por la multitud de pajaritos. Luego se vestía y leía la correspondencia y los diarios. Después de las diez, comenzaban las visitas. Las recibía en un salón muy bien decorado, adornado con cuadros que le habían regalado en Flandes.

Algunos días despés de la caída de los girondinos, vino Madame Pétion acompañada con una conocida poetisa inglesa, Helene Marie Williams, mujer de clásica belleza.

Miranda notó que Marie Pétion no era la misma de antes, denotaba un profundo sufrimiento. "Francisco, desde que mi marido tuvo que huir a Caen, no tengo vida. Es raro el día que no se presentan gendarmes y policías a registrarme la casa. Cuando salgo, noto que me siguen. Creen ellos que tengo contacto con los girondinos que huyeron y la verdad es que nada sé. Los amigos me evitan. Mismo Manon que era tan consecuente, no ha vuelto a mi casa. Me mandó a decir que su marido se lo había prohibido porque podía perjudicarle. Sólo Helene Marie se atreve a acompañarme. Temo que pronto me detengan porque ya empiezan las insurrecciones en el interior contra la Convención Nacional".

"Mi querida Marie, todos estamos en el mismo barco, si se hunde pereceremos. Supe que Vergniaud y otros diputados están detenidos en diferentes prisiones de París. Temen ponerlos juntos. Yo mismo no estoy a salvo. Marat no hace sino acusarme de girondino y no es extraño que me vuelvan a meter en la cárcel. Pero no tengo miedo, ya que nada incorrecto he hecho. Tengo mi conciencia tranquila y no me prestaré a contemporizar con mis enemigos. Prefiero, ante tal alternativa, perder la cabeza".

La poetisa sacó de su bolso un libro que dedicó a Miranda. Luego en inglés, ya que, como era lógico, lo prefería al francés, dijo: "Estoy escribiendo un volumen de poemas sobre América del Norte y como sé que estuvo por esas tierras, quisiera venir un día de estos con más calma para que me explique el paisaje y las costumbres de sus habitantes".

Mellisard, el sirviente, oía toda la conversación con los oídos pegados a la puerta: "La inglesa debe ser espía de Pitt. Este General tiene visitas muy extrañas que tengo que comunicar a Pache".

En aquellos momentos tocaron a la puerta. "¿Quién podrá ser?", preguntó sobresaltada Marie. "Tiene que ser Montané, el Presidente del Tribunal, que me anunció su visita en compañía de su esposa. ¿Recuerdas que me los presentaste en tu casa?"

"Pero ahora no quiero verlos, no sé qué actitud tiene él con respecto a mi marido y prefiero no pasar un rato desagradable. ¿Hay alguna otra salida?" "Sí, por el jardín. Vengan", y diciendo esto las acompañó a una pequeña puerta. Antes de irse Marie, le dijo a su oído estrechándole la mano: "Siempre puedes contar conmigo. Sean cuales fueran las circunstancias". Con la punta de los dedos, ella le dio un beso.

Entonces, volvió al salón y encontró a los Tissot que acompañaban a los Montané. Miranda, al ver a la esposa del Presidente del Tribunal, pensó inmediatamente: "Está más bella que nunca".

"Hacía varios días que queríamos visitarle", le explicó Montané. "Pero el trabajo intenso del Tribunal me lo impidió. No se puede imaginar los nuevos procesos que surgen a cada día, por eso se habla de crear otra sala para repartir más fácilmente el trabajo. Fue Tissot quien se ofreció gentilmente a acompañarnos, ya que quería felicitarle una vez más por su brillante defensa. Aunque confidencialmente debo confesarle que ciertos personajes que no quiere nombrar, deseaban que le enviase a la guillotina. Después de su absolución recibí anónimos amenazadores".

Miranda sonrió con desprecio: "Y esos que le recomendaron mi muerte, con absoluto desprecio a las leyes y a la majestad de los jueces, son los que proclaman en las tribunas todo lo contrario de lo que practican. Mismo a Marat he tenido que contestarle fuertemente, ya que ha expresado públicamente su deseo de que me vuelvan a juzgar por la traición de Dumouriez".

"Eso dirá Marat, pero no es posible juzgar dos veces a nadie por el mismo motivo, más cuando usted probó plenamente su inocencia.

Los que estábamos presentes nos pareció aquel un acto de justicia sin manchas. Mismo Fouquier-Tinville se expresó favorablemente de usted. En cambio, otros acusados no han corrido con su suerte. Al General Miaczinski lo guillotinaron. En sus borracheras hacía ciertas acusaciones que después no se atrevió a confirmar en el Tribunal. Lo que sí pudiera suceder con usted es que, dadas las graves circunstancias de guerra interna después de la proscripción de los girondinos, decida el Comité detenerle preventivamente o confinarle, para evitar que su espada se ponga al servicio de los enemigos de la Revolución".

Mellisard trajo una bandeja con una tizana a la española. "Es muy refrescante en el verano, solía tomarla cuando estaba acantonado en Cádiz", dijo Miranda sirviendo los vasos.

Después de algún tiempo, se marcharon los Montané, no antes de prometerle volver a visitarlo. Los Tissot se quedaron. El comerciante sacó una carta abierta: "Esta la recibí así para que yo la leyera y se la comunicara verbalmente en caso de que estuviera preso. Como verá, M. Turnbull es partidario de que se vaya de Francia, considera que aquí ya usted no juega ningún papel y que, al contrario, expone inútilmente la vida. Tenemos unos pescadores que le llevarían a Inglaterra tan pronto lo decida".

"Amigo Tissot, gracias por la recomendación, pero mi huida sería darle satisfacción a mis enemigos y aceptar de hecho mi culpabilidad. Le confieso que prefiero la guillotina al deshonor".

"General, comprendo sus sentimientos y no quiero imponerle nada que usted mismo no desee, pero está rodeado de enemigos que no esperan sino la menor oportunidad para volverlo a enjuiciar. Quiero referirle una anécdota. Cuando los jurados nos retiramos a deliberar su suerte, algunos de ellos tenían instrucciones del Comité de Salud Pública y concretamente de Danton y Delacroix, para que votaran por la muerte. Querían hacerle lo mismo que al General polaco que antes mencionó Montané. Por eso creo, es mi opinión particular, que usted le sería más útil a la causa de la libertad vivo que muerto".

Miranda sonrió: "Bueno, muerto en ningún caso. Pero si se me presenta el dilema de escoger entre Londres o la guillotina, sin duda que escogeré la guillotina. Mis amigos de América continuarán la obra que he iniciado. Además sé cómo defenderme".

Tissot creyó llegado el momento para decirle a Miranda: "Si me permite, voy a revisar los jardines y la techumbre para ver el estado en que se encuentran. Como le dije tengo mucho tiempo fuera de esta casa", y salió por una puerta lateral.

Miranda comprendió que el comerciante quería dejarle a solas con Nicole. Esta le dijo: "Por fin mi marido convino en otorgarme el divorcio. Ayer firmamos los documentos y espero que la sentencia estará lista dentro de un año, más o menos. El me pidió que me quedase en su casa hasta ese día, pero que tendría toda mi libertad. El es un hombre muy bueno".

"Tienes razón, es muy bueno y comprensivo, debes acatar sus deseos porque es bien intencionado". "Esta tarde regresaré sola y si no tienes inconvenientes, cenaremos juntos, como cuando estábamos en Bélgica". "Puedes venir, ya que nadie ha anunciado su visita".

Cuando regresaba el comerciante del jardín, tocaron a la puerta. El criado se dirigió a ver quién era. Los Tissot aprovecharon la oportunidad para despedirse. En la entrada estaba Manon Lavasseur. Sus ojos brillaron con un extraño fulgor al ver a Nicole. Pensó: "De cerca es aún más bonita que de lejos, pero se viste mal".

Una vez solos, ella dijo: "Estos Tissot no te abandonan. La reconocí desde el primer momento. Tengo buena memoria. ¿Y cómo te ha ido a ti?" Miranda le contó sus actividades desde la salida de la prisión: "Y por cierto no me has visitado a pesar de que te escribí hablándote de esta apartada casa y allí te explicaba que prefería por los momentos sólo recibir visitas. No sé qué te ha podido pasar"

"Perdóname, Francisco, es que Georges se ha opuesto a que vea a personajes discutidos como tú. Su posición política es muy débil. Los rabiosos le critican en la Comuna y, como sabes, Danton ha perdido mucho terreno, aun dentro del Ayuntamiento, donde ahora domina Pache, Hébert y Chaumette. El primero es tu enemigo, lo sé. Por eso yo he hecho demasiado viniendo a visitarte contra la voluntad de mi marido. Mismo con relación a Danton ya no voy más a su casa, el que le frecuenta lo toman por su partidario. Está en plena decadencia; piensan reformar el Comité de Salud Pública para sacarlo. Imagínate semejante cosa después del diez de agosto. Pasan tan rápidos los acontecimientos..."

"Bueno, reconozco mucho tu valentía". Ella dijo: "Y menos mal que estás vivo. Fabre D'Eglantine me contó que en el propio Comité se pensó hacerte guillotinar cuando tu proceso". "Ya eso pasó, querida Manon, y estamos juntos de nuevo", e intentó besarla en el canapé: "No, aquí no, Francisco. ¡Cuidado que viene el sirviente!"

Mellisard, que había oído la conversación y quería ver de cerca a la interlocutora de su patrón, entró de improviso: "¿Necesitaba el General alguna cosa? Tengo que ir a comprar algunos ingredientes para la cena".

A Manon no le gustó el rostro del sirviente ni la mirada esquiva. Miranda lo despachó. "Ahora estamos completamente solos. Nadie nos puede sorprender". Mientras la besaba, miró hacia el viejo reloj y vio que eran las dos de la tarde. "Todavía me queda tiempo suficiente antes de que venga Nicole".

XXVII

"Depuis le commencement de la Révolution on a dû remarquer qu'il existe en France deux factions bien distinctes, la faction anglo-prussienne et la faction autrichienne, toutes deux réunies, contre la République, mais divisées entre elles pour les intérêts particuliers".

Robespierre

De Batz se reunió en la casa de Menilmontant con sus compañeros: "Quiero informarles que el Inspector de Prisiones, Michonis, es nuestro ciento por ciento. En estos momentos él tiene el más alto cargo que uno pueda desear. Es él el que diariamente visita las prisiones y dispone lo que le parece mejor para su buen funcionamiento. Me lo presentó Rougeville y nos va a ser de gran utilidad en nuestro plan por rescatar a la Reina y sus hijos de la prisión del Temple. He aquí los detalles fundamentales de este plan. El zapatero Simón que la Comuna ha encargado para la vigilancia directa de la Familia Real, no sale ni por un instante a la calle. Sólo rara vez va a la Comuna a pedir instrucciones. Es un jacobino furibundo y no podemos soñar con comprarlo. El único vicio que tiene es el vino. De resto nada le interesa. Siendo él el principal obstáculo para salvar a la Reina, haremos que, merced a una orden falsificada, la Comuna lo llame la noche por nosotros escogida. Y ésta será dentro de cuatro días, el 21 de junio, a las nueve de la noche cuando ocurra el cambio de guardias. Yo haré que Michonis adelante el reloj en media hora. Nuestra llegada entonces no asombrará a los otros guardianes, ya que iremos disfrazados de militares, como si fuéramos el relevo. Una vez salidos los soldados, tendremos tiempo suficiente para llevarnos a la Familia Real. Cuando regrese mucho más tarde, Simón se encontrará que los pájaros habrán volado. Como ven, el plan es sencillo. Lo que nos falta es el nuevo sello de la Comuna y una copia de la firma de Pache. He encargado a Rougeville que vaya una vez más a casa de Madame Lavasseur a pedirle ese servicio. Estoy seguro que no nos lo negará, porque está indefensa ante la debilidad de su marido, mucho más que el año pasado. Ahora acérquense para explicarles sobre este papel cómo vamos a hacer y por qué calles nos dirigiremos la noche del golpe".

Rougeville cumplió una vez más con su desagradable misión. Le fijó a Manon plazo hasta el día siguiente por la tarde. Para darle un poco de consuelo a su conciencia, le había asegurado que todas aquellas maniobras eran para salvar a la Reina y a sus hijos. Pensaba que de esta manera despertaría un poco la sangre aristócrata que tenía la nueva republicana.

Al irse el conspirador, Manon se puso a pasear nerviosamente por la habitación. "Esta vez me estoy jugando la cabeza y la de mi marido

que es inocente. Estos hombres con sus locas maquinaciones nos van a llevar al abismo. Ahora se proponen salvar la Familia Real del Temple. Es una idea generosa, pero me compromete mucho. No sé qué debo hacer. Negarme sería peor. No me queda más remedio que complacerles, voy a entregarles lo que me piden, pero me pondré a salvo. Le escribiré un anónimo a Simón para que no se mueva del Temple y redoble la vigilancia. Sólo con fracasos podré hacer desistir a esta gente para el futuro y quedaré en paz".

El 21 de junio por la noche, de acuerdo a lo convenido, el Inspector Michonis aprovechó un descuido de Simón y su mujer para adelantar el reloj en media hora. Cuando éste regresó al comedor, se sirvió un vaso de vino y se sentó en la mesa. Su mujer llegó un momento después. "¿No vas a ir a la Comuna. Te citaron para las nueve y ya lo son". El hombre, dejando el vaso se secó con el revés de la mano la boca grasienta y miró el reloj. "¡Caramba!, hace un momento eran las ocho y media. No puede ser". "Estás bebiendo mucho", gruñó la mujer. El zapatero, encogiéndose de hombros, se iba a levantar cuando llegó un muchacho con un mensaje: "No se separe de los prisioneros, redoble la guardia, hay un complot para llevarse a la Familia Real". No tenía firma. De inmediato se lo enseñó a Michonis y corrió a alertar a los soldados. Al que los comandaba le dijo que no se movieran de sus puestos. Envió a la Comuna un mensajero para pedirle refuerzos y explicarles lo que pasaba. "Ya debe venir el relevo. No se vayan, a pesar de que son las nueve". "Se equivoca, ciudadano, sólo son las ocho y media, mi reloj nunca falla". Entonces Simón pensó: "Ese maldito aparato anda mal o alguien lo adelantó".

Michonis que en silencio oía todo aquello, comprendió que el plan había fracasado y rápidamente salió a la tranquila calle para prevenir a sus amigos.

No había caminado dos minutos cuando se encontró con la falsa patrulla. De Batz detuvo la marcha al ver al inspector de prisiones. Este, hablando atropelladamente, le dijo lo que había visto. "Estamos perdidos", agregó De Batz con tristeza: "La mala suerte parece acompañarnos".

Entonces dando una contraorden a sus hombres se dirigieron hacia una oscura calle.

En aquel mismo momento, en su despacho de la calle Gramont, Duval conversaba con Tissot. Con su lógica clara, el banquero le hacía una exposición sobre los acontecimientos presentes y los planes futuros: "Como ve usted, nuestras intenciones para colaborar en un régimen de estructura democrática han fracasado con la derrota de los girondinos. Con Danton no podemos contar. Los rabiosos son unos locos. Robespierre aspira la dictadura. Quiero por esto unir nuestras fuerzas con los que combaten a la Convención hasta que surja un gobierno conveniente al cual podamos ofrecer nuestra colaboración. Al menos, esa es la opinión de Londres y yo la creo correcta. Así, pues, quiero que se ponga en contacto con el

barón De Batz lo más pronto posible. No tiene que darle muchas explicaciones, sino que queremos colaborar con él para ponerle fin a este estado de cosas. Creo que le recibirá con los brazos abiertos. ¿Logró hablar con Miranda? ¿Le dio mi recado?"

"Sí, señor, hablé con él, pero no quiso aceptar su sugerencia de irse a Inglaterra. Dice que eso está contra sus principios y sus intereses".

"Veo que va a ser difícil convencerle. En cambio, sus enemigos actuarán contra él cualquiera de estos días y la causa de la Libertad perderá uno de sus paladines. Será muy difícil reemplazarlo en nuestra tarea de libertar la América española. No hay dos Miranda".

XXVIII

"Nous sommes libres! Imitez nous!".
Hérault de Séchelles

El 5 de julio, como todas las mañanas, paseaba Miranda por el jardín de su casa de Menilmontant, cuando oyó la llegada de una patrulla. Mellisard llegó a prisa: "Un destacamento acaba de llegar. Tiene por misión custodiar la casa, pues se encuentra usted detenido".

Miranda comprobó lo dicho por el sirviente y seguidamente se puso a redactar una larga carta a la Convención, solicitando ser recibido en la barra para proclamar su inocencia ante la representación de la Nación.

Dos días después, por decisión del Comité de Seguridad General, fue conducido a la prisión de La Force. Era un día tormentoso y pesado de calor húmedo. Los gendarmes que lo acompañaban aseguraban que no había hecho un verano tan fuerte desde 1753.

La Force no era una prisión lúgubre como La Conciergerie y se respiraba un cierto aire de libertad entre los prisioneros. Desde un primer momento, Jean, el conserje, tuvo atenciones especiales con el venezolano. Entre los numerosos detenidos que caminaban por el patio de la cárcel, se encontraban también algunas damas. Alguien con cierta imaginación, posiblemente hubiese pensado más bien que aquello era un paseo, pues los romances y los coqueteos eran dignos del Jardín de Tuileries. Entre los presos, estaban algunos girondinos como Aquiles de Chatelet y Vergniaud, con quienes el venezolano pasaba largas horas conversando, aunque evitaba pronunciarse en cuestiones políticas. Consideraba que los girondinos habían cometido errores muy graves y aquél no era el sitio ni el momento para recordárselos.

El 13 de julio por la tarde, previa aprobación del Comité de Seguridad General, fue recibido Miranda en la barra de la Convención Nacional. Con elocuencia hizo su exposición, motivando que se violaba la Constitución por estar detenido por un crimen sobre el cual había probado ya su inocencia. Los legisladores le oyeron con atención, pero en absoluto silencio. Al regresar a la prisión, notó que por las calles que atravesaban había una gran agitación en la gente. Algunos gritaban y gesticulaban. Los guardias que le acompañaban se detuvieron a preguntar: "¡Han asesinado a Marat!" Este suceso tan inesperado tenía que agriar los ánimos y arreciar la persecución y la guerra civil.

En La Force se dirigió a la celda de Vergniaud que jugaba a los naipes con otros compañeros. Vergniaud empalideció. "Este crimen será nuestra sentencia de muerte. La Montaña buscará vengar la sangre de Marat con la nuestra". El conserje vino después para decirles que el autor del crimen era una muchacha de Caen que había venido expresamente a París con el fin de asesinar a Marat: "El Amigo del Pueblo, la recibió en su bañera, pues la joven alegaba que tenía una denuncia urgente que hacerle. Y la denuncia era un afilado puñal que le enterró directamente en el corazón. La Convención ha decretado funerales de héroes y su cuerpo será enterrado en el Panteón".

Frecuentemente recibía Miranda cartas de sus amistades y tam bién algunas visitas. Nicole vino varias veces para traerle frutas. Manon sólo una vez, desobedeciendo las instrucciones de su marido: "Después de la muerte de Marat, el terror ha crecido, hacen prisioneros por centenares. Nadie está seguro. Nadie quiere a los moderados. Mismo Danton ha salido del Comité de Salud Pública y mismo en la Convención no le hacen caso, en la Comuna gobiernan Hébert y Chaumette".

"Por mi parte, estoy harto", agregó Miranda, "tengo más de un mes de haber aparecido en la barra y nada me han contestado, estoy preparando por escrito una nueva protesta para reclamar mi libertad". "Creo que desvarías, Francisco. La situación no está para peticiones de ese tipo. Ya no hay ley. Hasta a Marie Pétion la pusieron presa en Sainte Pélagie siendo, como sabes, inocente. Con tus quejas lo que vas a conseguir es que te manden a la guillotina. La Legalidad ha pasado de moda, el miedo ha ocupado su lugar, hasta a Mlle. Jacob la pusieron presa, ¿te acuerdas?, la modista del Palais Royal. Dicen que era agente de Orléans. Tampoco lo creo. Yo casi no salgo a la calle, temo mismo que me vean". Fueron interrumpidos por la entrada de Montané, el ex-presidente del Tribunal Revolucionario, quien venía acompañado de Jean y dos carceleros más. Se veía demudado y no obstante haber pasado cerca de ellos. vía a la celda que le designaron, no los reconoció, tal era su aba timiento.

Cuando regresó Jean, Miranda le preguntó la causa de la prisión de Montané. "Le acusan de haber variado las respuestas dadas en

el interrogatorio por Charlotte Corday, la asesina de Marat, con el fin, según dicen, de beneficiarla haciéndola pasar por loca".

"Tú ves cómo están las cosas", agregó Manon cuando el carcelero se alejó. "Te pido que no solicites más un nuevo juicio. La guillotina te espera, te abrirá sus brazos si insistes tanto. Hazme caso. Ahora me voy. Es posible que no te vea por algún tiempo, pues temo por la suerte de nosotros. Cuídate mucho".

Por la tarde fue hasta la celda de Montané. Estaba solo, sentado cerca de una mesa que iluminaba un candil. Tenía la mirada perdida en la oscuridad. Los ojos enrojecidos: "Sí, es cierto que traté de salvar a Charlotte Corday, era tan bella y valiente que me pareció criminal no intentar algo para salvarla, pero fracasé y ahora me encuentro aquí. Alguien tuvo que delatarme, alguno de los jueces quizás, ahora hay pocos amigos. No creo que sea Fouquier-Tinville, pues éste le mandó a decir a mi mujer que no temiera que no me llamaría a juicio hasta que los acontecimientos políticos no tomaran otro rumbo. Pero la perspectiva de una larga prisión no me complace. He dejado mi hogar en la ruina, mi mujer y mi pequeña hija tendrán que irse a casa de mis suegros". El abatido juez le dijo que también había órdenes de prisión contra algunos generales. "El Tribunal tiene muchos procesos por realizar. Entre ellos, el del General Custine y el general Lecuyer, a quienes Robespierre quiere condenar a muerte. También se ventilará el juicio de la Reina y el de Orléans, a éstos quiere Hébert que también se les condene a muerte. El Tribunal ha dejado de ser libre para convertirse en un instrumento del terror. Menos mal que al menos no seré yo quien firme tantas condenas injustificadas".

XXIX

"J'ai promis la tête d'Antoinette, j'irai la couper moi-même si on tarde à me la donner".

Hébert

Rougeville se encontró con De Batz en su apartamento de la Cité. No estaba satisfecho con la exposición de su jefe: "No comprendo, barón, por qué los Frey no quieren salvar a la Reina, no hay más tiempo que perder". "Usted sabe que ellos no desean hacer algo que les pueda dar a los enemigos de la Reina cualquier pretexto para mandarla al cadalso. Una tentativa de rapto y su consecuente fracaso, sería enviarla a la muerte. Todavía no es segura su condena. Y dentro del Comité de Salud Pública hay algunos que piensan que ella viva les puede ser útil para negocia-

ciones con el enemigo. Parece que tal es la opinión de Robespierre, por esto es que no he querido contradecir a los Frey en su posición".

Rougeville quedó por un momento pensativo: "Entonces, como me prometiera usted una vez, si diferíamos sobre alguna materia de importancia, quiero ahora que me conceda completa libertad de acción para hacer lo que mi conciencia considere más conveniente. Pienso aprovecharme de mi amistad con Michonis, del que nadie todavía sospecha y que continúa como Inspector de Prisiones para lograr darle personalmente un mensaje a la Reina. Compraremos a los dos guardianes que la tienen a vista y el resto resultará fácil. Será la reimpresión de nuestra fallida tentativa en el Temple".

"Le repito, arriesgamos mucho. De todas maneras, está libre para hacer lo que le parezca. Le deseo muchos éxitos".

Chabot, por aquellos días, no cabía en gozo. Los Frey le prometieron el matrimonio con Léopoldine para los primeros días de octubre. Había cambiado bastante de conducta. Ya no se presentaba vestido de sans-culotte en los mercados ni le sacaban completamente borracho de las tabernas de los barrios populares. Trataba de darse los aires de un político de importancia visitando los Clubs o interviniendo en las discusiones de la Convención. Pero, la nariz roja y las venas saltadas en sus mejillas mostraban a las claras que el ex-capuchino sólo había cambiado el aguardiente popular por los vinos costosos de la bodega de sus cuñados.

Una tarde se acercó el barón De Batz insinuante. Le dijo: "¿Se recuerda, amigo Chabot, que hace algún tiempo me anunció que se iba a liquidar, por su proposición, la Compañía de Indias, a la cual usted y Delaunay calificaban de una intolerable especulación? ¿Qué ha pasado con ese proyecto?" "La liquidación fue propuesta y ha pasado al Comité de Finanzas, creo que la disolución ha sido aprobada, pero todavía no se ha anunciado oficialmente". "Escuche atentamente: unos amigos míos quisieran comprar las acciones de la Compañía que ahora no tienen ningún valor por estar a punto de liquidación. Ellos están decididos a pagar muy bien, pero muy bien, una ligera transformación en el texto del decreto, omitiendo la palabra liquidación, de manera que la Compañía no desaparezca..." "Pero es que el decreto y su texto han sido aprobados por la Convención, sólo la redacción definitiva queda en poder de la Comisión de Finanzas. No hay nada qué hacer".

De Batz sonrió. "Sí, lo sé, pero están tan interesados esos amigos míos que sería una lástima no poder complacerles. Tan sólo se trata de omitir una palabrita y quizás poner otra, como por ejemplo que la Compañía se liquidará... cuando lo decidan sus accionistas, como decía originalmente el acta constitutiva de la misma. No es difícil y quizás nadie se dará cuenta del cambio. Además sus compañeros forman parte del Comité; allí están Delaunay, Fabre D'Eglantine, Basire. Todos de confianza. Para comenzar, mis amigos estarían dispuestos a ofrecerles cien mil libras para cada uno de

ustedes. Y luego una participación mensual en los dividendos de la Compañía. ¡Cien mil libras, Chabot, toda una fortuna! Y tan sólo con cambiar unas palabritas..."

Chabot parecía anonadado por la propuesta. Era una suma enorme a la cual resultaba difícil resistir. Entonces dijo: "Esta misma noche hablaré por separado con mis amigos". "Cuando vea a Fabre felicítelo de mi parte porque he visto su nuevo Calendario Revolucionario que aprobará la Convención y me parece todo un poema. Los viejos y pesados nombres de los meses serán transformados por otros más evocativos: Germinal, Floreal, Brumario, buena tarea la de Fabre".

Chabot, consultando la hora, salió rápidamente sin despedirse de su visitante. De Batz comprendió que la falsificación del decreto era un hecho. Soltó una carcajada.

Emmanuel Frey que escuchaba la conversación, entró frotándose las manos. "Una vez que estos hombres hayan falsificado el decreto, los denunciaremos como convenimos y el escándalo será mayúsculo. El pueblo se dará cuenta de que sus conductores son unos vulgares bribones, dispuestos a venderse al mejor postor. Aunque tan pronto salga a luz este asunto, debemos escaparnos a Suiza, pues nos perjudicará la investigación que se haga, a pesar de que oficialmente en ello nada tenemos que ver. Por ahora empezaremos a repartir las invitaciones para el matrimonio. Dos amigos de Chabot vendrán a festejar su matrimonio con una ramera ex-querida del archienemigo de Francia, el Emperador de Austria y después cuando se sepa que ella no es nuestra hermana y que ni siquiera nos llamamos Frey, sino Shrônfeld, el estupor va a ser espectacular. Es la mayor burla imaginable contra la Revolución. Luego, cuando pasen algunos días de luna de miel, efectuaremos la denuncia".

Rougeville, actuando por su parte como había convenido con De Batz, convenció a Michonis para que le llevase a ver a María Antonieta en su vigilada celda de la Conciergerie. El 2 de setiembre fue el día señalado. El incansable conspirador preparó una cartita con letra minúscula sobre papel de seda que introdujo con gran habilidad en un clavel rojo y acercándose a un espejo se lo colocó en el ojal de su elegante levita.

Luego se encontró en una de las oficinas de la Comuna con Michonis, quien hablaba con Lavasseur, éste estaba acompañado de su mujer y se disponían a salir. Rougeville, que le gustaban las chanzas, se acercó a la alarmada Manon que no sabía qué hacer y con desenvoltura le besó la mano. Media hora después, entraban en la lóbrega prisión. Les esperaba Richard acompañado de su mujer y una de las sirvientas que ayudaban a la Reina. Michonis hizo las preguntas de costumbre y se informó sobre los nuevos presos. Después dijo: "Vamos a ver a la Viuda Capeto". Al caminar por el oscuro corredor, Rougeville que le seguía, pensó: "¿Me reconocerá ella, comprenderá mi propósito?" Eran segundos muy difíciles en los que tenía que emplear toda su sangre fría y usar las

habilidades de un prestidigitador. Los gendarmes de guardia abrieron la pesada puerta. Rougeville quedó asombrado del aspecto que ofrecía María Antonieta, con su humilde traje negro de viuda, los cabellos blancos, los ojos hinchados y ojerosos. Era difícil pensar que aquella había sido la bella Reina del Rococó, la de los palacios dorados y las fiestas de ensueño. La celda era pequeña y húmeda. Por todo mueble, una cama, una silla, una mesa, una paraván y una pequeña estufa. Michonis le dio noticias de sus hijos encerrados en Le Temple. En un momento determinado, ella se fijó en Rougeville. Empalideció, le había reconocido. Pero no dejó traslucir su emoción. Este le señaló el clavel de su hojal y guiñó un ojo en señal de entendimiento. Cuando Michonis y el conserje examinaban la ventana por donde se filtraba el agua, aprovechó para lanzar la flor detrás de la estufa, con una rapidez tal que los dos guardianes no se dieron cuenta de ello. Cuando entró la sirvienta, Michonis y el conserje le pidieron que colocara una manta en la pared para contrarrestar la excesiva humedad. Rougeville, en voz baja dijo: "Registre el clavel. La salvaré". Una vez terminada la visita, salieron todos. Michonis a continuar su inspección hacia el patio de las mujeres y Rougeville, con paso rápido a su escondite.

María Antonieta no sabía qué hacer para alejar al guardia Gilbert que era el único que en esos momentos la vigilaba. Entonces le llamó: "Por favor, dígale al inspector Michonis que está allí", dijo señalando hacia el patio, "que antes de irse venga a verme pues tengo que darle una queja en relación a mi comida". El soldado salió. Entonces ella recogió el clavel y cubriéndose con el paraván, sacó con avidez el papel. Este decía: "Mi protectora: Yo nunca os olvidaré, busco por todos los medios demostrarle mi fidelidad. Pronto regresaré con tres o cuatrocientos luises para los guardias. No será difícil ganarlos. Por lo pronto trate de ser amistosa con ellos. De resto me ocuparé yo". La Reina rompió en mil pedazos el papel y cogiendo un alfiler, ya que carecía de lápiz, escribió una respuesta haciendo pequeños puntitos. Pensó un rato. Estaba nerviosa y quería terminar pronto. Llamó a Gilbert: "Monsieur Gilbert, mire cómo tiemblo. Ese que acaba de venir con Monsieur Michonis es un caballero de Saint-Louis quien me es completamente fiel y quiere salvarme. Me trajo un mensaje y ésta es mi respuesta. Entréguesela, pues a lo mejor no se ha ido. Usted es bueno y comprensivo y sé que no me traicionará, de lo contrario estaría perdida..."

El gendarme quedó por unos momentos atónito. No sabía qué hacer. Entonces tomó el papel de las manos temblorosas de María Antonieta y salió. Dudó unos instantes en el pasadizo y se dirigió hacia la entrada donde encontró a la mujer del conserje informándole todo. En esos momentos, regresaba Michonis. El Inspector tomó el papelito y lo miró contra la luz y con indiferencia repuso: "No entiendo nada. Esa mujer está loca, no hay que hacerle mucho caso".

Pero Gilbert pensó de otra manera e informó a su superior y éste al Tribunal Revolucionario. Al día siguiente, Michonis era encerrado en La Conciergerie, no lejos del calabozo de María Antonieta, y tal como había previsto el barón De Batz, este fracaso iba a acelerar el proceso de la Reina y su condena a muerte.

Por su parte, Chabot, que había contado los días para su matrimonio, lo celebró con un boato digno de la época de la aristocracia. Como siempre, bebió más de la cuenta y sus amigos tuvieron que llevarle cargado a la cama nupcial. Cuando el último invitado se había marchado, el barón sacó de su levita un documento que mostró a los hermanos Frey. "Aquí está el decreto que se publicará mañana por la noche con todas las alteraciones que queríamos. Ningún convencional se ha dado cuenta hasta los momentos". Julius, con el rostro congestionado por la emoción, no pudo dejar de decir: "¡Excelente!, mañana temprano iremos a la Bolsa y compraremos todas las acciones de la Compañía de Indias por una miseria y dentro de una semana las venderemos a precio de oro y nos ganaremos una verdadera fortuna, entonces denunciaremos la falsificación y nos iremos a Suiza". A pesar de que el barón no quedó complacido con el giro espectaculador que había tomado el asunto, no pudo agregar nada. Al fin y al cabo, su misión en este caso terminaba allí.

XXX

"La guillotine fait tout, c'est elle qui gouverne".
Barrère

Miranda no recibía respuesta del Comité de Seguridad General, pensaba que le habían olvidado. Para matar el tiempo, se reunía con los girondinos allí detenidos. Hablaban de todos los tópicos. A veces ellos caían en el más negro pesimismo. Una mañana dijo Vergniaud: "Encontraron hoy muerto envenenado a Duchatelet, fue más afortunado que nosotros. Así haría un romano".

El venezolano, escuchando aquellas conversaciones, pensaba: "La Revolución ha perdido la cabeza. Estos hombres que hasta ayer eran ejemplos de virtud e ídolos del pueblo son hoy unos prisioneros más, condenados al desprecio público". Hablaban del guillotinamiento de la Reina, cuando un ujier del Tribunal se presentó, con el conserje Jean y unos gendarmes para trasladarlos a La Conciergerie. Iba a comenzar el proceso de los girondinos. Vergniaud, con una triste sonrisa, le dijo a Miranda: "Quédese con los libros que le presté, ya no los necesitaré más. Sé bien lo que nos espera".

Miranda regresó a su celda y empezó a preparar una nueva solicitud de libertad. "No comprendo por qué no me contesta esa gente si soy inocente". Y se puso a consultar la obra de Plutarco para hacer algunas citas en su defensa. Un carcelero llegó para decirle que tenía dos visitas separadas que le esperaban en el locutorio. "¿Quiénes podrán ser? Ahora las visitas son tan escasas". Y vio a Nicole y a Roger que le esperaban. A la primera, le hizo una señal con la mano como diciendo que esperara y se sentó al lado del empleado de M. Duval. "Estamos asombrados que usted esté todavía vivo. M. Duval ve con pesimismo su futuro. Al Mariscal de Custine lo han guillotinado sin pruebas en su contra. A Orléans, quien está preso, le espera sin lugar a dudas la misma suerte acusado de aspirar al trono. La mayoría de sus amigos han desaparecido del mapa. Usted se encuentra solo y no creemos prudente que siga insistiendo en probar su inocencia. Hasta este momento la guillotina parece ignorarlo, o se burla de usted, no hay que insistir más".

"Será la primera vez que una mujer se burla de mí, digo mujer porque ahora llaman Louison al aparato del Dr. Guillotin. Parece que tiene muchos admiradores y pretendientes", agregó Miranda haciendo uso de un humor macabro. "Aunque yo no me cuento en ese número, a menos que el Comité me obligue a realizar un matrimonio a la fuerza".

"Sabemos que usted se siente asistido de su inocencia, pero en estos cuatro meses de detención las cosas han cambiado mucho y a los inocentes se les condena simplemente por sospechosos, mismo sin pruebas. La mayor acusación contra Orléans, en verdad, es haber sido el padre del hijo que se escapó con Dumouriez. A la Reina se le guillotinó por esposa del Rey. A Custine, hijo, se le procesa por ser también hijo de su padre. En el concepto vigente de la ley la simple presunción es un crimen. Le voy a hacer llegar la reciente «Ley de Sospechosos», allí se dará cuenta que en nada exagero. El Tribunal Revolucionario es un instrumento de la política jacobina, de todas maneras le traigo esto...", y mirando a su alrededor el joven le entregó un frasquito: "Esto se lo manda M. Duval, es un veneno muy activo preparado por el Dr. Cabanis que mata rápidamente, eso le evitaría la vergüenza de ir a la guillotina". Miranda lo escondió rápidamente en su bolsillo. Roger continuó: "También quiero entregarle estas cartas de Venezuela, nos llegaron de Londres hace unos días. Mr. Turnbull dice que cuente siempre con él. Eso sí, me parece que estas cartas debe quemarlas tan pronto las lea, están en español y en inglés y como registran las celdas pueden imaginarse que mantiene con el extranjero correspondencia peligrosa. Ahora todo es posible".

Al irse Roger, Miranda se acercó a Nicole. Esta, tomándole de las manos, le dijo: "Me haces una falta terrible, Francisco, me gustaría verte con frecuencia, pero es difícil obtener permisos de visitas. Tissot los consigue en el Tribunal, pero no le gusta abusar. Su

posición es muy incómoda, pues desearía renunciar y Duplay no quiere, dice que mi marido le da un aire de imparcial respetabilidad al jurado. El se afectó mucho cuando tuvo que condenar a la Reina y ahora que se inicia el proceso de los girondinos, ya sabe la suerte que les espera. El Tribunal ha cambiado mucho desde que compareciste ante él. Le doy gracias al cielo que pudiste salir con vida. Voy todos los domingos a Notre Dame a rezar por ti, pero pronto no podré ir más porque los rabiosos planean cerrar los templos al culto católico y establecer en su lugar la Diosa Razón. Francia está loca. ¿No temes nada?". "Mira, Nicole, yo soy como los árabes, creo que uno no se muere la víspera. Pero no hablemos tanto de muerte, ya estoy cansado de tanto oírla nombrar. Dime, ¿cómo está la vida de París, el Palais Royal, las calles, los sitios públicos?".

Un guardián se acercó. "Ciudadana, sólo le quedan cinco minutos, pronto se terminarán las visitas". "Para terminar, te diré, Francisco, que París aparentemente sigue siendo París, los cafés llenos, los restaurantes también y los teatros. Pero, el espíritu no es el mismo. ¿Recuerdas cómo antes la gente se expresaba abiertamente dando sus opiniones? Ahora no es así. Se nota una total ausencia de animación, no hablan sino de cosas superficiales, del tiempo, de las enfermedades. Nadie se atreve a opinar, pues todos tienen miedo. Una simple crítica puede ser causa de una denuncia y, como comprende, nadie quiere verse comprometido".

En esto se acercó de nuevo el guardián dando por terminada la visita. Nicole se levantó con desgano. "Hasta pronto, Francisco. ¿No quieres nada especial que te traiga la próximo vez?". "Sí, cualquier libro de viajes y aventuras, eso me distraerá".

Aquella misma tarde y después de mucho tiempo de ausencia, se presentó Danton en casa de los Lavasseur. Se veía muy preocupado y a pesar de no haber perdido su arrogancia, se le notaba más comedido: "Ustedes no se imaginan lo que sucede. El Comité de Salud Pública ha recibido esta mañana una denuncia anónima contra Chabot, Basire, Delaunay y Fabre. Se les acusa de haber falsificado un decreto de la Convención disolviendo la Compañía de Indias. Es muy grave. Por los momentos, se va a comenzar una investigación discreta para saber la certeza del anónimo, pues de comprobarse esto, la Representación Nacional se llenará de lodo, y todos saldremos manchados. Especialmente yo, todo el mundo sabe que ellos han sido mis amigos y colaboradores, especialmente Fabre. No sé quién puede estar detrás de todo esto, comienzo a creer en lo que afirma Robespierre que estamos infiltrados de agentes del extranjero que quieren envilecer la Revolución, comprando voluntades. También puede ser que en toda esta trama se busque herirme a mí, comenzando con mis colaboradores, sembrando la sospecha pública para luego, cuando vean el campo preparado, atacarme abiertamente. Ahora todo lo creo".

"¿Y este asunto es tan grave así?", repuso Manon. "¿No serán invenciones?". "Eso es lo peor, amigos míos. Yo leí el proyecto del decreto aprobado por la Convención y el definitivo salido del Comité de Finanzas, hay una diferencia evidente. No me explico cuál es el motivo por el cual Robespierre, que debe estar al tanto de todo, no ha querido todavía develarlo públicamente. Algo está tramando y como les dije, presiento que es contra mí, pero considera que el momento oportuno no ha llegado". Lavasseur intrigado preguntó a su vez: "¿Y por qué motivo habría Robespierre de esperar el momento oportuno? No comprendo". "Sencillamente, mis amigos, porque necesita de mí y de mis compañeros ahora que prepara su campaña contra los rabiosos. Necesita unir fuerzas para desembarazarse de esos locos que tratan de instaurar el Culto de la Razón y que han llevado la Revolución a extremos ridículos. Por esto, creo que Robespierre permanece silencioso, en otra oportunidad hubiese corrido a la Convención y denunciado el asunto en un encendido discurso. Tal es la verdad que me ha venido surgiendo claramente en mi cabeza".

Manon se dio cuenta que el tribuno ya no pisaba en terreno firme. Lavasseur agregó: "Tiene razón, esa cautela de Robespierre es harto sospechosa y sus observaciones concuerdan con las mías. Desea desalojar a los rabiosos de la Comuna para colocar en ella a sus partidarios, pues como bien usted sabe, el que domina la Comuna, domina a París. Pareciera que está preparando una jugada de ajedrez".

Danton le miró con atención y agregó: "Pero tampoco yo estoy paralítico para dejarlo jugar solo, tengo más coraje que él que es un eunuco envidioso. Veremos qué resulta de estas investigaciones".

Cuando una hora más tarde se marchó Danton, quedaron los dos en silencio. De pronto Manon dijo: "Tengo una premonición que me asalta constantemente y es que siento que algo malo nos va a ocurrir. ¿No crees que sería mejor renunciar a tu cargo en el Ayuntamiento y marcharnos a Boulogne?... Vas a pensar que estoy volviéndome loca, pero vi alrededor del cuerpo de Danton una especie de aureola negra. Cuando era niña, una vidente me dijo que ésta era un signo de muerte y de desgracia. He visto algunos con esa aureola y no me he equivocado". "Ahora te la pasas con esas cosas, aunque en verdad no se necesita ser vidente para predecir que nos esperan momentos muy difíciles. Me gustaría dejar mi cargo e irme un par de años fuera de París, a esperar que pase la tempestad. ¿Pero cómo hago? El simple hecho de dejar un cargo de responsabilidad lo muestra a uno como sospechoso y en lugar de ir a Boulogne, me mandarían a la cárcel. Tendría para ello que tener una excusa de mucho peso. Quizás para principios de año podría pedir un permiso alegando cansancio y luego irlo prorrogando, pero en todo caso no sería ahora".

"No me parece que deberíamos esperar, Georges, no tienes apoyo político, fíjate Danton, con quien tanto contabas, está a la defensiva,

ya la gente no ayuda a los otros, tratan más bien de pasar desapercibidos".

Lavasseur se levantó y fue hasta un armario donde sacó un frasco de cognac y un vaso. Luego de tomar un poco dijo: "Dos cosas se interponen a tu proyecto, la primera es que me den el permiso y la segunda, también muy importante, el dinero". "Sé bien que el dinero es lo que más te ha preocupado, pero en lo que va de año he hecho muy pocos gastos, más bien he ahorrado más de lo que te imaginas. Tengo también joyas que podría vender, algunas de ellas de gran valor. De esta manera, viviríamos decentemente en cualquier ciudad de provincia. En cuanto al permiso, no creo que Pache, a pesar de su carácter poco inclinado a prestar favores, te lo negará si escoges el momento más propicio. Entonces nos iremos a Boulogne, allí tengo muchas amistades, entre ellas a varios médicos que se prestarían con agrado a darte certificados de mala salud de manera de ir alargando nuestra estadía. ¿Qué te parece?".

Lavasseur se quedó pensativo. "Bueno, esa es en realidad una solución y en el caso de que Pache se niegue a darme ese descanso, estoy ahora decidido a irnos de todas maneras, pero no podríamos hacerlo antes de mediados de enero, ahora tengo mucho trabajo y Chaumette prepara la transformación de las iglesias y debemos ocuparnos de ello. Mientras tanto, puedes ir vendiendo discretamente algunas cosas. Más tarde despediremos la sirvienta y si no me dan el permiso, nos marcharemos. Pero no a Boulogne donde todo el mundo nos conoce, sino hacia la Bretagne, a pasarnos al campo de los insurrectos. Es muy peligrosa la idea, no me hago ilusiones, nos expondríamos al castigo máximo, pero esta solución sería sólo en último caso. Mientras tanto, trataré de ganarme la benevolencia de Pache y desde ahora comenzaré a quejarme de mi salud. Ahora, dime una cosa, ¿qué te ha hecho tomar esta rápida determinación?". "No ha sido una rápida determinación, como te dije, hace ya tiempo que la angustia se apodera de mí. Ya no respetan la vida de las mujeres ni su libertad. Marie Pétion está presa, juzgan a Madame Roland, la Reina fue guillotinada, lo mismo Madame Dubarry. Vivir en París es un peligro constante y temo que algún día llegará nuestro turno, por eso prefiero irme, no importa de la manera que sea. Así es que cuento con que me saques pronto de este horror".

XXXI

"La douce guillotine
Aux attraits séduisants".

Chants révolutionnaires et populaires

Los días finales del año noventa y tres fueron húmedos y ventosos. Nicole, siguiendo las instrucciones de su marido, fue hasta la casa de Robespierre a llevarle una carta a M. Duplay donde le exponía su intención de renunciar al cargo de jurado. Cuando pasaba por la rue Saint Honoré vio una gran cantidad de gente que esperaba el paso de las carretas de los condenados a muerte. Cuando llegaba al portal, una gritería ensordecedora le anunció que éstos ya se aproximaban. Las imprecaciones y los insultos salían de las gargantas con una furia asombrosa. "No sé cómo las pueden tratar así, cuando esas personas no les han hecho nada personalmente", pensaba Nicole, mientras volteaba para ver. La carreta, rodeada de soldados, transportaba a cuatro condenados que tenían los cabellos recortados y las manos atadas en las espaldas. A pesar del frío intenso, estaban en camisa. "¡A la guillotina!," rugió una vieja desdentada mostrándoles el puño.

Nicole entró en casa del carpintero sintiendo compasión por aquellos hombres. Duplay abandonó su trabajo y leyó la carta de Tissot. Al terminar, se quitó los espejuelos y dijo: "Por favor, Madame, dígale a mi amigo Tissot que no renuncie. Necesitamos hombres probos como él para castigar a los enemigos de la Revolución. Yo mismo acabo de aceptar el cargo de jurado y tan pronto termine un trabajo que estoy haciendo me incorporaré al Tribunal Revolucionario. Así es que seremos compañeros. Me dice que ha descuidado su negocio, no importa yo descuidaré también el mío al servicio de la Patria".

Nicole comprendió que el carpintero no deseaba la renuncia de su marido y regresó a la casa. Los comerciantes habían vuelto abrir sus tiendas que momentáneamente habían cerrado al paso de los condenados, ya que muchos ladrones acostumbraban a robarles aprovechándose de la distracción. Pasó frente a una librería y vio exhibidos "Les Voyages du Capitaine Coock" en dos volúmenes. Entró y se los compró para Miranda. "Sé que a Francisco le gustará la obra, tiene grabados muy bonitos".

Cuando escuchó la respuesta que le enviaba a decir Duplay, Tissot, evidentemente molesto, respondió: "Esto era lo que me faltaba, ahora tengo que seguir siendo jurado contra mi voluntad. No quiero continuar en un cargo en el cual no soy libre de expresar mi opinión, ya que son los comités quienes se encargan de juzgar de antemano a los acusados. Y lo peor es que no puedo renunciar sin antes tener la aprobación de Duplay quien fue el que me

propuso, pues podrá ver mi decisión como un acto inamistoso y ahora él es un hombre influyente dada la intimidad con su inquilino".

Se levantó del asiento y se fue a la ventana, quedándose mirando un rato mientras se rascaba la cabeza. "En fin, tendré que resignarme. ¿Esos libros son para Miranda?". "Sí, me pidió la última vez que lo vi que le llevara publicaciones relacionadas con viajes y aventuras. Eso le hace escapar su mente de la cárcel". "Precisamente, aquí tienes un permiso de Fouquier para que lo visites, quiero que le digas que es muy posible que en los primeros días de enero lo trasladen a otra prisión, así están haciendo ahora. Sacan los prisioneros de un lugar para meterlos en otro. Es bueno que se lo adviertas para que no vaya a sorprenderlo".

Nicole no se hizo rogar dos veces. Pocos minutos después entraba en La Force. Miranda recibió el regalo y la escuchó pacientemente, pues ya empezaba a cansarse con tantos consejos de prudencia. Lo único que le desagradó fue cuando supo la posibilidad de un traslado a otra prisión: "Esto sí es un inconveniente, ya me había acostumbrado aquí que es una cárcel hecha especialmente para lo que es, en cambio muchas otras son improvisadas, con todas las incomodidades posibles. Ahora bien, este cambio demuestra que no se han olvidado del todo de mí". La respuesta entristeció a Nicole, pues comprendía que el venezolano seguiría insistiendo con sus protestas".

Terminado el almuerzo, Miranda decidió pasear por el gran patio, como lo hacía con frecuencia, a fin de recoger algún reflejo de pálido sol o descubrir una cara conocida. Allí, por algún rato, permitían reunirse los dos sexos, lo que contribuía a animar el ambiente. Fue entonces, para su sorpresa, que vio a Marie Pétion.

"¡Marie!, no sabía que estuviese aquí". "Sí", dijo ella sonriendo con tristeza, "tengo dos meses presa. Estuve en Sainte Pélagie y ayer me trasladaron aquí. Mi vida ha sido un calvario. Después de aplicada la Ley de Sospechosos, me mantuvieron encerrada en casa por un par de semanas y luego a la cárcel, donde he pasado todo tipo de incomodidades y sufrimientos. Creo que me llevarán uno de estos días ante el Tribunal como hicieron con Madame Roland, simplemente por ser la esposa de su marido". Miranda trató de darle ánimos. "Esa comparación es falsa. Madame Roland era el alma del partido girondino, era una mujer de gran actividad política que tomaba decisiones de importancia y su esposo en el Ministerio del Interior no hacía, como bien sabes, sino seguir sus consejos. En cambio, nadie ha pensado jamás en que tú manejabas a Pétion, tuviste siempre una actitud discreta, no creo que debas temer nada, lo que pasa es que te tienen como rehén, ya que tu marido anda huyendo por el interior". "Me informaron, Francisco, que ya no está vivo. Me aseguraron que encontraron su cadáver en un bosque, casi completamente devorado por los lobos cuando trataba de huir de sus perseguidores". Miranda quedó sorprendido con la inesperada noticia. "En verdad, nada sabía... cuánto lo siento,

pero puedes contar conmigo. Aquí tienes una bolsa con dinero suficiente para tus necesidades más inminentes. La mujer del conserje Jean, es una persona amable y puede comprarte afuera lo que necesites. Acuérdate que una vez en Menilmontant te dije que estaba a tu disposición para cualquier emergencia". Marie le tomó las manos con emoción. "Te agradezco con todo mi corazón, ya que ni siquiera puedo sacar nada de mi casa, la sellaron y sólo me dejaron traer una pequeña maleta con algunas pocas cosas y muy escaso dinero".

Como la viera tan triste y decaída, Miranda fue a hablar con el conserje para ver si éste le permitía cenar con ella, en forma excepcional, en su celda. Como éste consintiese, le encargó unas ostras y paté de Strasbourg con vino de Chablis. Miranda tenía la filosofía que en la desgracia era mejor gozar de la vida, de manera que aquélla se sintiese menos. Cuando comían en la pequeña mesa iluminada por velas, Marie sonrió por la primera vez en el día y dijo: "¿Te acuerdas del álbum de flores que olvidaste de enseñarme?" "Sí, como que si lo recuerdo, pues nunca existió, sólo deseaba una flor y esa eras tú..." Marie lo miró con afecto.

A mediados de enero, cuando menos lo esperaba, recibió Miranda la orden de ser trasladado a Les Madelonettes, prisión que gozaba fama de ser sombría y triste, ya que había sido un antiguo convento de monjas semiclaustradas. Apenas tuvo tiempo de despedirse de Marie, dejándole otra cantidad de dinero para cubrir sus gastos: "Un señor Roger te visitará de vez en cuando, te traerá noticias mías y te entregará de mi parte una ayuda. Cualquier otra cosa que necesites me lo harás saber con él".

XXXII

"Vivre est-il donc si doux?"

André Chénier

Por esos mismos días de enero de 1794, Lavasseur se dio cuenta que Pache estaba en dificultades y le veía gruñón e irritable. Un par de veces le negó el permiso solicitado. Entonces, contra todo posible riesgo, éste decidió huir... Tenían todo preparado y en una berlina negra salieron de París en busca de refugio seguro, hacia las insurreccionadas provincias de La Vandée. Habían logrado contratar un cochero a quien conocían hacía mucho tiempo y el cual tenía la ventaja de ser originario de La Bretagne. Su objetivo era llevar hasta los alrededores de Le Mans, donde se encontraban las avanzadas de los insurrectos. La principal dificultad que se les presentaba era la manera de atravesar por medio de las fuerzas

republicanas por algún paraje desguarnecido y llegar hasta los monarquistas sin levantar en el trayecto la menor sospecha.

En cada poblado tenían que identificarse, lo que no resultaba difícil teniendo Lavasseur toda clase de certificados, sólo le faltaba el permiso del Comité de Salud Pública para poder acercarse a zonas de guerra y en cuanto a su ausencia, no se darían cuenta antes de cuatro o cinco días, pues se imaginarían en la Comuna que estaba enfermo, tiempo éste suficiente para cruzar las líneas. Sabía que se podían encontrar muchos pasajes desguarnecidos, ya que el ejército republicano penetraba en Bretaña por puntas de lanza, buscando las principales ciudades, como Nantes o los lugares estratégicos sobre el Loire.

En algunos sectores del camino, vieron colgados campesinos vandeanos, para que sirvieran de escarmiento a sus camaradas. Las tropas republicanas marchaban en grupos compactos evitando así una emboscada, las guadañas de los insurrectos eran efectivas en los cuellos de los soldados desprevenidos.

Manon llevaba algunas joyas ocultas en sus enaguas, resto de las que tenía antes de comenzar a venderlas. En una posada más allá de Le Mans, un militar que se encontraba en la misma mesa que ellos, se sorprendió cuando los Lavasseur le dijeron que pensaban continuar el camino. "Mucho cuidado, ciudadano, no sé para dónde piensan ir ustedes, pero de aquí en adelante casi todas las poblaciones están tomadas por el ejército y más allá es un peligroso campo de batalla, no les aconsejo acercarse mucho a la línea de fuego, pues los vandeanos asesinan sin piedad a los republicanos".

Manon no pudo dormir aquella noche, presa de la angustia. Al siguiente día continuaron el camino bajo una lluvia incesante que embarrealaba las ruedas del coche y hacía la ruta dificultosa y lenta. De pronto, a la entrada de un poblado, una patrulla les detuvo. Un capitán se acercó a la ventanilla del vehículo y después de saludar cortésmente, dijo: "Ciudadanos, de aquí no pueden seguir, estamos muy cerca del enemigo".

Al examinar los papeles que le entregó Lavasseur al oficial, le pareció extraño encontrar a un empleado de la Comuna de París, por aquellos intransitables lugares. Ante la insistencia de los viajeros, el militar no quiso tomar por sí solo la responsabilidad de dejarlos continuar la ruta. "Vamos a aquella casa grande que está allí, es una especie de cuartel general donde nos alojamos. Allí se encuentra el Comisario responsable de este pueblo. El y no yo es el que puede decidir sobre este asunto". Dilficultosamente pudo Manon llegar hasta aquel sitio, pues el barro trataba de arrancarle las zapatillas azulosas. El comisario que se decía representante de la Convención y usaba cucarda tricolor en su bicornio, les recibió con brusquedad. Después de echarle un rápido vistazo a los papeles, dijo con voz grave: "Ustedes no pueden seguir antes que se reciba una autorización de París. Ya desde aquí es zona de guerra y la gente no puede transitar como le dé la gana. Además no veo el interés de

la Comuna en comisionarlos por estos lugares. Enviaré un correo urgente a París y dentro de pocos días tendremos la respuesta. Pueden alojarse en una habitación de esta casa, no hay otro lugar más cómodo". Manon trató de suplicar. "No insista, ciudadana, hay que cumplir las disposiciones".

Entonces, el capitán, con mucha cortesía, les llevó hasta una espaciosa habitación. "Aquí se alojarán hasta que regrese el correo. Cualquier cosa que necesiten me lo avisan, soy el Capitán Aubert, Una muchacha vendrá para hacer la limpieza y traer la comida".

El militar les hacía compañía con cierta frecuencia. Casualmente resultó que era proveniente de un pueblo cercano a Boulogne, no lejos de donde había nacido Manon. Una relación más cordial nació entonces entre el Capitán Aubert y los fugitivos. Ella pronto se dio cuenta que no era del todo indiferente a su guardián. Entonces decidió hacer uso de sus encantos y su coquetería, de la que era maestra, para ganar su benevolencia.

Aprovechando las oportunidades en que se encontraban solos, ya que Lavasseur paseaba por los alrededores del pueblo para matar el tedio, Manon fue poco a poco dándole a entender lo que se proponían con aquel extraño viaje. Aubert no pareció sorprenderse: "Me lo sospechaba desde el primer momento. Ya algunos han tratado de hacer lo mismo, con suertes diversas..." "Déjenos continuar, Capitán, usted no nos puede hacer esto: Mi corazón me dice que es usted bueno y generoso. Si nos retiene aquí podríamos ser condenados a muerte. ¿Le gustaría que me mataran? Yo le tengo horror a la muerte, no me haga mal". Aubert se encontraba en una difícil situación y era hombre que por educación no le gustaba decirle no a las mujeres. Trató de defenderse: "Señora, si fuera por mi parte, no tendría objecciones, pero no soy el Comisario, él es hombre inflexible y con poder absoluto, mismo sobre el ejército si fuera necesario. No veo cómo podría solucionarles este problema... si al menos él se ausentara". Manon sintió que alguien se acercaba y entonces le dijo en voz baja: "Tengo un plan excelente, se lo explicaré esta noche, cuando todos descansen pasaré por su dormitorio"

El silencio reinaba en la vieja casa. Lavasseur dormía profundamente. Manon, sin hacer el menor ruido, se puso una bella bata y se dirigió a la habitación del Capitán. La palmatoria que llevaba en la mano hacía surgir sombras amenazantes en el pasadizo Tocó a la puerta con los nudillos de los dedos. Aubert la dejó entrar. Haciendo un señal de silencio, dijo: "Mucho cuidado con hacer ruido, el comisario duerme en la habitación de al lado y en la madrugada se levantará temprano para hacer una inspección en unas aldeas cercanas donde dicen que algunos campesinos se han negado a suministrar alimentos a las tropas republicanas". Manon colocó la palmatoria sobre una mesa y se sentó al lado del oficial. El descote de su camisón le hizo turbar la mirada y ruborizó un poco. "Entonces la suerte está de nuestro lado. Estando ausente mañana el comisario, usted permitirá nuestra partida. Como no

somos oficialmente detenidos, no tiene por qué guardarnos a vista. Podría, por ejemplo, pasar revista a sus soldados, momentos éstos que aprovecharíamos para marcharnos. Cuando regrese ese cuervo de Comisario, ya habremos llegado al otro lado". "No sé, señora, tengo mis dudas, sería actuar contra mi deber..." Manon, entonces más insinuante, agregó: "No sería actuar contra su deber, sino salvar a una mujer y usted es un caballero. No me equivoqué cuando le vi. Mi corazón me dice que puedo contar con su generosidad". Y mirando de los lados, agregó: "Hace tanto frío en este cuarto, ¿me podría prestar una manta? No creo que pueda dormir esta noche con los nervios que tengo". Sin esperar una respuesta, fue hasta la cama y se acostó en ella cubriéndose con la cobertura. Sus ojos hablaban. El Capitán, incapaz de resistir, se le acercó.

Temprano, cuando la luz de la mañana no había aparecido en el cielo gris, salía la berlina negra con Manon y su marido. Ese se había dado cuenta que su mujer no había dormido a su lado y se supuso el precio que ella había pagado por la tolerancia del militar, pero permaneció silencioso. Pensaba en el destino de la Revolución, en los tiempos pasados cuando su casa era un elegante centro de reunión. En cambio, Manon, medio dormida, recordaba la noche pasada. "El pobre Capitán no es un mal tipo, ojalá que su condescendencia no le vaya a traer serios problemas, en otras circunstancias me hubiese gustado, aunque es muy impetuoso, le falta el encanto del hombre de mundo".

El coche saltaba por los baches molestando a los viajeros. El cochero iba a una velocidad excesiva para el mal estado de la ruta. Entonces comenzó a llover con viento. De pronto se detuvo la berlina. El cochero descendió y examinó las ruedas. "¿Qué sucede?", preguntó Lavasseur desde la ventanilla. "Una rueda que se ha aflojado con tantos huecos. Voy a apretar más los tornillos. Mientras el hombre, lleno de agua, hacía la reparación el tiempo pasaba. Cuando al fin éste terminó la reparación, se vio a lo lejos, por el camino donde habían venido, un destacamento de soldados a caballo. El corazón de Manon latió velozmente: "¡Esos nos vienen a buscar, estamos perdidos!" Pronto llegaron hasta el carruaje y el sargento que les comandaba ordenó al cochero que regresara al pueblo. Manon, con los ojos llenos de lágrimas miró por la ventanilla al paisaje húmedo. Una paloma gris que estaba a orillas del camino, voló apresuradamente.

XXXIII

"Batz, ci-devant baron et exdéputé à l'Assamblée Constituante, est le brigard atroce qui devait diriger les plus noirs attentats des rois contre l'Humanité".

Elie Lacoste à la Convention Nationale

El barón De Batz no cabía de satisfacción cuando se enteró de la prisión de Chabot, Fabre D'Eglantine, Delaunay y Basire. Al fin había enlodado a la Convención. Ya en el seno de ésta no se oían sino acusaciones de unos contra otros. Mismos los culpables, en su afán de aparecer inocentes, trataban de justificarse señalando a nuevos culpables. El Comité de Salud Pública, desesperado por no encontrar a los agentes del extranjero, redoblaba su vigilancia y los registros sorpresivos. Los rabiosos estaban también presos acusados de tratar de sublevar al pueblo de París con propósitos siniestros. Hébert, Hérault de Séchelles, Ronsin, Momoro y muchos más esperaban su sentencia, mezclados a banqueros extranjeros como Proly y Hock. El pueblo de París comenzaba a preguntarse si de ser ciertas tales acusaciones, no habría cometido un error confiando la dirigencia de la Revolución a hombres cubiertos de infamias.

De Batz, a pesar de los informes que tenía, decidió pasar por la casa de los hermanos Frey. La ciudad se veía triste. El sol de la tarde apenas calentaba. Llegó hasta la esquina de la rue d'Anjou y no continuó. Vio a un grupo de soldados que estaban en la puerta de los banqueros. Una vieja que limpiaba la entrada de su casa le informó: "Esta mañana arrestaron a esos señores austríacos, dicen que eran espías. Ahora no hay sino espías y traidores, ya no me puedo confiar sino en mi gato".

Como tenía una cita con Devaux en la casa de Mlle. Grandmaison en Menilmontant, tomó un coche e iba preparando lo que tendría que decirles a sus compañeros. Al apearse, le pareció ver en la semioscuridad a dos hombres recostados a un muro que miraban hacia la casa. Aquello no le gustó. De todas maneras, sus amigos le esperaban. Devaux se veía enfermo y pálido, víctima de una afección respiratoria que le había mantenido en cama hasta la víspera, apenas podía mantenerse en pie. Mientras se dirigían a la mesa a tomar la sopa, les explicó un vasto plan para sublevar las prisiones. "Además estoy en tratos con un hombre completamente loco, llamado Nadmiral. Se encuentra en la mayor miseria y pretende que los jefes revolucionarios son los causantes de sus males. Quiere morir asesinando a uno de los revolucionarios más conocidos. Estamos tratando de meterle en la cabeza que mate a Robespierre y al efecto le hemos regalado una pistola. Asegura que a la primera oportunidad lo hará. Naturalmente que esto desatará aún más la persecución y el Comité de Salud Pública y la Convención se desgarrarán, este loco será una especie de nueva Charlotte Corday, pienso que..."

A De Batz le pareció oír un ruido en la calle, pero vio que no era nada. Mll. Grandmaison dijo entonces: "Algunos de estos revolucionarios al verse acusados, se han vuelto unos infames cobardes. Esta mañana vi a Hébert y a sus camaradas cuando les conducían a la guillotina, éste estaba todo mocoso, llorando como un niño que pedía clemencia. Nadie sentía lástima por ese puerco, más bien se acercaban a la carreta y le escupían. Se burlaban de sus lamentos y le repetían frases de su periódico: "¡Ahora vas a estornudar tu también en el saco!" o "Fuma tu pipa, Père Duchesne!" Nunca se había visto el pueblo de París más contento por una condena, había muchísima gente y me dijeron luego que Sansón le dejó un rato con la cabeza metida en la luneta, antes de dejar caer la cuchilla".

Esta vez se oyó el paso de una patrulla militar que se acercaba. De Batz fue hasta la ventana y mirando por un rincón de la cortina vio que ésta se detenía frente a la puerta. De Batz comprendió que venían a prenderlo. "Me voy", dijo saliendo rápidamente por una puerta trasera y llegó hasta un pequeño muro al fondo del jardín, al que no le fue difícil escalar, segundos después estaba en el campo.

Los soldados entraron. El oficial preguntó a Mlle. Grandmaison: "¿Dónde está De Batz?" "¿De Batz? y quién es ese señor?" "No te hagas la desentendida, mujer, que este encubrimiento te va a costar la cabeza". La actriz, guardando siempre la calma y tratando de ganar tiempo, repuso: "No sé nada de lo que usted habla, sólo me encuentro con este amigo M. Devaux. No ha estado nadie aquí". El militar miró para todos los lados y ordenó un registro general, después se fijó en los tres platos de sopa, todavía calientes. "¿Y dices que no había un tercero? ¡Mentirosa!" Les fue fácil encontrar la entrada del sótano. "Se ve que aquí se reunían los conspiradores", dijo el oficial observando las numerosas sillas. Luego registraron todo, hasta la buhardilla. No encontraron, como era lógico, ni el menor rastro del perseguido.

"Muy bien, se nos escapó el pájaro gracias a este par de bribones. Pero poca vida les quedará para seguir burlándose de las autoridades. ¡Vamos, a la Conciergerie!"

Cuando por fin De Batz llegó a su escondite, se encontró con Rougeville a quien le contó lo sucedido. "Se ve que los miembros del Comité de Salud Pública están dispuestos a encontrarle, dicen que usted es su mayor enemigo. He sabido que creían que Hérault de Séchelles era nuestro confidente, pero lo que éstos ignoran es que Robespierre, sin quererlo, es nuestro instrumento. Allí está esa Ley del Máximum que ideó Devaux y Robespierre hizo suya, grangeándose el odio de los pequeños comerciantes. Hoy hice un recorrido por las calles y mercados de París y pude constatar que escasean muchos productos y las colas, muy grandes, empiezan a formarse en las primeras horas de la mañana. La gente se pone de mal humor y comienzan a hablar mal del gobierno revolucionario. Algunos piensan que hay acaparadores que desean hambrear al pueblo. Eso no es cierto, lo que sucede es que los campesinos no quieren

vender sus productos a precios tan bajos y a su vez los comerciantes no tienen interés en vender con tan escaso margen de ganancia. A pesar del riesgo ya apareció el mercado negro de víveres y por lo tanto el costo de la vida aumenta. Hay algunos que se atreven comparar estos tiempos de escasez con la época del Rey, naturalmente que en voz baja por temor a la guillotina. Pero a ese paso el Gobierno revolucionario no podrá mantenerse por mucho tiempo, ni siquiera el terror le salvará".

XXXIV

"Ce n'est point assez de déclarer la guerre aux rois et à tous ces hommes qu'on appelle potentats: si l'on n'y comprend leurs complices, si l'on n'enchaîne les hommes qu'ils paient pour favoriser leurs projets, la République ne sera pas sauvée".

Robespierre

Miranda se quedó asombrado cuando vio llegar a la prisión de Les Madelonettes a Manon. Llevaba las ropas arrugadas y sucias. Su rostro había cambiado mucho desde la última vez. Círculos negros rodeaban sus grandes ojos.

Tan pronto les permitieron estar juntos, ella se echó a llorar en sus brazos. Estaba llena de desesperación. Trabajo le costó dominarse. Miranda la llevó hacia un banco de piedra del frío patio y la cubrió con su capa de gruesa lana. "¿Qué te ha pasado?" Calmando un poco los sollozos, dijo: "Ni siquiera deseo recordarme Este último mes he sufrido más que en toda mi vida". Entonces le refirió su fallida tentativa de evasión y el regreso prematuro del Comisario, quien después de arrestar al Capitán por negligencia, ordenó su captura. "El comisario nos llenó de injurias y nos mantuvo prisioneros en una miserable casucha vigilada noche y día por soldados que nos nos quitaban la vista. Allí estuvimos como diez días sin que la Comuna diera ninguna respuesta. Luego supimos que Pache había sido detenido por sus conexiones con los hebertistas, éste fue el motivo de tanta tardanza en contestar. Al fin su substituto pidió que nos enviaran presos a París. A Georges lo llevaron directamente a La Conciergerie y fue condenado a la guillotina. Fue terrible para mí saber su muerte. Estaba en Sainte Pélagie, prisión peor que ésta, y me sentí muy abatida con su desaparición. Tú sabes que nunca le quise, pero llegué a estimarlo y tenerle afecto. Era muy bueno conmigo. Estuve llorando varios días, gracias a Dios que allí habían varias amigas mías, entre ellas Madame Montané y Delphine de Custine, la viuda del General. Ellas hicieron todo lo posible para

consolarme. Montané sigue preso sin proceso. Y en cuanto a ti, no sabía que te habían trasladado. Ha sido obra del destino que me hayan traído aquí. Llegué hace dos días y no había querido salir de mi celda. Menos mal que estás a mi lado. ¡Tengo tanto miedo!"

En aquellos días que pasaron juntos, se realizó una unión espiritual entre los dos. Miranda, que por naturaleza era poco romántico y afectuoso, comenzó a sentir un profundo sentimiento por Manon. A las horas que les permitían, se paseaban juntos, estrechamente abrazados. Por las tardes, una campana llamaba a los prisioneros y un ujier del Tribunal Revolucionario, acompañado de soldados y carceleros, leía la lista de los que serían trasladados a La Conciergerie para ser juzgados. La sangre encendía las sienes cuando aquel funcionario mencionaba con parsimoniosa lentitud los nombres de las víctimas, ya que debían considerarse como tales cuando eran trasladados a la "antecámara de la muerte", como llamaban a la prisión del Palacio. Luego los que quedaban regresaban silenciosamente a esperar el nuevo día y la nueva lista.

Esta agónica tarea se repetía todas las tardes, con excepción de los decadi que sustituían a los domingos. Los prisioneros se hacían constantemente una pregunta: "¿Estaré en la lista hoy?" Manon estrechando las manos de Miranda, comentaba: "Esto no es vivir, es morir diariamente". El venezolano la calmaba y a menudo para distraerla la hacía jugar a los naipes, aunque a veces se interrumpía llorando. Entonces éste agotaba todos sus recursos de persuasión para consolar aquella mujer que tanto empezaba a significarle.

Un bello día de abril supieron que Danton, Camille Desmoulins, Hérault de Séchelles, Lacroix, Basire, Fabre D'Eglantine, Chabot y los hermanos Frey habían sido enviados a la guillotina acusados de toda clase de crímenes contra la República. "Y pensar", dijo ella, "que Fabre bautizó este mes con el bello nombre de Germinal, tan evocador y poético. ¡Qué se iba a imaginar la suerte que le esperaba!"

En el mismo día en que supieron esta noticia, llamaron a Miranda al locutorio. Era Roger acompañado de un anciano, quien no era otro que el barón De Batz disfrazado. Estos le explicaron que se estaba preparando una insurrección en varias prisiones de París, dirigida por el General Dillon, quien se encontraba preso en el Luxembourg, y le propusieron que comandara a los presos de Les Madelonettes. Que si aceptaba, le traerían esa misma tarde dos cajones llenos de pistolas y les iba a resultar muy fácil dominar a los pocos guardianes Una vez logrado esto, se encontraría en el Carrefour de Buci con los prisioneros de Aux Carmes, L'Abbaye, Le Luxembourg y La Conciergerie. Lucile Desmoulins iba a arengar al pueblo de París y juntos marcharían contra la Convención Nacional. Luego se constituiría un comité ejecutivo que buscaría la paz con los enemigos y se decretaría una amnistía.

Miranda escuchó atentamente la proposición. "Siento decirles que no estoy de acuerdo, sería un acto desesperado y riesgoso, con

más visos de fracaso que de éxito, ya que ese ejército de amotinados, si logran salir de sus prisiones, sería una triste amalgama de ancianos, mujeres y enfermos. Sólo una minoría estaría en capacidad de defenderse y al enfrentarse a las primeras tropas, la desbandada sería total y las represalias muy duras. Por eso no acepto esta proposición y prefiero quedarme al margen de semejante conspiración". Roger, que conocía el carácter del venezolano, no quiso insistir más.

Dos días después, Miranda se enteró que la conspiración había sido debelada en el Luxembourg y condenados a muerte un numeroso grupo de personas, entre los que se contaban al General Dillon y las viudas de Hébert y Camille Desmoulins. En Les Madelonettes nada sucedió, fuera de un minucioso registro que efectuaron en las celdas y en las pertenencias de los detenidos en busca de armas. La única diferencia notada fue la lista que trajo aquella tarde el ujier del Tribunal. Era más larga que las precedentes. Parecía que la Revolución deseaba aniquilar a todos sus enemigos.

Una mañana, en el patio, Manon le dijo a Miranda: "Anoche me desperté sobresaltada. Había tenido una pesadilla, unos hombres trataban a separarnos para llevarme a la guillotina, yo gritaba y me defendía, pero no me soltaban. Una compañera de celda me despertó alarmada... Francisco, tengo un mal presentimiento, tengo miedo, mucho miedo, no quisiera morir, la vida ofrece momentos tan bellos como ese sol resplandeciente que se asoma allá arriba. Oye los pajaritos que cantan correteando por los techos. ¡No quiero morir... no te quiero dejar!"

Miranda la abrazaba con ternura tratando de calmarla. Pero todo era inútil, el sueño la había impresionado demasiado. "¿Qué poder hacer?"

Aquella tarde, todavía con luz, llegó como siempre el fatídico ujier, rodeado de gendarmes. Los prisioneros se agolparon en el patio al sonido de la campana. La verja de hierro les separaba. Empezó a nombrar los prisioneros con la lentitud acostumbrada. Entre los últimos mencionó a Manon Lavasseur. Con el rostro enrojecido, ella exclamó: "¡El sueño, no me equivoqué!" y le pareció que iba a caer. Miranda la sostuvo en sus brazos y con dulzura le acarició sus cabellos, mientras su cabeza reposaba en su pecho. Los carceleros se apoderaron de ella y se la llevaron casi arrastrando. Volteaba el rostro congestionada: "¡Francisco, no me dejes...!" Y su figura se perdió por el oscuro corredor. Miranda regresó a su celda como un autómata, no oía ni veía nada. Cuando se sentó en la cama se dio cuenta que lloraba como cuando era niño.

A las once de la mañana del día siguiente, después de ser juzgados en el Tribunal Revolucionario, los condenados montaron en tres carretas que esperaban en la puerta de La Conciergerie y las que pronto se pusieron en marcha hacia la Plaza de la Revolución. Manon iba en la última. Para aquel momento, había logrado encontrar la paz espiritual. Una paz profunda que le daba a su

sufrido rostro un aire de serenidad. El sol de la mañana brillaba sobre París. Después de atravesar el Pont aux Changes, siguieron por el muelle y la rue du Roule para entrar en la Rue Saint Honoré, la cual ya se encontraba llena de curiosos esperando el paso de las víctimas. En la plaza del Palais Royal, que tantos recuerdos traía a su memoria, había un gentío. Algunos de los curiosos se reían haciendo observaciones, otros lanzaban improperios. Manon, con las manos atadas en la espalda y los cabellos cortados, contemplaba indiferente, parecía más bien que miraba hacia la nada. Ya sólo le importaba terminar pronto. A cada momento pensaba en Miranda y así llegaron hasta el Palais Royal y desembocaron en la Plaza de la Revolución. La mirilla, en todo lo alto de la guillotina, brillaba contra el espléndido sol. Una gran animación reinaba en la muchedumbre. Los guardianes bajaron a los condenados y los pusieron en fila, con la espalda contra el cadalso. Sansón con la lista comenzó a llamarlos uno por uno. Sólo se oían tres golpes: el de la plancha al girar de su posición vertical, el de la luneta al cerrarse sobre la cabeza y luego la brusca caída de la cuchilla. Cuando Manon subió las escaleras, miró por última vez hacia el jardín de Tuileries y recordó que una bella mañana como aquella, paseando por debajo de los árboles, Miranda le había ofrecido una flor. Fue su único momento de desfallecimiento. Uno de los ayudantes del verdugo la amarró a la plancha y la empujó para que adoptara la posición horizontal. Rápidamente le cerró la luneta sobre el cuello. Sus ojos miraban obligatoriamente la cesta llena de sangre. Un ruido metálico que se aproximaba fue el final.

XXXV

"Pourquoi t'obstiner â paralyser le tribunal lorsque tes clients sont pressés de se faire guillotiner?".
Fouquier-Tinville

Mucho trabajo le costó a Miranda recuperarse por la muerte de Manon. No quería permanecer más en aquella cárcel que tantos recuerdos le traía. Escribió dos cartas, una al Tribunal Revolucionario y otra al Comité de Salud Pública, pero ignoraba que su nombre había sido asociado injustamente a la conspiración de prisiones y se le consideraba más peligroso que nunca, lo que hacía muy difícil su situación.

Fouquier-Tinville llegó al café del Tribunal con una sed terrible porque los primeros días de Thermidor anunciaban un verano muy caluroso. Pidió una limonada. Tissot, que se encontraba allí, se le acercó. "Tiene dos días que no venía, ¿estaba enfermo?", preguntó

el acusador. "Me he sentido mal últimamente, no sé si es el exceso de trabajo". "Tienes razón, ciudadano, es demasiado fuerte nuestro trabajo. Por ejemplo, ayer condenamos a setenta y ocho personas. Menos mal que con las nuevas leyes se les condena a todos en grupo y prácticamente no hay defensa. En la última semana, sólo dos han salido absueltos, aunque te digo que no estoy de acuerdo con esa Ley de Prarial, nos facilita la tarea, pero el Tribunal dejó de ser tal para convertirse en un comité acusatorio, donde sólo se sentencia. He pensado seriamente en renunciar y regresar a mi pueblo. Acompáñame a mi despacho. Allí podremos hablar mejor". Subieron por la gran escalera y penetraron por la galería llamada de "Los Pasos Perdidos". Una vez en su oficina, cerró la puerta y se dirigió a su mesa de trabajo que se encontraba llena de expedientes. Y tomando uno de ellos dijo: "Mira, ciudadano, aquí hay una lista de más de trescientas personas que los dos Comités desean que juzguemos. Entre ellos hay algunos que moralmente no puedo acusar, por ejemplo, Montané y Fabricius, quien como escribano se negó a firmar la muerte de Danton. Al primero lo estimo mucho. Nada haré para traerlo aquí. También aparece su amigo Miranda, Barrère lo cree culpable desde hace mucho tiempo y ahora quiere aprovechar la abortada conspiración de las prisiones para ponerlo en la lista. Como bien sabe, es inocente. Yo mismo le felicité cuando salió absuelto, sería una incongruencia acusarlo de un crimen que no ha cometido. Hay otros más por aquí que voy a tratar dejarlos en paz hasta cuando sea posible. No sé qué persiguen los Comités con esa política de terror, pareciera que con ello más bien quieren desacreditar a Robespierre. Volviendo a su amigo el General, dígale que se abstenga de escribirme pidiendo que lo juzgue, creo que algunos ignoran el verdadero carácter del Tribunal, pues se dirigen directamente a mí contrariando la voluntad de sus defensores. En cambio, los detenidos prudentes tratan de hacerse olvidar, mismo pagando precios exhorbitantes para que les trasladen a hospitales de arresto. Tienen razón, yo haría lo mismo". Luego haciendo una pausa, abrió una ventana y respiró profundamente. El río pasaba muy cerca. "Como le dije antes, estoy muy cansado, tengo exceso de trabajo, me acuesto muy tarde y casi no duermo, a veces creo tener visiones; la otra noche vi la Seine como teñida de sangre. Por su parte, mi mujer recibe gran cantidad de anónimos y amenazas, pues muchos consideran que en mi calidad de acusador público, soy el autor de tantas condenas. Yo sólo soy el ejecutor de la voluntad del Gobierno Revolucionario, me dan órdenes y las cumplo, a veces contra mi voluntad y, como usted comprenderá, no puedo oponerme a ellas. La situación actual puede resumirse en una sola frase: "Tu cabeza o la mía", no hay términos medios. La prueba de mi imparcialidad está en que hasta la caída de los girondinos, en los juicios se admistraba justicia, eran más los absueltos que los condenados. Prueba de ello, Miranda y Kellermann. Es verdad que habían ciertas presiones de algunos de los miembros

del comité, pero ahora son órdenes, órdenes de condenar a muerte, no de juzgar. Por la calle circula clandestinamente una hoja muy significativa donde aparece Robespierre guillotinando a Sansón, ya que éste sería el último francés que le quedaría por ejecutar una vez desaparecido todo el mundo. La profusión de dichas hojas y la impunidad cómo las reparten, demuestra que sus autores están protegidos por poderosos miembros de los dos Comités, que no son precisamente partidarios de Robespierre. Preveo que algo va a suceder en los próximos días, evidentemente existe una división en el Gobierno Revolucionario".

Tissot regresó tarde a su casa. Como le dijera a Fouquier, en los últimos días se había sentido mal de la digestión, los ojos amarillosos y náuseas constantes. Pensaba que el calor excesivo corrompía a la comida. No encontró a nadie en el apartamento: "Espero que Nicole le haya llevado a Duplay mi carta anunciándole mi renuncia, esta vez mi decisión es definitiva, no voy a cambiar como en diciembre, ya estoy harto".

Nicole regresó seguida por Lucile, quien traía pan fresco y frutas. "Fuimos a comprarte cosas sanas, como te recomendó el médico. Tienes que observar una estricta dieta". "¿Pudiste ir a casa de Duplay? ¿Qué te dijo?" "Fui esta mañana tan pronto saliste y no lo encontré, entonces pasé por el escritorio del abogado para saber cómo estaba el proceso del divorcio y me dijo que éste estaría listo a más tardar dentro de un par de meses y me dijo también una cosa que me emocionó mucho, que tú querías que una vez pronunciada la sentencia, hacer un testamento a mi favor, ya que careciendo de hijos y otros familiares, cercanos, deseabas que tus bienes pasaran a mi poder. Tissot, eres muy bueno conmigo". Tissot hizo un gesto con la mano, dándole a comprender que siguiera con el asunto que le interesaba. "Bueno, regresé entonces a casa de Duplay y su mujer me dijo que esperara, pues Robespierre, que había regresado de una reunión en el Club, encontrábase hablando con él en su habitación. Después de larga espera vi que llegaba Saint Just bastante agitado. Entonces Duplay bajó. Tenía el rostro visiblemente preocupado y leyó tu carta. Me dijo con tono resignado: «El amigo Tissot insiste en la renuncia, ahora alega motivos de salud, ¿qué podemos hacer? Está bien, pero que espere diez días y luego hará lo que quiera, explícale que éste no es el momento para renunciar, después de la tumultuosa sesión de hoy en la Convención, vemos a las claras que una importante facción de ambiciosos comienzan a quitarse las cartas. Sabemos quiénes son sus jefes, no pasan de veinticinco, pero son peligrosos por las posiciones que ocupan y por el prestigio que todavía gozan. Pero Robespierre prepara un discurso que pronunciará mañana donde destruirá sus maquinaciones. Le recomiendo a tu marido que espere sólo unos pocos días importantísimos para la salvación de la Revolución». Diciendo esto me despachó con visible impaciencia y regresé aquí, como sabía que no vendrías todavía, nos fuimos al mercado". "Precisamente, veo acer-

carse una tempestad y quisiera encontrarme fuera del aguacero, tendré que esperar".

Al atardecer del día siguiente oyeron en la casa del comerciante que las campanas de París llamaban a la insurrección. Lucile, agitada, dijo que Robespierre, Saint Just y sus partidarios habían sido arrestados por orden de la Convención, pero que la Comuna no aceptaba tal decisión y convocaba al pueblo a las armas. "Por la calle vi mucha gente que iba al Hotel de Ville con lanzas y fusiles, parece que la guerra civil ha comenzado en el propio París. Tissot, que había permanecido en la cama todo el día, se vistió rápidamente y se dirigió a la Comuna. Lucile tenía razón, la plaza de La Grève comenzaba a llenarse de gente armada. Llegó hasta donde estaba el nuevo Alcalde, el robespierrista Lescot-Eleuriot, substituto de Fouquier-Tinville en el Tribunal, y quien por su probada abnegación por el "Incorruptible", ocupaba el cargo de Pache, el cual se encontraba preso desde la eliminación de los Hébertistas. Lescot le informó que los enemigos de Robespierre aparentemente habían triunfado en la Convención, pero que había ordenado a los carceleros que no los recibieran en sus respectivas prisiones. "Deben llegar aquí de un momento a otro. Harriot, Jefe de la Guardia Nacional, irá con sus tropas, cañoneros y ciudadanos armados a tomar la Convención, poner fuera de Ley a los representantes facciosos, igual como se hizo hace un año cuando los girondinos y repondremos en su seno a los detenidos".

Pocos momentos después, tal como había anunciado Lescot, fueron llegando Robespierre y sus amigos. Este lucía más pálido que nunca, con su casaca azul un tanto desordenada, lo que era raro en él. Sólo se esperaba una orden para que marcharan contra la Convención.

Tissot estaba muy nervioso y se paseaba distraído por los largos corredores. En una sala vio a Harriot que bebía brandy directamente de una botella. Tenía los ojos rojos y parecía completamente borracho: "Este hombre en el estado en que se encuentra no puede comandar tropas, voy a ver inmediatamente a Lescot para alertarlo". Pero no pudo entrar en la oficina donde conferenciaban. Un rato más tarde supo que Harriot había partido al frente de sus tropas.

Mientras tanto la Convención Nacional no dormía y declararon a Robespierre y los suyos fuera de Ley. Una lluvia fuerte comenzó a caer desbandando a los ciudadanos armados que estaban en La Grève. Pronto se supo en La Comuna que a Harriot le habían arrestado fácilmente, volteando la situación contra los sublevados. Dos fuertes columnas de soldados avanzaban por los muelles y otra por la rue Saint Honoré en dirección al Hotel de Ville. Pasada la medianoche, todo había terminado y Robespierre, herido, fue hecho prisionero con todos los que le acompañaban. Tissot, cuando trataba de huir a su casa, le detuvieron unos gendarmes. A la mañana siguiente, todos fueron enviados a la guillotina en medio de una multitud delirante. La Revolución había terminado.

XXXVI

"Le Onze Thermidor:
Sortez du séjour des ténèbres;
infortunés amis des lois;
Le peuple, en reprenant ses droits
A brisé vos cachots funèbres".

Cantate Républicaine

Después del nueve de Thermidor, las prisiones comenzaron a abrirse para las antiguas víctimas y se cerraron para los partidarios de Robespierre. La mayoría de los miembros del Tribunal Revolucionario fueron juzgados y luego ejecutados. Los días pasaron y en Les Madelonettes quedaban pocos prisioneros del Terror, sólo Miranda continuaba inexplicablemente detenido. Por más solicitudes y protestas, un silencio glacial envolvía su caso. Deseaba ardientemente la libertad de la que otros gozaban y le era negada.

Se decía que París recobraba su antigua fisonomía y la gente, fastidiada de los tiempos de austeridad, se disponía a gozar de los placeres de la vida. Se hablaba de las nuevas reinas de la sociedad post-revolucionaria, generalmente esposas o queridas de los prohombres que habían derrocado al régimen del Terror. Allí aparecía refulgente Teresa Cabarrus, esposa de Tallien, a quien llamaban "Notre Dame du Thermidor", por su influencia sobre éste en los días precursores al célebre golpe. También se hablaba de bellas viudas como Joséphine de Beauhernais y otras elegantes damas, que con túnicas a la romana se paseaban coquetamente por la rue Saint Honoré. Los salones mundanos se abrieron sus puertas y allí se codeaban los ex-revolucionarios con los nobles salidos de las cárceles.

Nicole solía con frecuencia visitar al desconsolado venezolano. Después de la muerte de Tissot seguía llevando la vida de siempre, pero con más libertad para visitarlo, ya que no había especiales restricciones para hacerlo. A veces venía Madame Pétion acompañada de alguna amiga como Helenne Marie Williams o la bella Delphine de Custine, viuda del General guillotinado. Un amigo de Miranda, en tono de chanza, le dijo un día: "A usted no lo visitan sino las viudas".

Marie Pétion volvía a ser la misma mujer de siempre. Le habían devuelto sus bienes secuestrados y en su casa se reunían los girondinos que habían podido escapar de la guillotina. La frecuentaban Tallien y Baras y ella le aseguraba a Miranda que estaba tratando de lograr su libertad, a pesar de que sus enemigos seguían insistiendo en que era espía inglés.

Por los momentos, lo único que pudo conseguir el venezolano fue que le trasladasen nuevamente a La Force, para su mayor comodidad. Y allí pasaron los meses. Un día de principios de diciembre, Roger

trajo cartas de Inglaterra y Venezuela enviadas por Turnbull y Cía. En Caracas la situación política comenzaba a efervecer y le pedían a Miranda que volviese a escribirles tan pronto pudiera. Necesitaban consejos, pues el rumbo sangriento que habían tomado la revolución en Francia y la insurrección en Santo Domingo, hacían reflexionar a muchos patriotas, quienes en un principio habían simpatizado con el gobierno democrático francés de la Legislativa. Roger le afirmó: "Con respecto a su libertad, Monsieur Duval hace todo lo que está a su alcance y cree que no pasará un mes antes de que se pasee por la calles de París. Con la paulatina supresión de los miembros de la Convención de carácter extremista, como Billaud-Varenne, Collot D'Herbois, etc., y la suspensión de los jacobinos, el gobierno se encamina hacia una administración moderada, apartando de su seno a la mayoría de aquellos que se ensangrentaron las manos cuando el Terror. No desespere. Y en cuanto a sus cosas personales, todas están a salvo, su archivo, sus cuadros, en fin, todo lo que tenía en Menilmontant. Y hablando de esa vieja casa, nosotros intervinimos discretamente para que no les fuesen confiscados los bienes a Madame Tissot, su marido nos fue siempre un fiel amigo".

Pero Miranda no descansaba a pesar de las seguridades de Roger, escribía constantemente a la Convención. En una de ellas decía: "No pido gracia a la Convención; reclamo la más rigurosa justicia tanto para mí como para aquellos que han osado, por un doble atentado, comprometer la dignidad del pueblo francés y envilecer la representación nacional".

El 15 de enero de 1795, un mes exacto después de la visita de Roger, Lucile, muy temprano por la mañana, entregó a Nicole una esquela que acababa de recibir. Era de Miranda y en ella le anunciaba que al medio día de ese día le pondrían en libertad. No cabía en sí de gozo. Sacó sus mejores y más bellas ropas y pasó largo rato en el espejo. ¡Había esperado tanto ese día! No pudo esperar más y antes de la hora convenida llegó a La Force. El corazón le palpitaba. "¿Qué iría hacer él? ¿Qué le diría ahora que estaba libre?" Se recordó que dos años atrás estaban felices en Bélgica, sin sospechar el drama que se avecinaba. "¿Me amará lo mismo que entonces?" Estaba sumergida en sus pensamientos cuando lo vio venir acompañado de un criado con su maleta. Al salir a la calle, el sol de invierno les dio plenamente en el rostro. Miranda respiró a todo pulmón. "¡Al fin libre!" Entonces la miró intensamente, con una cierta alegría en los ojos. "Y ahora ¿qué piensas, hacer Francisco?" Se pasó Miranda la mano por la barbilla: "Más tarde te lo diré" y, tomándola por el brazo, se dirigieron a un coche que les esperaba.

Bucarest, abril de 1978.

INDICE

I 5
II 13
III 21
IV 27
V 32
VI 35
VII 41
VIII 44
IX 46
X 49
XI 51
XII 55
XIII 58
XIV 61
XV 66
XVI 69
XVII 74
XVIII 77
XIX 81
XX 83
XXI 85
XXII 87
XXIII 91
XXIV 98
XXV 100
XXVI 103
XXVII 107
XXVIII 109
XXIX 111
XXX 115
XXXI 120
XXXII 122
XXXIII 126
XXXIV 128
XXXV 131
XXXVI 135

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR EL 21 DE NOVIEMBRE DE MIL NOVECIENTOS SETENTA Y NUEVE, EN LAS PRENSAS VENEZOLANAS DE EDITORIAL ARTE, EN LA CIUDAD DE CARACAS

Los volúmenes de Historia generalmente se caracterizan por cierta aridez que, en aras de una pretendida rigurosidad en base a nombres y fechas, sacrifica el interés que necesariamente despiertan los hechos pasados. Esta obra, aunque ajustándose a la copiosa correspondencia que sostuvo Miranda, a los diarios íntimos de sus personajes y a los propios acontecimientos, les da una vida que aleja cualquier impresión de pasado ya muerto. Sin duda, el lado oculto en la vida del Precursor lo constituyen sus andanzas por Norteamérica, Cuba, Rusia y varios países europeos. Aquí se sitúa en Francia durante la revolución, contemporizando con Pétion, el Duque de Orleans, Danton, Robespierre y otros famosos protagonistas de la época; al mismo tiempo, se descubren interioridades del proceso: los manejos políticos, las maquinaciones del monárquico conde De Batz, el guillotinamiento de Luis XVI, los sucesos que llevaron a Miranda a General de los ejércitos franceses y las posteriores prisiones que lo pusieron al borde de la muerte. Se superponen también otras facetas de su romántica personalidad, manifiesta a través de numerosas aventuras amorosas y de sus consecuentes ideales de libertad. Todo ello desfila en estas páginas de manera tan fascinante que nos tomará por cómplices.